

## **FRANCISCO VIGHI Y SU OBRA**

**Discurso inaugural del Curso Académico 1969 - 1970,  
leído por su autor el Dr. D. Jesús Castañón en la  
solemne sesión inaugural celebrada en el Salón de  
Actos de la Excma. Diputación Provincial el 25 de  
noviembre de 1969**



## 1. - Biografía.

Como en una de esas deliciosas historias de ingenieros extranjeros que pasan velozmente por la vecina Valladolid camino de la corte para dar su informe sobre la posibilidad de construir el fabuloso ferrocarril de Madrid a Bilbao, que con tanta gracia describe Azorín en su libro *Castilla*, la historia remota de Paco Vighi, arranca también del viaje de un joven ingeniero italiano, recién salido de su Escuela de Ingeniería, llegado a esta tierra para contribuir a esa grandiosa etapa de expansión de nuestros ferrocarriles que dio en llamarse el Paso del Noroeste.

D. Huberto Vighi Corradi, hijo de un farmacéutico que regentaba la Farmacia de la Charitá de Parma y de D.<sup>a</sup> Rosina Corradi, —hija de la Condesa de D'Alai, de quien tendremos ocasión de ocuparnos más largamente—, llegaba en el año 1884 a Palencia a donde le había destinado una empresa naval italiana, que había contratado nuestro servicio ferroviario. El paso del Noroeste, que la Compañía del Norte construía por entonces, tenía su sede y sus oficinas en nuestra capital.

Y precisamente aquí, de la nostalgia de la tierra y la inevitable afición al canto del grupo de italianos que nos visitaban, nació aquella inolvidable función benéfica celebrada en 1885, en que actuaban también, con su singular voz, Doña Faustina Fernández, madre de nuestro poeta, que el 23 de abril de 1886 contraería matrimonio con D. Huberto y que, recién casada, se trasladaría a Puente de los Fierros (Asturias), donde habría de desarrollar una eficaz labor su marido.

De Puente de los Fierros el nuevo matrimonio —que llegaría a tener cuatro hijos: Virginia, fallecida en 1888, Elisa, muerta en

1906, Francisco y Virginia, la única superviviente— se trasladaría a Madrid, donde D. Huberto desempeñaría el importante cargo de Ingeniero Jefe de Vías y Obras en la Compañía del Norte, y donde, en el número 14 de la calle Ferraz, nacería el 1 de febrero de 1890, nuestro poeta.

Poco tiempo después —el 23 de septiembre de 1891— el destino se llevaría a D. Huberto: cuando viajaba en cumplimiento de su misión, en el ferrocarril de Bilbao a Venta de Baños, acertó a encontrar en el mismo tren a D. José Canalejas — que viajaba con su esposa, enferma de hepatitis—. La caballerosidad de D. Huberto le llevó a ceder al matrimonio Canalejas su departamento, mientras él se situaba en la máquina del tren. Momentos después descarrilaría el convoy y el ingeniero italiano, que pocos años antes había venido a incorporarse a la mejora de nuestros servicios ferroviarios, moriría en trágicas circunstancias, en acto de servicio.

Su viuda se trasladará con todos sus hijos a la calle de Los Soldados —hoy Martín Calleja—, número 3, de nuestra ciudad, en la que iba a transcurrir la infancia, la juventud y buena parte de la vida de Paco Vighi, a quien el sentir popular, la Prensa y él mismo, por libérrima elección, hicieron palentino. Así lo declara el ABC —y lo subrayaba la Prensa local— con motivo de su fallecimiento, acaecido a las seis menos diez del 17 de enero de 1962. Así me lo han confesado confiadamente cuantas personas he interrogado para la realización de este trabajo. Así lo entendió la Casa de Palencia de Madrid, que el sábado 28 de abril de 1962 le rendía, en el Casino de Madrid, un sentido homenaje póstumo de que hablaré en otro momento. Así lo confesó siempre y en todo lugar el propio autor y así lo atestigua la correspondencia y las numerosas adhesiones de palentinos al homenaje que, en vida del autor le tributó en Lhardy, con motivo de la publicación de su único libro "*Versos Viejos*", la intelectualidad española. Y así, en definitiva, lo corrobora el acendrado palentinismo que corre por toda su obra y que salpica de recuerdos su epistolario y la no menos interesante y humorística vena de su caótico anecdotario.

Palentino por expreso deseo y por aceptación unánime de la sociedad en que vivió y desarrolló su andadura poética y no madrileño, leonés, gallego o malagueño —ni siquiera español— sino italiano, si nos hubiéramos de atener a la fría letra de los documentos (1). Ita-

1. Según documento de inscripción en el Consulado italiano.



Doña Faustina y Don Huberto,  
padres del escritor.



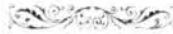
Dos interesantes fotografías  
de Paco Vighi.

Paco Vighi  
en el papel  
de marinero  
vasco.





CERTIFICADO DE NACIONALIDAD



El Embajador de S. M. el Rey de Italia  
en Madrid

CERTIFICA, Que D. Felice Vighi  
natural de Milán de 2 años, hijo de  
Don Humberto, natural de Parma  
y de Don Faustina Fernandez de profesión  
residente en Palencia es súbdito de  
S. M. el Rey de Italia, y como tal se halla inscrito en esta Embajada  
en el Registro-Matricula correspondiente, bajo el número de orden 87-1892,  
hallándose en el pleno goce de todos los privilegios é inmunidades acordadas  
por el Convenio Consular (21 Julio 1867) vigentes entre España é Italia,  
cuyos artículos 2.º, 3.º y 4.º, se transcriben al respaldo del presente.

Madrid 19 de Marzo de 1892

EL EMBAJADOR DE S. M. EL REY DE ITALIA,  
F. S.

Derechos

Artículo 89 de la tarifa

dos Pesetas 20 cms  
en' 73 del R.º de 1885

El primer Secretario de la Real Embajada de Italia

L. de Jareta

ADVERTENCIAS

- 1.º Este Certificado sirve de título al que lo obtenga para justificar la nacionalidad é identidad de su persona en las gestiones que tenga que practicar, sea cerca de los Agentes de su nación, sea cerca de las Autoridades españolas.
- 2.º Debe exhibirse en el Gobierno civil de la provincia donde resida el interesado para ser anotado en el Registro de súbditos extranjeros.



liano —conforme a un convenio establecido entre sus padres, según el cual los hijos varones tendrían la nacionalidad italiana y las hembras la española— hasta los 15 años, en que, con motivo de sus exámenes para el ingreso en la Academia de Artillería de Segovia, Paco Vighi adoptó la nacionalidad española.

Estas son las dos sangres —tan vagamente traídas y llevadas por las reseñas necrológicas— de Paco Vighi que, como él mismo gustaba decir, tenía dos abuelas: la italiana, Rosina y la castellana, D.<sup>a</sup> Leona, casada con D. Francisco Fernández, notario de Palencia.

D.<sup>a</sup> Rosina fue una de las adelantadas de nuestro turismo. Estuvo varias veces en España —la última con motivo de la boda de su hijo— redactaba en correcto castellano y admiraba nuestros monumentos nacionales, especialmente El Escorial y la catedral de Palencia, de cuyo cuadro del Greco fue una de las más fervientes admiradoras.

De temperamento italo - castellano, prontamente huérfano y mimado con exceso, por ser el único varón de la familia —como aclara muy bien su hermana Virginia— Paco Vighi ha sido el niño mimado de la ciudad de Palencia, donde ha contado siempre con tantos amigos y tan incondicionales admiradores.

Infinitas anécdotas de su infancia revoltosa podríamos traer aquí a colación. Pero oigamos algunas. Escuchemos, en primer lugar, a su hermana Virginia, aún viva y dos años más joven que él:

“...el único varón de la familia, vivía con su madre viuda, dos hermanas, su abuela materna, dos tías solteras y dos viejas sirvientas de la casa que le adoraban. Huérfano de padre desde los dos años, mimado, consentido, mal criado... Reunía todos los atractivos con que Dios puede dotar a un niño guapo, inteligente y rápido en sus felices ocurrencias, pero tremendamente rabioso cuando no se salía con la suya. Desde párvulo —como él mismo recordaría después ante un público sinceramente emocionado que alternativamente reía y lloraba, con motivo del cincuentenario de la fundación del Colegio de las Angelinas— fue mimado por las propias profesoras: la Madre Chantal, que le apreciaba mucho, le hizo un traje de monaguillo que usaba para manejar el incensario a la hora de la bendición con el Santísimo. Un día le dio con tanto impulso que lanzó por el aire el incienso encendido y quemó la capa del capellán. La destitución de su cargo de monaguillo fue su primer fracaso.

Desde los 5 años iba él solo a cobrar los cupones del Banco de España. El cajero le acariciaba y siempre volvía a casa con alguna golosina en la mano.

Tenía una maravillosa disposición para la música: oído, voz y arte, cosa natural en un hijo de italiano casado con una española también aficionada a cantar.

Tuvo por profesor de piano a D. Juan Alfonso, pero, como era incapaz de estar diez minutos sentado en una banqueta, el profesor perdió la paciencia y se terminaron las lecciones. Lo que no impidió que el niño, por su cuenta siguiese practicando a su capricho, de modo que, de mayor, cualquier canción que oía la repetía al piano con suma facilidad sin perder nota.

No faltaron tampoco las habituales travesuras, que él mismo describiría después.

Una noche nos despertaron los silbatos de los serenos. Nos vistieron de prisa y bajamos a la calle. Estaba ardiendo la casa vecina. Daba horror ver salir las llamas por los balcones. Paco temblaba y lo recordaría aún durante muchos años. Yo creo que éste fue el origen del insomnio que padeció siempre.

Otra anécdota no menos curiosa es la que le acaeció con el pintor Lantada, que había pedido permiso a la madre para retratar al hermoso muchacho entre los ángeles del cuadro de la Inmaculada. Como el pintor le recriminase porque no dejaba de jugar y moverse, el agudo niño le respondía: "Sólo lo de abajo he movido ¿o es que me va a sacar también las patas?"

De su precocidad literaria puede ser ejemplo aquel premio de redacción ganado a la altura del primer curso de Bachillerato y publicado en la Revista Infantil *Azul y Rosa*, así como varios artículos publicados en el diario local *Obreros y Patronos*, algunos de los cuales fueron tan ferozmente satíricos que más de una vez hubo de pagar los desmanes de su pluma con sus propias costillas.

De sus andanzas por el Instituto y por el Centro de San Isidoro, situado en la plaza de la Catedral y vecino de la antigua Escuela del Magisterio —que entonces dirigía Doña Manuela Torralba— existen asimismo numerosas referencias en su propia obra, así como una alusión lejana y equivocada en los "Retratos" de Gómez de la Serna, que atribuye al futuro poeta la cualidad de "ser más bueno que el pan" y habla de la tahona de su madre, tahona que la familia Vighi jamás tuvo y que sólo existió en la excitada mente de Ramón.

Sumamente interesante al respecto, resultan sus propias confesiones, fundamentalmente centradas en sus artículos de tema palentino:

En la nota necrológica, publicada en el *Diario Palentino*, bajo

liano —conforme a un convenio establecido entre sus padres, según el cual los hijos varones tendrían la nacionalidad italiana y las hembras la española— hasta los 15 años, en que, con motivo de sus exámenes para el ingreso en la Academia de Artillería de Segovia, Paco Vighi adoptó la nacionalidad española.

Estas son las dos sangres —tan vagamente traídas y llevadas por las reseñas necrológicas— de Paco Vighi que, como él mismo gustaba decir, tenía dos abuelas: la italiana, Rosina y la castellana, D.<sup>a</sup> Leona, casada con D. Francisco Fernández, notario de Palencia.

D.<sup>a</sup> Rosina fue una de las adelantadas de nuestro turismo. Estuvo varias veces en España —la última con motivo de la boda de su hijo— redactaba en correcto castellano y admiraba nuestros monumentos nacionales, especialmente El Escorial y la catedral de Palencia, de cuyo cuadro del Greco fue una de las más fervientes admiradoras.

De temperamento italo - castellano, prontamente huérfano y mimado con exceso, por ser el único varón de la familia —como aclara muy bien su hermana Virginia— Paco Vighi ha sido el niño mimado de la ciudad de Palencia, donde ha contado siempre con tantos amigos y tan incondicionales admiradores.

Infinitas anécdotas de su infancia revoltosa podríamos traer aquí a colación. Pero oigamos algunas. Escuchemos, en primer lugar, a su hermana Virginia, aún viva y dos años más joven que él:

“...el único varón de la familia, vivía con su madre viuda, dos hermanas, su abuela materna, dos tías solteras y dos viejas sirvientas de la casa que le adoraban. Huérfano de padre desde los dos años, mimado, consentido, mal criado... Reunía todos los atractivos con que Dios puede dotar a un niño guapo, inteligente y rápido en sus felices ocurrencias, pero tremendamente rabioso cuando no se salía con la suya. Desde párvulo —como él mismo recordaría después ante un público sinceramente emocionado que alternativamente reía y lloraba, con motivo del cincuentenario de la fundación del Colegio de las Angelinas— fue mimado por las propias profesoras: la Madre Chantal, que le apreciaba mucho, le hizo un traje de monaguillo que usaba para manejar el incensario a la hora de la bendición con el Santísimo. Un día le dio con tanto impulso que lanzó por el aire el incienso encendido y quemó la capa del capellán. La destitución de su cargo de monaguillo fue su primer fracaso.

Desde los 5 años iba él solo a cobrar los cupones del Banco de España. El cajero le acariciaba y siempre volvía a casa con alguna golosina en la mano.

Tenía una maravillosa disposición para la música: oído, voz y arte, cosa natural en un hijo de italiano casado con una española también aficionada a cantar.

Tuvo por profesor de piano a D. Juan Alfonso, pero, como era incapaz de estar diez minutos sentado en una banqueta, el profesor perdió la paciencia y se terminaron las lecciones. Lo que no impidió que el niño, por su cuenta siguiese practicando a su capricho, de modo que, de mayor, cualquier canción que oía la repetía al piano con suma facilidad sin perder nota.

No faltaron tampoco las habituales travesuras, que él mismo describiría después.

Una noche nos despertaron los silbatos de los serenos. Nos vistieron de prisa y bajamos a la calle. Estaba ardiendo la casa vecina. Daba horror ver salir las llamas por los balcones. Paco temblaba y lo recordaría aún durante muchos años. Yo creo que éste fue el origen del insomnio que padeció siempre.

Otra anécdota no menos curiosa es la que le acaeció con el pintor Lantada, que había pedido permiso a la madre para retratar al hermoso muchacho entre los ángeles del cuadro de la Inmaculada. Como el pintor le recriminase porque no dejaba de jugar y moverse, el agudo niño le respondía: "Sólo lo de abajo he movido ¿o es que me va a sacar también las patas?"

De su precocidad literaria puede ser ejemplo aquel premio de redacción ganado a la altura del primer curso de Bachillerato y publicado en la Revista Infantil *Azul y Rosa*, así como varios artículos publicados en el diario local *Obreros y Patronos*, algunos de los cuales fueron tan ferozmente satíricos que más de una vez hubo de pagar los desmanes de su pluma con sus propias costillas.

De sus andanzas por el Instituto y por el Centro de San Isidoro, situado en la plaza de la Catedral y vecino de la antigua Escuela del Magisterio —que entonces dirigía Doña Manuela Torralba— existen asimismo numerosas referencias en su propia obra, así como una alusión lejana y equivocada en los "Retratos" de Gómez de la Serna, que atribuye al futuro poeta la cualidad de "ser más bueno que el pan" y habla de la tahona de su madre, tahona que la familia Vighi jamás tuvo y que sólo existió en la excitada mente de Ramón.

Sumamente interesante al respecto, resultan sus propias confesiones, fundamentalmente centradas en sus artículos de tema palentino:

En la nota necrológica, publicada en el *Diario Palentino*, bajo

el título de, In Memoriam. — Pepe Rivera: Cruz Bellido, el mismo poeta nos dice:

“Yo me consideraba entonces su protector y consejero. Pepín tenía apenas ocho años; yo pronto alcanzaría los diez ¡un hombre!

Un día su padre, aquél don Manuel tan serio y respetable, nos llevó de excursión en el tilburi de Zamora. ¡Que felices fuimos! En el botijo de un peón caminero bebimos agua a chorro por primera vez, ¡Oh, maravilla!

A la vuelta discutimos como dos hombrecitos. Yo afirmaba que lo mejor de España era Bilbao; él aseguraba que no había nada como Málaga. ¿Por qué Málaga? ¿Por qué Bilbao?. No lo sé, pero sí recuerdo que la discusión fue larga y nos hizo callar don Manuel explicando lo que era Bilbao y Málaga. Pepín discutía con la tranquilidad y el aplomo que fueron siempre virtudes suyas; yo en cambio hablaba con apasionamiento y violencia, defectos de los que difícilmente me voy corrigiendo.

Ya teníamos más amigos; éramos felices, felices, felices. En verano a pleno sol, íbamos a Pajares a jugar con Pepe Camazón, Mariano Gómez y Juanito Peñalva, que nos hablaba de su proyectada fuga para recorrer el mundo a pie y sin dinero; también nos acompañaba Enciso, el gran Saturio, el más valiente de todos en agua y tierra.

Nos bañábamos (en el cuérnago), remábamos en la piragua, hacíamos balsas en la isleta, aliviábamos a los frutales de su preciosa carga, montábamos en el Noble, un trotón cano y pacífico, que nos aparejaba el señor Felipe.

Y ya de noche, el retorno, cantando, a la ciudad, con el obsequio de doña Sabina, una gran magnolia para la hermanita ¡muerta ya también!

En invierno el Centro de San Isidoro, las travesuras de Eugenio del Olmo y Vidal Ortiz; la sanción consiguiente por mano y pie de don Victorio. En Carnaval las comedias del Colegio donde en unión de Leoncio Rodríguez, éramos los tres primeros actores, a veces actrices. Y aquellos días en que como premio a nuestra aplicación don Marcelo nos llevó a Pepe y a mí en viaje “de ampliación de estudios” a Paredes de Nava, el pueblo del Director. Revoltosos, alegres, cantarines, pero buenos colegiales.

Eramos felices, felices, felices.

En aquella tertulia de “La Montaña” dominando todos los ruidos la voz terrible de Enrique, el gran gourmet, comentando siempre

cosas de política palentina. Hablaban todos, hasta Saleri II. El círculo de las amistades se había ampliado; compañeros de hospedaje y de escuela, el claro y talentado Vergara; Matanza, militar pintoresco y desorbitado; Paquito Simón, el más pequeño del grupo, el pobre Paquito protegido por todos; Dieguez regocijante, Villaumbrales, y los palentinos que en Madrid estaban de temporada Higinio, Venturilla, Santiago, etc., etc.

Voceábamos tanto que a veces nos mandaba callar doña Petra, la dueña del café, nuestra enemiga porque era germanófila y maurista.

Por las noches el Nuevo Levante, música clásica y romántica; rincón delicioso que yo presumía haber descubierto. Vecindad de escritores, artistas y catedráticos. Valle-Inclán, Baroja, Romero de Torres, Penagos en una mesa; en otra los Vascos con Gabiola, Machimbarrena, alguna vez Usandizaga; más allá los médicos, en otra tertulia Polo y Peirolón rodeados de viejos carlistas.

A nuestra peña venían también los valencianos y todos los huéspedes del "Hotel Paca" la patrona ideal por cuya casa, mucho o poco tiempo, todos hemos pasado.

Se hacía el silencio, un profundo silencio cuando Anguita se acercaba al piano y Corvino empuñaba el violín. Estruendosos aplausos al final de cada obra. La charla renacía con más fuerza.

La tertulia era ya más espiritual, se hablaba menos de Palencia que en "La Montaña". Además para dar tono a la reunión estaba allí José María Cruz Bellido, alumno de ingenieros industriales, hombre inteligentísimo, culto, sencillo, bondadoso.

Se colocaba siempre al lado de Pepe Rivera; nosotros sentíamos cierto respeto intelectual por esta pareja de chicos listos, aplicados y que manejaban la ironía con gran facilidad. ¡Ni Olmo podía con ellos!

Alguna vez me sentaban en medio para reñirme como a un niño.

—No vas por la Escuela.

—No estudias una palabra.

—A ese paso no harás nada, Vigueta.

—Se lo voy a escribir a tu madre.

Tenían ideas comunes, sentimientos afines, mutua simpatía; por eso cuando uno de ellos llegaba al café el otro exclamaba:

—Tu y yo siempre juntos, ven aquí.

Cruz Bellido, huérfano desde muy joven, vivió siempre solo; al terminar su carrera fue nombrado director de una fábrica de vidrio;

el título de, *In Memoriam*. — Pepe Rivera: Cruz Bellido, el mismo poeta nos dice:

“Yo me consideraba entonces su protector y consejero. Pepín tenía apenas ocho años; yo pronto alcanzaría los diez ¡un hombre!

Un día su padre, aquél don Manuel tan serio y respetable, nos llevó de excursión en el tálburi de Zamora. ¡Que felices fuimos! En el botijo de un peón caminero bebimos agua a chorro por primera vez, ¡Oh, maravilla!

A la vuelta discutimos como dos hombrecitos. Yo afirmaba que lo mejor de España era Bilbao; él aseguraba que no había nada como Málaga. ¿Por qué Málaga? ¿Por qué Bilbao?. No lo sé, pero sí recuerdo que la discusión fue larga y nos hizo callar don Manuel explicando lo que era Bilbao y Málaga. Pepín discutía con la tranquilidad y el aplomo que fueron siempre virtudes suyas; yo en cambio hablaba con apasionamiento y violencia, defectos de los que difícilmente me voy corrigiendo.

Ya teníamos más amigos; éramos felices, felices, felices. En verano a pleno sol, íbamos a Pajares a jugar con Pepe Camazón, Mariano Gómez y Juanito Peñalva, que nos hablaba de su proyectada fuga para recorrer el mundo a pie y sin dinero; también nos acompañaba Enciso, el gran Saturio, el más valiente de todos en agua y tierra.

Nos bañábamos (en el cuérnago), remábamos en la piragua, hacíamos balsas en la isleta, aliviábamos a los frutales de su preciosa carga, montábamos en el Noble, un trotón cano y pacífico, que nos aparejaba el señor Felipe.

Y ya de noche, el retorno, cantando, a la ciudad, con el obsequio de doña Sabina, una gran magnolia para la hermanita ¡muerta ya también!

En invierno el Centro de San Isidoro, las travesuras de Eugenio del Olmo y Vidal Ortiz; la sanción consiguiente por mano y pie de don Victorio. En Carnaval las comedias del Colegio donde en unión de Leoncio Rodríguez, éramos los tres primeros actores, a veces actrices. Y aquellos días en que como premio a nuestra aplicación don Marcelo nos llevó a Pepe y a mí en viaje “de ampliación de estudios” a Paredes de Nava, el pueblo del Director. Revoltosos, alegres, cantarines, pero buenos colegiales.

Eramos felices, felices, felices.

En aquella tertulia de “La Montaña” dominando todos los ruidos la voz terrible de Enrique, el gran gourmet, comentando siempre

cosas de política palentina. Hablaban todos, hasta Saleri II. El círculo de las amistades se había ampliado; compañeros de hospedaje y de escuela, el claro y talentudo Vergara; Matanza, militar pintoresco y desorbitado; Paquito Simón, el más pequeño del grupo, el pobre Paquito protegido por todos; Dieguez regocijante, Villaurbales, y los palentinos que en Madrid estaban de temporada Higinio, Venturilla, Santiago, etc., etc.

Voceábamos tanto que a veces nos mandaba callar doña Petra, la dueña del café, nuestra enemiga porque era germanófila y maurista.

Por las noches el Nuevo Levante, música clásica y romántica; rincón delicioso que yo presumía haber descubierto. Vecindad de escritores, artistas y catedráticos. Valle-Inclán, Baroja, Romero de Torres, Penagos en una mesa; en otra los Vascos con Gabiola, Machimbarrena, alguna vez Usandizaga; más allá los médicos, en otra tertulia Polo y Peirolón rodeados de viejos carlistas.

A nuestra peña venían también los valencianos y todos los huéspedes del "Hotel Paca" la patrona ideal por cuya casa, mucho o poco tiempo, todos hemos pasado.

Se hacía el silencio, un profundo silencio cuando Anguita se acercaba al piano y Corvino empuñaba el violín. Estruendosos aplausos al final de cada obra. La charla renacía con más fuerza.

La tertulia era ya más espiritual, se hablaba menos de Palencia que en "La Montaña". Además para dar tono a la reunión estaba allí José María Cruz Bellido, alumno de ingenieros industriales, hombre inteligentísimo, culto, sencillo, bondadoso.

Se colocaba siempre al lado de Pepe Rivera; nosotros sentíamos cierto respeto intelectual por esta pareja de chicos listos, aplicados y que manejaban la ironía con gran facilidad. ¡Ni Olmo podía con ellos!

Alguna vez me sentaban en medio para refirme como a un niño.

—No vas por la Escuela.

—No estudias una palabra.

—A ese paso no harás nada, Vigueta.

—Se lo voy a escribir a tu madre.

Tenían ideas comunes, sentimientos afines, mutua simpatía; por eso cuando uno de ellos llegaba al café el otro exclamaba:

—Tu y yo siempre juntos, ven aquí.

Cruz Bellido, huérfano desde muy joven, vivió siempre solo; al terminar su carrera fue nombrado director de una fábrica de vidrio;



muy cerca de allí Pepe Rivera dirigía la construcción de un gran salto de agua.

Más tarde Rivera vino a su pueblo y Cruz fue destinado a Madrid como ingeniero de ferrocarriles.

En Madrid, una mañana de este mes de julio, Cruz Bellido moría insospechadamente en casa de un compañero suyo, de una leve enfermedad a quien nadie dio importancia.

Impresionadísimo por la noticia, se la comuniqué a Rivera; ocho días después, cuando esperaba la respuesta de mi carta, el telégrafo me avisa que Pepe Rivera ha muerto también, inesperadamente.

Los dos mejores del grupo nos dejaban para siempre”.

En su nota necrológica sobre Juanito Caneja (2) vuelve asimismo a la carga con sus recuerdos de estudiante:

“Muy de mañana, al llegar al Instituto Viejo, nos enteramos de la muerte de un gran personaje: héroe, sabio, político; o del constipado de don Homobono, el director; o de una obra urgente de albañilería, estero o desestero. La noticia suponía una jornada de lícita e insospechada vacación, por eso aún más agradable. No teníamos que estudiar las lecciones para el día siguiente.

Si el tiempo era bueno escogíamos en nuestro repertorio: jugar a las navajillas en el Sotillo, tirar piedras al río desde Puentecillas, o un partido de pelota en el vecino “trinquete” regido primero por la “señora Petra”, después por su nuera “la Amparo”.

Pero si llovias, nieves o nieblas, impedían la fiesta al aire libre, entonces sin dudarle un momento, acudíamos a la Audiencia, espectadores del juicio oral correspondiente.

Gracias a esta frecuentación, nuestro anecdotario se enriqueció y en nuestra memoria quedaron grabados para siempre los “díceses” y equivocaciones de procesados y testigos. Uno de los grandes éxitos de Higinio Azcoitia es repetirlos en sobremesas y tertulias.

La Audiencia estaba en los bajos del Ayuntamiento en la primera “bocaplaza”, cerrada al tráfico rodado por cuatro pilastras de granito donde nos entrenábamos al juego del salto “con recitación”:

Soy el rey del monumento  
con mi corona y mi cetro.

Antes de entrar en la sala, que entonces nos parecía enorme, esperábamos en los pasillos conversando con Paulino Merino, el “ujier-

2. ¡Adiós Juanito! En recuerdo de Caneja.—Diario Palentino, El Día de Palencia, 17-X-1948.

poeta”, ya amigo nuestro. Paulino gozaba de un espadín muy fino y de una esposa muy gorda; mujer y musa, una musa de ciento veinte kilos, para la que había compuesto unos versos que comenzaban así:

“Paulino el ujier — mató a su mujer — la metió en un cesto — y la fue a vender —. Todos creían — que era tocino — y era la mujer — de Paulino Merino”.

Cuando Paulino gritaba — ¡Audiencia Pública! — entrábamos en tropel. ¡Felices los que ganaban un puesto junto a la barandilla, inmediatamente detrás del procesado y los civiles!

Soportábamos todo el rito procesal; la pesada lectura del Secretario; después la declaración del reo siempre con cara de inocente:

—No supe lo que hacía; “me se” puso una cosa aquí... aquí...; y se golpeaba la frente.

Después desfilaban los testigos palurdos y sus pintorescos testimonios:

—Oí unas voces que “suflemaban” de Dios; era el Hermógenes, siempre mal hablado.

Decía uno:

—Yo estaba de la Calista a una distancia como “dende” aquí al “mostrador”... y señalaba la mesa del tribunal.

Los estudiantes celebrábamos ruidosamente todo lo que oíamos, hasta que la presidencia agitaba la campanilla amenazando con despejar la sala.

Sentíamos un gran respeto por el Presidente, D. José Argüelles y los señores magistrados: Odiábamos al Fiscal, fuese quien fuese, generalmente D. Juan Gago. En cuanto al abogado defensor, cada uno de nosotros tenía su favorito, aparte de otro en quien todos poníamos nuestra mayor simpatía.

El defensor podía ser el veterano D. Gerardo, todo inteligencia, astucia y desenfado; D. Pantaleón, sosegado, retórico y carlista; D. Aniano, ronco y republicano; D. Evasio o D. Evilasio, consonantes en sus nombres y asonantes en sus políticas; Buil, con su modestia y su corrección; D. José, que venía desde Astudillo y del que decían que sabía de memoria todos los códigos; también eran grandes abogados D. Luis y García Crespo, elocuentes, graves y engolados.

Pero a los chicos del Instituto nos interesaban más los jóvenes letrados, así el más guapo, César Pérez y el bondadoso D. Matías, con su barba nazarena y su voz débil, un poco infantil. Por entonces se iniciaba César Gusano, la gran promesa; gozaba fama de talento y enterado; pero era demasiado serio y cetrino; llevaba por

muy cerca de allí Pepe Rivera dirigía la construcción de un gran salto de agua.

Más tarde Rivera vino a su pueblo y Cruz fue destinado a Madrid como ingeniero de ferrocarriles.

En Madrid, una mañana de este mes de julio, Cruz Bellido moría insospechadamente en casa de un compañero suyo, de una leve enfermedad a quien nadie dio importancia.

Impresionadísimo por la noticia, se la comuniqué a Rivera; ocho días después, cuando esperaba la respuesta de mi carta, el telégrafo me avisa que Pepe Rivera ha muerto también, inesperadamente.

Los dos mejores del grupo nos dejaban para siempre”.

En su nota necrológica sobre Juanito Caneja (2) vuelve asimismo a la carga con sus recuerdos de estudiante:

“Muy de mañana, al llegar al Instituto Viejo, nos enteramos de la muerte de un gran personaje: héroe, sabio, político; o del constipado de don Homobono, el director; o de una obra urgente de albañilería, estero o desestero. La noticia suponía una jornada de lícita e insospechada vacación, por eso aún más agradable. No teníamos que estudiar las lecciones para el día siguiente.

Si el tiempo era bueno escogíamos en nuestro repertorio: jugar a las navajillas en el Sotillo, tirar piedras al río desde Puenteillas, o un partido de pelota en el vecino “trinquete” regido primero por la “señora Petra”, después por su nuera “la Amparo”.

Pero si llovías, nieves o nieblas, impedían la fiesta al aire libre, entonces sin dudarle un momento, acudíamos a la Audiencia, espectadores del juicio oral correspondiente.

Gracias a esta frecuentación, nuestro anecdotario se enriqueció y en nuestra memoria quedaron grabados para siempre los “díceses” y equivocaciones de procesados y testigos. Uno de los grandes éxitos de Higinio Azcoitia es repetirlos en sobremesas y tertulias.

La Audiencia estaba en los bajos del Ayuntamiento en la primera “bocaplaza”, cerrada al tráfico rodado por cuatro pilastras de granito donde nos entrenábamos al juego del salto “con recitación”:

Soy el rey del monumento  
con mi corona y mi cetro.

Antes de entrar en la sala, que entonces nos parecía enorme, esperábamos en los pasillos conversando con Paulino Merino, el “ujier-

2. ¡Adiós Juanito! En recuerdo de Caneja.—Diario Palentino, El Día de Palencia, 17-X-1948.

poeta”, ya amigo nuestro. Paulino gozaba de un espadín muy fino y de una esposa muy gorda; mujer y musa, una musa de ciento veinte kilos, para la que había compuesto unos versos que comenzaban así:

“Paulino el ujier — mató a su mujer — la metió en un cesto — y la fue a vender —. Todos creían — que era tocino — y era la mujer — de Paulino Merino”.

Cuando Paulino gritaba — ¡Audiencia Pública! — entrábamos en tropel. ¡Felices los que ganaban un puesto junto a la barandilla, inmediatamente detrás del procesado y los civiles!

Soportábamos todo el rito procesal; la pesada lectura del Secretario; después la declaración del reo siempre con cara de inocente:

—No supe lo que hacía; “me se” puso una cosa aquí... aquí...; y se golpeaba la frente.

Después desfilaban los testigos palurdos y sus pintorescos testimonios:

—Oí unas voces que “suflemaban” de Dios; era el Hermógenes, siempre mal hablado.

Decía uno:

—Yo estaba de la Calista a una distancia como “dende” aquí al “mostrador”... y señalaba la mesa del tribunal.

Los estudiantes celebrábamos ruidosamente todo lo que oíamos, hasta que la presidencia agitaba la campanilla amenazando con despejar la sala.

Sentíamos un gran respeto por el Presidente, D. José Argüelles y los señores magistrados: Odiábamos al Fiscal, fuese quien fuese, generalmente D. Juan Gago. En cuanto al abogado defensor, cada uno de nosotros tenía su favorito, aparte de otro en quien todos poníamos nuestra mayor simpatía.

El defensor podía ser el veterano D. Gerardo, todo inteligencia, astucia y desenfado; D. Pantaleón, sosegado, retórico y carlista; D. Aniano, ronco y republicano; D. Evasio o D. Evilasio, consonantes en sus nombres y asonantes en sus políticas; Buil, con su modestia y su corrección; D. José, que venía desde Astudillo y del que decían que sabía de memoria todos los códigos; también eran grandes abogados D. Luis y García Crespo, elocuentones, graves y engolados.

Pero a los chicos del Instituto nos interesaban más los jóvenes letrados, así el más guapo, César Pérez y el bondadoso D. Matías, con su barba nazarena y su voz débil, un poco infantil. Por entonces se iniciaba César Gusano, la gran promesa; gozaba fama de talento y enterado; pero era demasiado serio y cetrino; llevaba por

eso desventaja, según nuestra apreciación en aquella competencia que nosotros —los del bachillerato— habíamos entablado entre don César y otro abogado que todos llevábamos en nuestro corazón.

Pero el abogado que polarizó hacia su figura y su nombre la admiración y la simpatía de los discípulos de D. Homobono, de Chamorro y D. Pedro Muñoz, era un joven chato y zanquilargo; buen tipo y buena voz; era Juanito Caneja; nunca le llamábamos de otro modo y así hasta su reciente desaparición, D. Juan Díaz-Caneja y Candanedo fue sencillamente Juanito Caneja.

Ningún psicólogo ha conseguido precisar con claridad cuáles son los resortes de la simpatía; se es simpático por todo, a pesar de todo. Tal vez sería ejemplo afortunado compararlo con una diferencia de potencial que da origen a una corriente, pero el problema quedaría en pie. ¿Cómo se alcanza ese potencial?

Entre Juanito y nosotros existía una gran corriente de simpatía.

Muchas podían ser las causas y orígenes; la facilidad en su dicción; su gesticulación expresiva; aquella elocuencia post-castelarina, entonces muy en boga, últimos residuos del romanticismo; la frondosa literatura de adjetivos barrocos que interpolaba en sus alegatos; sus alusiones humanísticas o poéticas y sobre todo su voz, una voz potente y bien timbrada y en ella una matización de cadencias asturianas; contagio y recuerdo de la Universidad Ovetense, donde Juanito oyó a Clarín, Aramburu, Buylla, Rosada, Melquiades y Altamira, el mejor plantel de la España universitaria en sus Facultades de Derecho. Cuando Caneja empezaba aquello de "Con la venia de la sala"; ya corría por el público una emoción prematura; silenciosos y propicios le escuchábamos sin desmayar nuestra atención.

Hablaba siempre en tono heroico y grandilocuente, forzando la voz y el acento astur-leonés. Los "campuzos" del Jurado se quedaban con la boca abierta, pero Juanito se metía dentro de ellos por los oídos y el corazón: Invocaba las virtudes campesinas de Castilla, su lealtad y su amor a la justicia; les obligaba a recordar a sus hijos, que tal vez, ¡cualquier día! pudieran también ser víctimas de un arrebato. Salían a relucir los trigales, los comuneros, la caridad cristiana, el perdón de la Magdalena, el dolor de las madres, la hombría y la dignidad de los hijos... ¡toda la gama! y todo rebozado con la más sentimental de las fraseologías hasta que aquellos labradores del tribunal popular sentían correr un agua salobre por los surcos de sus mejillas; esos profundos surcos que graban el trabajo a la intemperie: sol, vientos y heladas de los rastrojos y barbechos castellanos.

Después Caneja en una habilidosa mutación; tras una pausa para cambiar el tono, hablaba serenamente de los artículos de la ley; de sentencias prejuzadoras en casos análogos y de la jurisprudencia del Supremo: Miraba entonces hacia la mesa presidencial, ya más sosegado; ya sin modulaciones asturianas ¡Que bien manejaba Juanito los resortes forenses para uno y otro tribunal!

Un final, lírico o apocalíptico y como consecuencia, grandes murmullos de admiración. Unos aplausos que se inician y otro campanillazo del presidente dedicado a los chicos del bachillerato.

Al día siguiente, otra vez en el Instituto ya en jornada normal; continuaban los comentarios sobre el juicio y los elogios al abogado defensor. Repetíamos párrafos enteros de su discurso y convidábamos a barquillos a Manolo y Emilio, los hermanos de Juanito. ¡Que a esto llegaba nuestra admiración y simpatía!

Juanito Caneja ha muerto; su larga y penosa enfermedad no le impidió en sus últimos años escribir largas y frecuentes cartas a los amigos: Conservaba su afición al párrafo largo y altisonante; a la hipérbole y a la frase tierna: Su imaginación seguía al galope. ¡Como antes! ¡Como siempre!

En aquellas cartas intentaba consolarnos de una injusticia o de una desgracia; o nos felicitaba por un triunfo que él, cariñosamente, exageraba; o nos pedía versos para interpolar ilustraciones poéticas en su nuevo libro; porque siempre estaba preparando un libro encargado por Afrodiseo; cartas que venían de Madrid, de Mallorca, de Pozo de Urama; y si se organizaba homenaje o banquete a algún palentino, era la voz de Juan Caneja, ya temblona por los años, las enfermedades y las penas la que exaltaba con su elocuencia proverbial las virtudes y méritos del protagonista.

Amigo y camarada del Instituto palentino que te salvaste de ese inexorable cribado que a todos pronto o tarde, alcanza. En esa botica del pueblo; en tu clínica urbana o rústica; en la fábrica o en la mina que diriges; la oficina o el estudio en que despachas o proyectas; el campo que cultivas; el batallón que mandas; la cátedra en que profesas; notario, registrador, diplomático. Y tú que —como Caneja— abogas en los tribunales de justicia y vosotros rentistas, condiscípulos afortunados, y tú también, pobre atorrante, vencido por la vida, ¡que de todo hay entre nosotros! Cuando llegue la noticia y sepáis que ya se liberó nuestro ídolo; que ha muerto Juanito Caneja, un hormiguero cordial os hará recordar aquellas horas de la Audiencia. Evocaréis, como un telón de fondo, el viejo Instituto y

eso desventaja, según nuestra apreciación en aquella competencia que nosotros —los del bachillerato— habíamos entablado entre don César y otro abogado que todos llevábamos en nuestro corazón.

Pero el abogado que polarizó hacia su figura y su nombre la admiración y la simpatía de los discípulos de D. Homobono, de Chamorro y D. Pedro Muñoz, era un joven chato y zanquilargo; buen tipo y buena voz; era Juanito Caneja; nunca le llamábamos de otro modo y así hasta su reciente desaparición, D. Juan Díaz-Caneja y Candanedo fue sencillamente Juanito Caneja.

Ningún psicólogo ha conseguido precisar con claridad cuáles son los resortes de la simpatía; se es simpático por todo, a pesar de todo. Tal vez sería ejemplo afortunado compararlo con una diferencia de potencial que da origen a una corriente, pero el problema quedaría en pie. ¿Cómo se alcanza ese potencial?

Entre Juanito y nosotros existía una gran corriente de simpatía.

Muchas podían ser las causas y orígenes; la facilidad en su dicción; su gesticulación expresiva; aquella elocuencia post-castelarina, entonces muy en boga, últimos residuos del romanticismo; la frondosa literatura de adjetivos barrocos que interpolaba en sus alegatos; sus alusiones humanísticas o poéticas y sobre todo su voz, una voz potente y bien timbrada y en ella una matización de cadencias asturianas; contagio y recuerdo de la Universidad Ovetense, donde Juanito oyó a Clarín, Aramburu, Buylla, Rosada, Melquiades y Altamira, el mejor plantel de la España universitaria en sus Facultades de Derecho. Cuando Caneja empezaba aquello de "Con la venia de la sala"; ya corría por el público una emoción prematura; silenciosos y propicios le escuchábamos sin desmayar nuestra atención.

Hablaba siempre en tono heroico y grandilocuente, forzando la voz y el acento astur-leonés. Los "campuzos" del Jurado se quedaban con la boca abierta, pero Juanito se metía dentro de ellos por los oídos y el corazón: Invocaba las virtudes campesinas de Castilla, su lealtad y su amor a la justicia; les obligaba a recordar a sus hijos, que tal vez, ¡cualquier día! pudieran también ser víctimas de un arrebato. Salían a relucir los trigales, los comuneros, la caridad cristiana, el perdón de la Magdalena, el dolor de las madres, la hombría y la dignidad de los hijos... ¡toda la gama! y todo rebozado con la más sentimental de las fraseologías hasta que aquellos labradores del tribunal popular sentían correr un agua salobre por los surcos de sus mejillas; esos profundos surcos que graban el trabajo a la intemperie: sol, vientos y heladas de los rastrojos y barbechos castellanos.

Después Caneja en una habilidosa mutación; tras una pausa para cambiar el tono, hablaba serenamente de los artículos de la ley; de sentencias prejuzgadoras en casos análogos y de la jurisprudencia del Supremo: Miraba entonces hacia la mesa presidencial, ya más sosegado; ya sin modulaciones asturianas ¡Que bien manejaba Juanito los resortes forenses para uno y otro tribunal!

Un final, lírico o apocalíptico y como consecuencia, grandes murmullos de admiración. Unos aplausos que se inician y otro campanillazo del presidente dedicado a los chicos del bachillerato.

Al día siguiente, otra vez en el Instituto ya en jornada normal; continuaban los comentarios sobre el juicio y los elogios al abogado defensor. Repetíamos párrafos enteros de su discurso y convidábamos a barquillos a Manolo y Emilio, los hermanos de Juanito. ¡Que a esto llegaba nuestra admiración y simpatía!

Juanito Caneja ha muerto; su larga y penosa enfermedad no le impidió en sus últimos años escribir largas y frecuentes cartas a los amigos: Conservaba su afición al párrafo largo y altisonante; a la hipérbole y a la frase tierna: Su imaginación seguía al galope. ¡Como antes! ¡Como siempre!

En aquellas cartas intentaba consolarnos de una injusticia o de una desgracia; o nos felicitaba por un triunfo que él, cariñosamente, exageraba; o nos pedía versos para interpolar ilustraciones poéticas en su nuevo libro; porque siempre estaba preparando un libro encargado por Afrodiseo; cartas que venían de Madrid, de Mallorca, de Pozo de Urama; y si se organizaba homenaje o banquete a algún palentino, era la voz de Juan Caneja, ya temblona por los años, las enfermedades y las penas la que exaltaba con su elocuencia proverbial las virtudes y méritos del protagonista.

Amigo y camarada del Instituto palentino que te salvaste de ese inexorable cribado que a todos pronto o tarde, alcanza. En esa botica del pueblo; en tu clínica urbana o rústica; en la fábrica o en la mina que diriges; la oficina o el estudio en que despachas o proyectas; el campo que cultivas; el batallón que mandas; la cátedra en que profesas; notario, registrador, diplomático. Y tú que —como Caneja— abogas en los tribunales de justicia y vosotros rentistas, condiscípulos afortunados, y tú también, pobre atorrante, vencido por la vida, ¡que de todo hay entre nosotros! Cuando llegue la noticia y sepáis que ya se liberó nuestro ídolo; que ha muerto Juanito Caneja, un hormiguero cordial os hará recordar aquellas horas de la Audiencia. Evocaréis, como un telón de fondo, el viejo Instituto y



a vuestro oído llegará la voz insinuante y única del “cimbaillo”, ese “tan-tan” para el que tenemos un oído en el corazón todos los palentinos desperdigados por el mundo: Y rezaréis por Juanito Caneja; el hermano de nuestro compañero Manolo y Emilio; el hijo de aquel señor, aquel gran señor don Domingo, que en todo tiempo y siempre solitario salía de su caserón en la plazuela de la Catedral al sonar el cimbaillo y paseaba por el monte o la vega; mientras Juanito en el café o en la redacción de “El Diario Palentino” hablaba, hablaba con su facundia y su alegría bondadosa ante un grupo de amigos que le han sido fieles hasta la muerte”.

En el segundo de sus artículos dedicados a historiar los orígenes del fútbol en Palencia, se atribuye, con su desbordante gracia habitual, el mérito de introducir este deporte en la provincia:

“A Palencia llegó en el “mes de octubre de 1904”. ¡No se puede dar mayor precisión cronológica!

Lo jugaron estudiantes del Bachillerato, con algún agregado, en las eras del cementerio.

Ellos constituyeron la primera Sociedad deportiva palentina.

Es verdad que los escolares de San Zoil, en Carrión de los Condes, disfrutaban ya de un balón muy grande —como de medio metro de diámetro— al que pegaban con manos y pies —“para entrar en calor” decían— en un juego muy poco parecido al fútbol asociación, pero que tampoco era el “rugby”.

En 1905 los alumnos del Colegio de “La Salle”, establecido en la calle de Gil de Fuentes, jugaban ya el verdadero fútbol, con los hermanos profesores, a los que se conocía por los “frailes del babero”. Ellos constituyeron un equipo que jugó con el nuestro, del que a continuación hablaremos; pero esto fue tres años más tarde en las ferias de 1908.

En 1906, los palentinos Eduardo Calderón, Julián Carlón Hurtado, Ricardo Betegón, Enrique Azcoitia y alguno más cuyo nombre no recuerdo, que habían pasado un curso en el Colegio de Agustinos de El Escorial, trajeron de allí un balón con el que se hacía una parodia del partido en la Plaza de Toros. Eran los “goals” o puertas de la presidencia y el toril.

Pero como dije, fue en 1904, cuando se empezó a jugar. La cosa fue así, con sus antecedentes detallados.

En el verano de 1904 yo había ido a Bilbao con don Amancio Gaona, hoy canónigo penitenciario de nuestra Catedral.

Don Amancio era —y seguirá siendo— uno de los hombres más buenos y virtuosos que ha tenido Palencia.

El me inició en los conocimientos generales; me aficionó a la música, al canto y a la recitación; me hizo “tratar” a los clásicos desde Homero a Virgilio; remató mi formación religiosa comenzada en las Angelinas y además intentó educarme.

Yo era entonces un chico débil, pálido y ¡cualquiera lo diría! flaco e inapetente. Mi familia, un poco alarmada, me puso en manos de don Amancio y con él fui a “cambiar de aires” y a bañarme a las playas vizcaínas.

Vivíamos en casa de un hermano suyo, en la Plaza-Mercado del Ensanche, donde terminaba un tranvía de mulas que llamaban el urbano, para distinguirlo del eléctrico, ya establecido en otros sectores.

En la casa vivían tres hermanos, los Alzaga, que en unión de otros chicos del barrio, jugaban al verdadero fútbol en la plaza inmediata.

Pronto me hice amigo del grupo, y un día, a falta de jugadores, me incorporaron eventualmente al equipo de El Ensanche, que jugaba contra los de la Plaza de Abia.

Y otro día ¡al fin! fui con ellos a un terreno situado junto a la ría —creo se llamaba Campa de los ingleses— donde jugamos un partido con árbitro y pito; lo que se dice ¡una cosa seria!

Confieso que el peor de todos era yo, pues no hacía más que correr de un lado para otro; poner zancadillas y agarrar al contrario con las manos: creía yo que eso era “marcar bien”: todo ello entre indignaciones e insultos de los dos equipos y del pequeño público que nos rodeaba.

A fines de agosto, antes de volver a Palencia, gasté todo mi dinero comprando un balón de reglamento en el bazar de “Aman”, que los importaba de Inglaterra. En la compra me aconsejó y acompañó uno de los del equipo.

El balón costaba 20 pesetas; yo no tenía bastante; había comprado ya los juguetes para mis hermanas; D. Amancio completó la suma y nunca quiso cobrar mi deuda.

Por cierto que cuando mi compañero y yo llegábamos a casa, recordamos que con la compra de un balón se regalaba un reglamento del juego. Volvimos apresurados a la tienda y nos dieron el folleto. Llegué tarde a comer y mi preceptor me reprendió ligeramente. Son detalles inocuos, pero inolvidables.

Ya en Palencia reuní a numerosos camaradas condiscípulos y hasta vecinos. En las Eras de Monedero, frente al cementerio, empe-

a vuestro oído llegará la voz insinuante y única del “cimbaillo”, ese “tan-tan” para el que tenemos un oído en el corazón todos los palentinos desperdigados por el mundo: Y rezaréis por Juanito Caneja; el hermano de nuestro compañero Manolo y Emilio; el hijo de aquel señor, aquel gran señor don Domingo, que en todo tiempo y siempre solitario salía de su caserón en la plazuela de la Catedral al sonar el cimbaillo y paseaba por el monte o la vega; mientras Juanito en el café o en la redacción de “El Diario Palentino” hablaba, hablaba con su facundia y su alegría bondadosa ante un grupo de amigos que le han sido fieles hasta la muerte”.

En el segundo de sus artículos dedicados a historiar los orígenes del fútbol en Palencia, se atribuye, con su desbordante gracia habitual, el mérito de introducir este deporte en la provincia:

“A Palencia llegó en el “mes de octubre de 1904”. ¡No se puede dar mayor precisión cronológica!

Lo jugaron estudiantes del Bachillerato, con algún agregado, en las eras del cementerio.

Ellos constituyeron la primera Sociedad deportiva palentina.

Es verdad que los escolares de San Zoil, en Carrión de los Condes, disfrutaban ya de un balón muy grande —como de medio metro de diámetro— al que pegaban con manos y pies —“para entrar en calor” decían— en un juego muy poco parecido al fútbol asociación, pero que tampoco era el “rugby”.

En 1905 los alumnos del Colegio de “La Salle”, establecido en la calle de Gil de Fuentes, jugaban ya el verdadero fútbol, con los hermanos profesores, a los que se conocía por los “frailes del babero”. Ellos constituyeron un equipo que jugó con el nuestro, del que a continuación hablaremos; pero esto fue tres años más tarde en las ferias de 1908.

En 1906, los palentinos Eduardo Calderón, Julián Carlón Hurtado, Ricardo Betegón, Enrique Azcoitia y alguno más cuyo nombre no recuerdo, que habían pasado un curso en el Colegio de Agustinos de El Escorial, trajeron de allí un balón con el que se hacía una parodia del partido en la Plaza de Toros. Eran los “goals” o puertas de la presidencia y el toril.

Pero como dije, fue en 1904, cuando se empezó a jugar. La cosa fue así, con sus antecedentes detallados:

En el verano de 1904 yo había ido a Bilbao con don Amancio Gaona, hoy canónigo penitenciario de nuestra Catedral.

Don Amancio era —y seguirá siendo— uno de los hombres más buenos y virtuosos que ha tenido Palencia.

El me inició en los conocimientos generales; me aficionó a la música, al canto y a la recitación; me hizo “tratar” a los clásicos desde Homero a Virgilio; remató mi formación religiosa comenzada en las Angelinas y además intentó educarme.

Yo era entonces un chico débil, pálido y ¡cualquiera lo diría! flaco e inapetente. Mi familia, un poco alarmada, me puso en manos de don Amancio y con él fui a “cambiar de aires” y a bañarme a las playas vizcaínas.

Vivíamos en casa de un hermano suyo, en la Plaza-Mercado del Ensanche, donde terminaba un tranvía de mulas que llamaban el urbano, para distinguirlo del eléctrico, ya establecido en otros sectores.

En la casa vivían tres hermanos, los Alzaga, que en unión de otros chicos del barrio, jugaban al verdadero fútbol en la plaza inmediata.

Pronto me hice amigo del grupo, y un día, a falta de jugadores, me incorporaron eventualmente al equipo de El Ensanche, que jugaba contra los de la Plaza de Abia.

Y otro día ¡al fin! fui con ellos a un terreno situado junto a la ría —creo se llamaba Campa de los ingleses— donde jugamos un partido con árbitro y pito; lo que se dice ¡una cosa seria!

Confieso que el peor de todos era yo, pues no hacía más que correr de un lado para otro; poner zancadillas y agarrar al contrario con las manos: creía yo que eso era “marcar bien”: todo ello entre indignaciones e insultos de los dos equipos y del pequeño público que nos rodeaba.

A fines de agosto, antes de volver a Palencia, gasté todo mi dinero comprando un balón de reglamento en el bazar de “Aman”, que los importaba de Inglaterra. En la compra me aconsejó y acompañó uno de los del equipo.

El balón costaba 20 pesetas; yo no tenía bastante; había comprado ya los juguetes para mis hermanas; D. Amancio completó la suma y nunca quiso cobrar mi deuda.

Por cierto que cuando mi compañero y yo llegábamos a casa, recordamos que con la compra de un balón se regalaba un reglamento del juego. Volvimos apresurados a la tienda y nos dieron el folleto. Llegué tarde a comer y mi preceptor me reprendió ligeramente. Son detalles inocuos, pero inolvidables.

Ya en Palencia reuní a numerosos camaradas condiscípulos y hasta vecinos. En las Eras de Monedero, frente al cementerio, empe-

zamos a jugar. Mi "experiencia", mi balón y mi reglamento, me daban cierta autoridad y hubo "una miaja" de cacicato personal.

Formábamos dos grupos de más o menos, once jugadores, según el número de los que acudían a la era. Para distinguirnos usábamos brazaletes de percalina, roja o azul.

Cinco o seis días después fuimos violentamente expulsados del campo de fútbol, no sé si por un guarda rural, el cachicán de Monedero, o un pastor. Sí, me parece fue un pastor que durante los primeros días nos vió jugar sin comprendernos, mientras las ovejas pastaban sueltas por las eras vecinas.

Pero entre nosotros jugaba Lázaro Conde, sobrino de don Fernando Monedero, el dueño; y él nos arregló el "asunto", después de prometer que no castigaríamos mucho los pastos

Recuerdo algunos nombres de los primeros palentinos que dieron puntapiés a una pelota como deporte reglamentado.

Ricardo Reinoso, César Fernández Aguado, hoy redactor de *DIA-RIO - DIA*, que me ayuda en esta evocación; Luis Martínez Díez, Enrique el de don Evasio, los Olmo, los Camazón, Antonio Tejedor, Rivera, Conde Diezquijada, los hermanos Arroyo, Blas y Manolo, Juan Peñalba, Bregel, Vela, Monteoliva, Diéguez, Luis Ortega, Prieto, Caneja, Sánchez del Pozo.

Pronto organizamos un "club" o sociedad con su presidente y todo, secretario, tesorero, etc., etc., que denominamos pomposamente "Asociación Deportiva Castellana".

Se pagaba un real cada domingo. Abundaban los morosos. La sede estaba en casa de Manolo Caneja, en la calle de San Juan, donde también teníamos un teatro de aficionados.

El nuevo deporte sirvió de aglomerante para los chicos del Bachillerato, que dirimíamos nuestras diferencias en una guerra civil a pedradas y cintarazos.

Allí hicieron las paces el grupo del Trompadero que acaudillaba Pedro Prieto Rincón y el de la calle de Los Soldados y sus alrededores, donde yo mandaba. El fútbol anudó los desatados lazos.

Perico se incorporó a nosotros y nos enseñó a pronunciar en correcto inglés —al menos así lo aseguraba— la terminología del deporte. Porque entonces se decía todo en inglés "back", "goal-que-per", o cosa parecida. El buen sentido los llamó pronto con voces españolas o españolizadas; delanteros, medios, defensas y hasta se le llamó a uno "portero" palabra que sufrió gran resistencia a ser admitida, pues fue pretexto para reiterados chistes.

Se españolizó lo de foot-ball transformado en fútbol y fracasó el intento hiperpatriótico de Mariano de Cavia, que propuso llamarlo balompié o "bola-pié".

En las tardes invernales, las gentes que iban o venían a las orillas del Carrión a "tomar el solillo", se detenían allí para vernos jugar. Si alguno de nosotros lanzaba la pelota a gran altura, los aplausos eran copiosos y aún mayores, si con una "carga" derribábamos al adversario.

En cambio nadie se daba cuenta de que habíamos hecho tanto o goal cuando el balón se introducía entre aquellos dos montones de chaquetas, abrigos y boinas que señalaban la puerta".

Poco antes, en el primero de los artículos dedicados a estas investigaciones futbolísticas (3), con la gracia que le es peculiar se confiesa ante su público:

"Confieso que soy un vanidoso. A veces consigo ahogar este defecto y librarme de inclinación tan fea. Pero así y todo mi conciencia no queda tranquila; la vanidad no es vencida por la modestia sino por el orgullo...".

Tras fingir una encuesta en una tertulia de amigos para ver qué méritos reúne cada uno para un hipotético homenaje, él halla que su mérito fundamental es el de haber introducido el fútbol en Palencia; pero aprovecha graciosamente la ocasión para enumerar —entre vanidosa y jocosamente— "los conatos de homenaje" de que ha sido objeto:

—Yo no tengo por qué contestar— digo—, porque he gozado de algunos conatos de homenaje. Sin ir más allá, leed a Gómez de la Serna en sus Retratos contemporáneos; me inventa una panadería en Palencia, tal vez confundiéndome en su recuerdo, con Jesús Cuesta, nuestro compañero en San Isidoro: Cuesta tenía una gran tahona al lado del colegio: O tal vez fuera la de Vélez, junto al Instituto, o la de Chano, también colegial o la de los hermanos Barrios. Ramón dice en su libro que yo era bueno y tierno como el pan de mi tahona. ¿No es esto un homenaje público?

—En su libro Pombo propone erigirme una estatua con la efigie de Alcaide de Zafra, pero rotulada con mi nombre y apellido; porque Alcaide era mejor tipo pero peor poeta. Una falsa estatua, en lacre, para poderla quemar fácilmente. Esto ¿no es también un principio de homenaje? Además soy gestor honorario del Ayuntamiento de Málaga ¿no es bastante?..."

3. La modesta vanidad.—Cuando llegó el fútbol a Palencia.—Diario Palentino, 27-V-1951.

zamos a jugar. Mi "experiencia", mi balón y mi reglamento, me daban cierta autoridad y hubo "una miaja" de cacicato personal.

Formábamos dos grupos de más o menos, once jugadores, según el número de los que acudían a la era. Para distinguirnos usábamos brazaletes de percalina, roja o azul.

Cinco o seis días después fuimos violentamente expulsados del campo de fútbol, no sé si por un guarda rural, el cachicán de Monedero, o un pastor. Sí, me parece fue un pastor que durante los primeros días nos vió jugar sin comprendernos, mientras las ovejas pastaban sueltas por las eras vecinas.

Pero entre nosotros jugaba Lázaro Conde, sobrino de don Fernando Monedero, el dueño; y él nos arregló el "asunto", después de prometer que no castigaríamos mucho los pastos

Recuerdo algunos nombres de los primeros palentinos que dieron puntapiés a una pelota como deporte reglamentado.

Ricardo Reinoso, César Fernández Aguado, hoy redactor de *DIARIO - DIA*, que me ayuda en esta evocación; Luis Martínez Díez, Enrique el de don Evasio, los Olmo, los Camazón, Antonio Tejedor, Rivera, Conde Diezquijada, los hermanos Arroyo, Blas y Manolo, Juan Peñalba, Bregel, Vela, Monteoliva, Diéguez, Luis Ortega, Prieto, Caneja, Sánchez del Pozo.

Pronto organizamos un "club" o sociedad con su presidente y todo, secretario, tesorero, etc., etc., que denominamos pomposamente "Asociación Deportiva Castellana".

Se pagaba un real cada domingo. Abundaban los morosos. La sede estaba en casa de Manolo Caneja, en la calle de San Juan, donde también teníamos un teatro de aficionados.

El nuevo deporte sirvió de aglomerante para los chicos del Bachillerato, que dirimíamos nuestras diferencias en una guerra civil a pedradas y cintarazos.

Allí hicieron las paces el grupo del Trompadero que acaudillaba Pedro Prieto Rincón y el de la calle de Los Soldados y sus alrededores, donde yo mandaba. El fútbol anudó los desatados lazos.

Perico se incorporó a nosotros y nos enseñó a pronunciar en correcto inglés —al menos así lo aseguraba— la terminología del deporte. Porque entonces se decía todo en inglés "back", "goal-queper", o cosa parecida. El buen sentido los llamó pronto con voces españolas o españolizadas; delanteros, medios, defensas y hasta se le llamó a uno "portero" palabra que sufrió gran resistencia a ser admitida, pues fue pretexto para reiterados chistes.

Se españolizó lo de foot-ball transformado en fútbol y fracasó el intento hiperpatriótico de Mariano de Cavia, que propuso llamarlo balompié o "bola-pié".

En las tardes invernales, las gentes que iban o venían a las orillas del Carrión a "tomar el solillo", se detenían allí para vernos jugar. Si alguno de nosotros lanzaba la pelota a gran altura, los aplausos eran copiosos y aún mayores, si con una "carga" derribábamos al adversario.

En cambio nadie se daba cuenta de que habíamos hecho tanto o goal cuando el balón se introducía entre aquellos dos montones de chaquetas, abrigos y boinas que señalaban la puerta".

Poco antes, en el primero de los artículos dedicados a estas investigaciones futbolísticas (3), con la gracia que le es peculiar se confiesa ante su público:

"Confieso que soy un vanidoso. A veces consigo ahogar este defecto y librarme de inclinación tan fea. Pero así y todo mi conciencia no queda tranquila; la vanidad no es vencida por la modestia sino por el orgullo..."

Tras fingir una encuesta en una tertulia de amigos para ver qué méritos reúne cada uno para un hipotético homenaje, él halla que su mérito fundamental es el de haber introducido el fútbol en Palencia; pero aprovecha graciosamente la ocasión para enumerar —entre vanidosa y jocosamente— "los conatos de homenaje" de que ha sido objeto:

—Yo no tengo por qué contestar— digo—, porque he gozado de algunos conatos de homenaje. Sin ir más allá, leed a Gómez de la Serna en sus Retratos contemporáneos; me inventa una panadería en Palencia, tal vez confundiéndome en su recuerdo, con Jesús Cuesta, nuestro compañero en San Isidoro: Cuesta tenía una gran tahona al lado del colegio: O tal vez fuera la de Vélez, junto al Instituto, o la de Chano, también colegial o la de los hermanos Barrios. Ramón dice en su libro que yo era bueno y tierno como el pan de mi tahona. ¿No es esto un homenaje público?

—En su libro Pombo propone erigirme una estatua con la efigie de Alcaide de Zafra, pero rotulada con mi nombre y apellido; porque Alcaide era mejor tipo pero peor poeta. Una falsa estatua, en lacre, para poderla quemar fácilmente. Esto ¿no es también un principio de homenaje? Además soy gestor honorario del Ayuntamiento de Málaga ¿no es bastante?..."

3. La modesta vanidad.—Cuando llegó el fútbol a Palencia.—Diario Palentino, 27-V-1951.



Y continúa:

“Soy más conocido que admirado tanto en las Letras —Ateneo, Prensa— como en las entidades científicas.

Mi condición es la del pato, que anda, nada, vuela, pero todo lo hace mal. Por abarcar mucho no hice cosa notable: a esto se añaden mis dos grandes defectos: la pereza y la indecisión... pertenezco al grupo inmenso de los fracasados.

Fracasé como labrador en Piña y como minero en Cervera. He tenido pretensiones en la música, pero no he llegado a cantar más que en Puenteviego, donde hacía una cura de aguas. Valle-Inclán (que me concedió un parentesco), me presentaba así: Paco Vighi, tenor de balneario”.

En otra de sus crónicas: Rectificación a “El Cine en un arco” (Diario Palentino) (4) recordará asimismo los orígenes del cine en nuestra ciudad y las primeras sesiones en la planta baja de la casa de D. Agustín Azcoitia, “donde hay ferretería”. Las películas eran: Llegada del tren a una estación, Desfile de un regimiento, La plaza de la ópera en París...

Otra, “¡en colores!”, en que se veía a una mujer en cuclillas dando de comer a unas gallinas que picaban en su mano: las gallinas estaban pintadas de rojo, azul y verde, en colores que salían del contorno de las figuras.

Antes del de los hermanos Pradera, hubo el de Pinacho; en el frente de la barraca ponía: El lentiplasticromomicolisserpentegraf”, título como se ve fácil y corto, que los chicos aprendimos de memoria. Hasta jugábamos a ver quien lo decía más deprisa sin equivocarse.

El Speaker Casanieco explicaba la Cenicienta de esta gráfica forma: “¡Entonces la madrastra la “endiña” dos tortazos que se oyen en Venta de Baños!”

Al mismo tiempo que correteaba por la ciudad este muchacho retozón, sin perderse ninguna de las diversiones propias de su edad o llevando —como dice Gómez de la Serna— pájaros bajo su dura gorra galonada, de medio-pensionista del Centro de San Isidoro, para solaz y consuelo de los internos, aprovechaba los momentos de la forzada siesta —la familia le cerraba la puerta para que no saliese— para meterse en un profundo mar de farragosas y anárquicas lecturas, que él mismo recordaría en una de sus crónicas, no sin darse la alegría de ver transformada la antigua biblioteca de su abuelo en el actual palenque de alegría del bar Los Cantdiles.

4. Elogio y rectificación. Diario Palentino-El Día de Palencia, 15-V-1951.

El expediente académico, felizmente conservado en el archivo del Instituto Jorge Manrique (5) nos presenta a un estudiante excepcional, que obtiene un promedio de sobresaliente, con abundantes matrículas de honor; y un tanto en contraste con el expediente de su compañero de estudios, un curso anterior a él, Ramón Gómez de la Serna (6).

Nos muestra asimismo al inquieto estudiante Paco Vighi, que gustaba de firmar sus ejercicios —algunos conservados todavía— con los diversos nombres de Felipe Francisco Vighi Fernández, Francisco Vighi Fernández y Francisco Vighi Salomón, cada vez con una mayor tendencia hacia el uso del nombre y los apellidos de los abuelos maternos.

Curiosamente, este estudiante de Bachillerato que tan orgullosamente renuncia al vulgar Felipe y que se siente tan satisfecho del apellido de su abuela materna —vulgarmente conocidas por las Salomonas— volverá, acaso como personal expiación poética, al contacto con la meridional Málaga —donde más de una vez recuerda su tierra italiana—, a usar el apellido de la abuela materna, firmando toda la interesante serie de crítica musical con el significativo pseudónimo de Felipe Corradi.

Terminado el Bachillerato y tras hacer exámenes para el ingreso en la Academia de Artillería de Segovia —con unas clases previas en la Academia de don Plácido Gete— aprovecha la oportunidad de la Academia Giralt, que convoca dos becas para Ingenieros Civiles, con el fin de realizar, una vez obtenida la beca, los estudios de Ingeniero Industrial.

Pero en Madrid, el excelente estudiante de Bachillerato, se pierden en un mar de amistades nuevas y se siente atraído por las sirenas de las tertulias literarias: el café de La Montaña, la Granja, El Hénar con Valle-Inclán a la cabeza, la Cripta de Pombo...

Los estudios van de mal en peor. En vano su madre traslada la residencia a Madrid para obligarle a estudiar. Paco Vighi sigue año tras año en la Escuela de Ingenieros, donde es sumamente popular: saluda a las nuevas generaciones y despide con su gracia singular a los que ya se van. Es director de la banda de ocarinas de la Escuela y empieza a ser célebre en el Madrid bohemio y literario.

5. V. apéndice final.

6. Revista Jorge Manrique, núm. 3, 1969.

Sólo al enamorarse de su futura esposa Julia Arroyo y al hacerse novios en 1924, el expediente de Paco Vighi cambia radicalmente de cara: en 1925 aprueba todas las asignaturas con una nota media de sobresaliente. En 1926 el Sexto curso, resulta inusitadamente brillante;

Tintorería y Artes Cerámicas, 9.

Tecnología Mecánica, 9.

Ferrocarriles, 9.

Construcción de máquinas, 9.

Economía política, 10.

Alternaba esta etapa madrileña, de la que por su interés y relación directa con la obra me volveré a ocupar más ampliamente, con otros quehaceres y algún desplazamiento a Palencia, en que cabe destacar su etapa de estancia en Cervera, donde se dedicó a la explotación de algunas minas de antimonio en compañía de Manolo Nestar, su inseparable amigo en aquella zona. Como no podía ser menos, estos trabajos los realizaba Paco Vighi de forma anárquica y tan pronto juntaban el suficiente mineral para ir a venderlo, se desplazaban a su "Bilbao fogonero" —que luego aparecerá también en su obra— donde alternaban en las tertulias de los intelectuales y de los no intelectuales, con ese típico eclecticismo que tanto en lo social como en lo literario caracterizó siempre a nuestro autor.

Del infinito anecdótico de esta etapa de juvenil francachela, quedan todavía recuerdos en cantares, que con letra del propio Paco coreaban por entonces sus amigos:

"Paco Vighi, Paco Vighi

vete pronto de Cervera:

si te juntas con Manolo

terminas en borrachera".

Manolo Nestar, que juntamente con Paco es protagonista de una anécdota muy de aquellos tiempos mucho más familiares que los actuales. La broma de esconderles al panadero el carro en el río, mientras el hombre se volvía loco buscando su carro fantasma.

No menos célebre era la de la gripe del 18, en que habían caído víctimas de la enfermedad casi todo el pueblo, menos los dos inseparables amigos, que iban, además a visitar a todos los enfermos y que decían que no cogían la enfermedad gracias al morapio que ingerían.

No menos significativa del buen humor y de la exaltada imaginación del autor que nos ocupa es la del supuesto lobo que una noche

se encontró en el camino al regreso de una de las minas: el caballo hizo señales de extrañarse y Paco sacó su pistola. Creyó incluso que le había disparado un tiro. De pronto supuso, en el pánico de la oscura noche, que se había dado en una pierna y que la sangre le corría por la bota abajo. Llegó a la fonda más próxima casi desmayado y tuvo la sorpresa de ver que no había tal tiro, ni tal sangre, sino esa mezcla tan frecuente en él, de fantasía y realidad, ya que, según él le decía siempre a su hijo:

—Los Vighi no mienten ¿verdad hijo? No mienten, *pero exageran*.

En esta etapa de Cervera una de las más vitales de este torbellino vital que es Paco Vighi, hombre de tertulias intelectuales y de tabernas, de canciones de todo el folklore español —se conserva una lista de 166 de sus canciones favoritas— y de andaduras por las ventas tan singularmente cantadas e inmortalizadas por este nuevo juglar, casi un segundo Arcipreste de Hita. Esas ventas del Horquero “arriba en el puerto” —que creo que se conserva todavía y para que los versos pacovighescos podrán ser todo un cartel de moderno turismo —o las ya desaparecidas Ventas de la Pernía— dignas continuadoras de las Ventas cervantinas— en que vive la ventera con sus tres hijas, inmortalizadas en estos poemas, acaso no lo suficiente conocidos, que el autor —como el famoso poema de la Taberna del Tupé— no se cansó de recitar una y otra vez, con su humorismo inagotable, en las reuniones de amigos. Esas Ventas de la Pernía, que como el Romance del río Carrión y otros muchos poemas, que después analizaremos, hablan muy alto del hondo palentinismo de Paco Vighi.

No menos curiosos quizá fueron los disfraces de aquellas cuatro señoritas —se conservan aún las fotografías— que acudían en una fiesta la víspera de Carnaval representando a los cuatro periódicos de la provincia y que recitaban versos de Paco Vighi.

Es la época también de muchas andanzas por Palencia que recordarán y habrán vivido muchos de los oyentes y que siento tener que acortar en virtud de la forzosa brevedad de esta reseña biográfica que precede a un somero análisis de su obra.

Juergas, conferencias en que hizo llorar a veces a compañeros de infancia —como la ya citada del cincuentenario de las Angelinas— inolvidables pregones de Semana Santa, infinitas tertulias de Casino, —donde, como en casi todos los sitios en que se encontraba—, llevaba casi siempre la voz cantante, no sólo por el tono de la misma, sino también por el ingenio satírico y burlón que le dominaba ...

Epoca también de los diversos amores de este solterón empedernido, que se casaría a los 38 años, que forzosamente —y por diversas razones— paso ahora en silencio.

Epoca de las grandes comilonas, y de las francachelas de un hombre con humor a prueba de bomba, junto al que no tenía asiento la tristeza, que gustaba —aún años después— de retratarse siempre con su escopeta al hombro y rodeado de codornices (de codornices cazadas por manos ajenas que prefería en el plato) y la extraordinaria cháchara con que sazónaba el autor de Versos Viejos, conocedor de infinitas historias “sucédidas”, la sobremesa que se prolongaba hasta las cinco de la tarde, cuando menos.

A las anécdotas de su antivallisoletanismo, del que se han hecho célebres los versos finales del Romance del Río Carrión, habría que añadir la que cita Fernando Díaz Plaja en su libro “El Español y los siete pecados capitales”, en que cuenta que Paco Vighi le ha dicho que en la plaza de toros de Palencia apareció una pancarta que decía: “Se saluda a todos los forasteros, excepto a los de Valladolid” (7). Junto a otros versos del mismo cariz y otras anécdotas, como los cantares que entonaban desde su celda en la Academia de Caballería, habría que añadir esta curiosa anécdota familiar:

Tenía la costumbre de dormir a su hijo —y éste es un rasgo más de su acusado palentinismo— fingiendo un viaje nocturno a su adorada Palencia: “Mira hijo vamos a la estación, cogemos el tren y nos vamos a Palencia. Pííí —ya arranca el tren...—

Y poco a poco iban pasando por las diversas estaciones que Paco prolongaba más o menos según se iba durmiendo el niño.

...“Y al pasar por Valladolid, bebemos y les llamamos ...”.

El noviazgo con Julia Arroyo, iniciado en el año 1924 y terminado al culminar en boda en el 28, obligó a aquel viejo estudiante de Paco Vighi, a terminar su carrera en 1926.

La Escuela de Ingeniería Industrial, llenaría prácticamente todo el resto de su vida.

De sus numerosas anécdotas de estudiante hay que destacar aquella en que habiéndole suspendido don Ventura Agulló, Paco, en un momento de arrebató, quiso esperarle a la entrada de una clase con el compás abierto. Serenado por los amigos, terminaría luego siendo inseparable compañero de partida de ajedrez de don Ventura, que durante muchos años acudía puntual al viejo Café

7. Díaz Plaja, Fernando.—El español y los siete pecados capitales.—7.<sup>a</sup> edición.—Alianza Editorial, Madrid 1969, pág. 108.

Europeo de la Glorieta de Bilbao, para jugar aquellas originales partidas tan a tono con lo tronado del local: como no había suficientes piezas de ajedrez los terrones del azúcar o simples trozos de periódico hacían, a gusto de los contendientes, los papeles de peón, caballo o alfil...

No menos prodigiosa fue su respuesta a la pregunta del profesor don Carlos Mataix que ante un serio Tribunal, ordenaba a Paco Vighi:

“Diga la que sepa de cálculo de probabilidades”.

Y Vighi dijo “Si en una caja cerrada hay una bolsa blanca y otra negra, la probabilidad de sacar una de estas bolas es un medio, si son tres es un tercio, si son cuatro es un cuarto. El Tribunal asintió y Paco después cogió la tiza, se fue a las inmensas pizarras de nuestra Escuela y dijo con énfasis: Problema. Si en una caja cerrada hay cuatro bolas blancas, diez negras, siete encarnadas, ocho azules y tres amarillas, la probabilidad de sacar una de estas bolas, no hay quien la averigüe ni maldita la falta que hace”.

Después, añade su compañero Angel B. Sanz (8) “Destruyó así con su ingenio la teoría de la probabilidad y me decía en el pasillo de la Escuela: —Esto es un absurdo y sobre todo que se haga con ecuaciones. Los españoles todo cuanto grande hicimos fue con el corazón; sin cálculo”.

En otra ocasión un profesor, a quien la cara del alumno no le parecía desconocida, le pregunta si es alumno libre. Paco, cogiendo la ocasión por los pelos, se pone en pie y empezá a recitar fogosa y enfáticamente:

“Sí, libre, libre como los pájaros, libre como las mariposas que tejen su seda sobre las flores, libre...”

La reacción no se hizo esperar y el alumno fue expulsado de clase.

Cuando su madre le recriminaba tal acción, el muchacho respondía muy convencido:

“A un chiste oportuno hay que sacrificar la carrera, el porvenir, lo que sea... la vida misma incluso”.

Era el Vighi de las tertulias y los conciertos, cuya extraordinaria afición a la música le llevaba a formar parte de las comparsas del Teatro Real, de las que cuenta más de una graciosa anécdota en sus empezadas —y por desgracia no continuadas— Memorias.

8. Boletín de Información del Colegio Oficial de Ingenieros Industriales de Madrid.— Núm. 100, Febrero de 1962.

También tuvo Vighi tiempo para ejercer —a las mil maravillas por cierto— la profesión de actor de teatro. Actuó como tal en *El Mirlo Blanco*, en la representación que este teatro de Cámara de la familia Baroja realizó en Irún, poniendo en escena *El gato de la señora Michel* —de Carmen Baroja Caro—, *El Café Chino*, —de Eduardo Villaseñor—, y *El Torneo* — de Ricardo Baroja—.

El 1 de abril de 1927, a consecuencia de su genial interpretación —dentro del mismo grupo teatral— de su papel de veterinario en *Arlequín, mancebo de botica o Los pretendientes de Colombina* —obra de Pío Baroja— los veterinarios de la Granja El Henar le dan una comida íntima, en el transcurso de la cual le conceden el título de “Veterinario honorario con nota de sobresaliente” (9).

El *Heraldo de Madrid*, destaca en su información la actuación de nuestro poeta, recalcando que “el poeta ha despertado numerosas envidias” y que, en vista del éxito obtenido “se le ha concedido el título de “Rodolfo Palentino”.

El *Sol*, aprovecha asimismo la noticia de su actuación y de haber recitado Paco Vighi algunos de sus poemas en el acto, para echarle en cara su clásica pereza: “Francisco Vighi, Ingeniero, Poeta, Cómico, que tiene la originalidad o la pereza de no publicar sus versos”.

Mientras tanto, los estudios se remansan tranquilamente y aunque ya había aprobado el ingreso entre los años de 1909 y 1910, los seis años de estudio de la Carrera se convertiría en 16 años de estudiante empedernido: 1910-1926.

Durante ellos adquirió una justa celebridad de bohemio y perezoso, que se refleja en la semblanza en verso que sus compañeros de promoción hicieron a los componentes de la misma, en la que Paco Vighi está magistralmente retratado así:

“Contando chismes del Ateneo,  
Fumando en pipa, sentado al sol,  
Vemos a Vighi curso tras curso,  
Pinta de artista, siempre de humor”.

A la Escuela de Ingenieros Industriales, en la que desempeñará más tarde el cargo de Profesor Adjunto del burgalés don Alberto Inclán, a quien él llamaba humorísticamente “mi señorito”— en las asignaturas de Física general y Termodinámica, dedicará Paco

9. Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias.—Núm. 5.—Mayo de 1927.

Vighi asimismo otras actividades: desde Director de la banda de ocarinas en sus tiempos de estudiante a Director de la mayoría de los viajes de estudios, autor teatral con su obra *Otra historia de Lafuente o cómo cambia la gente* —representada por la Delegación del SEU en el Teatro María Guerrero, el 17-III-1950— (10), sus letras —con música alemana— del himno de la Escuela en doble versión —que más tarde sus compañeros de promoción (1926) le enviarán editado...—, estudios sobre el nuevo plan de Enseñanza técnica, presentados al II Congreso Nacional de Ingenieros, bajo el título de *La Enseñanza Profesional y Técnica en España*—. La formación de los Ingenieros.

En los lejanos tiempos de estudiante, defendió asimismo, la causa de los Ingenieros Industriales, tanto en algunos artículos del *Diario Palentino* en apoyo a algunas afirmaciones del Marqués de la Valdavia, como en algunas reuniones de Valladolid, en una de las cuales los estudiantes le obsequiaron con una cena en el restaurante El Edén (11).

Curiosa resulta la letra de estos himnos de la Escuela:

Castellana al final  
es la Escuela Central  
donde se hace  
el ingeniero industrial...

...que insertaba, además, una larga lista de profesores con todas sus características.

Otra letra, no menos conocida, empieza:

“Adiós, simpática Escuela Central,  
Adiós;  
Me voy:  
ya soy Ingeniero Industrial,  
Adiós...

Todavía en 1967, su compañero Gonzalo Briz Moreno, hacía en los números 85 (Pág. 76-77) y 87 (Pág. 82) del *Boletín Informativo del Instituto de Ingenieros Civiles de España*, una borrosa evocación de Paco Vighi, de quien, tras compararle con ilustres Ingenieros literatos, como Martínez Román y Manzano Mancebo, hace un merecido elogio, aludiendo especialmente a las célebres reuniones con los

10. A B C.—18-III-1950.

11. *El Norte de Castilla*, 12-XI-1912.



compañeros malagueños —con sobremesa prolongada hasta más de las cinco de la tarde— y su extraordinaria actuación en la sesión de Alforjas para la poesía, celebrada en el Teatro Lara en 1951 para conmemorar el Centenario de la Creación de la Escuela de Ingenieros Industriales.

Al servicio de la Escuela de Ingenieros Industriales se incorpora, en virtud de concurso aprobado por R. O. de 19 de junio de 1928, como “Profesor de Prácticas y Auxiliar afecto a las asignaturas de Ampliación de Física General comprendiendo Termodinámica y las aplicaciones industriales del calor” y en ella alcanzará su jubilación, para orgullo de sus discípulos y compañeros, que tienen en alta estima su extraordinaria vena poética y su gran humor, puesto de manifiesto en cualquiera de las innumerables actuaciones públicas en que, para regocijo de todos, tomó parte.

En relación con la profesión, había sido durante muchos años encargado de la Biblioteca de Orientación Profesional, perteneciente a la Junta de ampliación de estudios y pensiones para ingenieros y obreros en el extranjero, ubicada primero en la Plaza de Canalejas, luego en la calle del Pez y, finalmente en la calle del Prado, frente al Ateneo.

En 1932 sería nombrado Director de la misma, y poco después abandonaría el cargo.

En 1933 en el número 1 de las publicaciones de la Dirección General de Industria —Informes y Memorias sobre Viajes de Estudio y Asistencia a Congresos y Comisiones en el extranjero, realizados durante 1933 por ingenieros industriales— publica una Memoria Resumen del Congreso Internacional de la Fundición de Praga, al que ha asistido como delegado de España, con una pensión gubernamental de 3.400,00 pesetas.

De índole profesional es también su *Projet de classification des huilles*, *Communication présentée au Neuvième Congrès de Chimie Industrielle* (13-19 Octobre 1929), editado en *Chimie et Industrie*, 49 Rue Mathurins, París.

De idéntica índole —con hondas resonancias de sus tiempos mineros en Cervera— es su trabajo “Captadores separados de polvo”, sobre el agudo problema de técnicas preventivas de la silicosis, publicado en la revista *Medicina y seguridad del trabajo* —Tomo VI, Junio-Septiembre de 1951—.

No sería lógico seguir adelante en su biografía sin señalar an-

tes que el 6 de enero de 1928 en Macintos (12), con asistencia de numerosos invitados, se celebraron los esponsales de Paco Vighi y Julia Arroyo, de familia tan profundamente palentina. En noviembre del mismo año nacería su hijo, Francisco, —catedrático de Termodinámica en la Escuela de Ingenieros—, único que tendría el matrimonio, hoy casado y con dos hijas, por lo que el apellido Vighi está destinado a perderse en España.

En el menú de la boda aparecían unos versos —totalmente serios—: v. Versos Viejos Pág. 121— que tomaban como pie los conocidos versos de Rubén Darío:

“Vamos al reino de la muerte  
por el camino del amor”.

Boda que tras su celebración seria y ritual en Macintos, tuvo una continuación juerguística en sus compañeros que, capitaneados por el inseparable Manolo Nestar, quisieron celebrar a su aire —y con una francachela de dos días de duración— estas bodas —acaso esta pérdida— del amigo Paco Vighi que se les había ido por el largo camino del matrimonio.

Aquí empieza otro capítulo de la vida del escritor, que seguiría alternando en los ambientes literarios de Madrid, a donde siempre iba en compañía de su esposa y que, excelente padre, aunque siempre bromista y acaso blando con su hijo —la madre ejercería el papel de más severa con el niño— iba a hacer al mismo tiempo una fuerte vida familiar. Vida familiar asimismo salpicada de anécdotas como la de sus colaboraciones en *El Progreso*, que dirigía su suegro, del cual contaba este dicharachero de Vighi que “tenía tanto miedo a quedarse pobre que se veía ya barrendero de la Calle Mayor”. Y añadía: “De la Calle Mayor, nada menos ¿será postinero?”.

Igualmente popular es la referente a su futura madre política cuando venía como penitente en la procesión de Semana Santa, y Paco, con el ingenio chispeante de siempre, hacía saltar las carcajadas de los amigos diciéndoles:

“¿A que no sabéis por qué va de penitente doña Justa?”.

—.....

—Para que vuelva Alba y me marche yo”.

Otra vez escribió en el periódico cosas que molestaron a los de Paredes —donde era notario su cuñado Alfonso—. Cuando a Paco

12. *Diario Palentino*, 6-I-1928: Boda aristocrática.

Vighi le dijeron que la clientela de su cuñado empezaba a disminuir temporalmente a consecuencia de sus artículos, no podía tenerse de risa.

Componía asimismo composiciones satíricas destacando los defectos fundamentales de los miembros de la familia para cantarlas a coro en animadas reuniones familiares.

Interesante es también la anécdota, contada por él mismo en el Ateneo, del día en que preguntó a su hijo, a quien siempre estaba echando en cara con gracejo su asistencia a un Colegio caro —que le salía a él más costoso en un mes que toda la enseñanza que le había costado su madre “para no aprender nada además”,— los nombres de una esfera, un cilindro y un cono que le había cuidadosamente dibujado en un papel y el niño respondió, con la mayor naturalidad del mundo:

—“Esto es una pelota; ésto un bote y ésto un cucurucho”.

En 1938, tras una ligera permanencia en la prisión de Valladolid —un año y 11 días— el matrimonio se trasladaría a Málaga, donde primero trabajará en La Junta de Importación y Exportación y después pasará a ser Ingeniero Municipal, así como Director de la Sociedad Malagueña de Ciencias.

Asistirá también a alguna reunión local y lucirá su ingenio principalmente en las famosas comidas mensuales de los Ingenieros, con largas sobremesas de que todos guardarán recuerdo inolvidable. Con bastante frecuencia irá al Diario Sur, donde por algún tiempo aquel empedernido cantor del folklore, aquel director de la banda de ocarinas de la Escuela Central y aquel frustrado músico que actuó con frecuencia como Comparsa en el Teatro Real, iba a ejercer la crítica musical bajo el nombre artístico de Felipe Corradi.

Allí hizo famoso, para su empresa familiar, el célebre slogan:

“Viguetas Vighi: no se queman, no se tuercen, no se oxidan, no envejecen; ejemplo para mujeres”.

No menos curiosa fue siempre su actividad de conferenciante brillante, que improvisaba con facilidad. Famosa se hizo su conferencia El ruido y las nueces (13) pronunciada en la Sociedad Económica Malagueña de Ciencias una tarde de sol, no en el salón de actos —al que Paco se negó rotundamente a acudir en un día tan soleado— sino en el patio, al que hubo que bajar los bancos y sillas. La admiración del público iba creciendo por momentos, no sólo ante lo insólito

de la situación, sino también ante la inesperada calidad del conferenciante, que hilvanaba recuerdos de sus mejores tiempos madrileños con poemas propios, que conmovían hondamente a los malagueños entre los que, desde este momento sería ya famoso:

“Vighi, malagueño ya para siempre, es una prueba viviente más de que nuestra ciudad es sirena que sabe embrujar a los naufragos que a sus costas vienen” (14).

Por su parte el Diario Sur, apostillaba:

“Malagueño honorario, Vighi ama nuestra tierra a través de 10 años de estancia en ella. Y en sus diversas actividades —Ingeniero, crítico musical y hombre de mundo—, D. Francisco ha cosechado infinidad de amigos. Hoy es en Málaga tan popular y querido como en Madrid”.

Allí organizó juergas y concurrió a fiestas en que asombró a los asistentes con sus raras cualidades de improvisado cantor de ópera.

Allí se hizo célebre por sus actuaciones en “Mesa Revuelta”, de Radio Málaga, en las que, además de óperas bufas — como la Opera del tranvía— desgranaría su anecdotario literario para contar en una de las ocasiones, “las 15 versiones auténticas de cómo perdió el brazo Valle Inclán”.

Asistía también a las tertulias nocturnas de la calle Larios (15) así como a los homenajes poéticos —como el ofrecido a Carlos de Luna por Bolim, Llovet, Matías Prats, Salvador Rueda ... y otros amigos— y publica en el Diario Sur aquellos ingeniosos artículos satíricos que, bajo el título de “El sueño de una noche de terral”, harían estremecer a los malagueños más arraigados recordándoles que por sus apellidos muchos procedían de la más pura estirpe castellana.

Cuando un periodista joven le deja sin citar en una evocación literario-erudita sobre el tranvía, Paco Vighi, bajo el pseudónimo de Felipe Corradi, se apresura a hacer su auto-defensa.

“El ingeniero-poeta es amigo mío de la infancia. ¡Digo! Y además de algún articulejo pedante y pseudo-científico, dedicó a la “Carroza di tutti” —un repertorio de imágenes en verso que se publicaron en la revista “España”, dirigida entonces por don José Ortega y Gasset, más tarde traducidos y publicados en inglés y en francés.

14. Notas a una conferencia.—El amor y el humor de Vighi.—La Tarde, Málaga 24-IV-1947.

15. Paco Vighi, por Antonio Manuel Campo.—Sur, 14-XII-1967.

Este mi inseparable Francisco Vighi transige hoy en darnos una copia de estos versos de ingeniero...

Trabajo me costó corregirlos, pues, a pesar de toda una vida de "conllevancia" (como diría Paco Souviron) Francisco Vighi el poeta-ingeniero, y Corradi, el crítico, son antípodas, en justas y opiniones".

En Sur dará, finalmente, a conocer, sus extraordinarios conocimientos de la Historia y el arte de la música, a través de una sabia crítica ejercida bajo el pseudónimo de Felipe Corradi, a lo largo de los años 1940 - 1945. Toda su crítica es una acalorada defensa de la música de calidad y en su largo oficio de crítico —iniciado con la actuación de Les petits chanteurs de la Croix de Bois; 7-I-1941— le cupo el honor de enjuiciar certeramente las actuaciones de Agrupaciones y artistas como la Orquesta Bética de Cámara (24-XI-1942), la Sinfónica Madrileña, dirigida por Pérez Casas (11 y 12-VIII-1942), la Orquesta Napolitana, dirigida por Adriano Lualdi (18 y 19-V-1943), El Miserere Malagueño de Ocón —para el que gasta sus mejores elogios— Arbós, repetidos recitales de Querol, las actuaciones del pianista Niedzieski (22-X-1940 y 2-XII-1942), la actuación de Sáez Ferrer (29 - XI - 1941), de Celedonio Romero (5-V-1942), Cassadó (16 - V - 1942), Cubiles (24 - X - 1942), Gerda Lemmehs (9 - I - 1942), Nikita Magalof (5 - XI - 1943), Iniesta (21-I-1943), Robert Soetens y Suzane Roche (14-I-1944), Aechsba-chen (10-III-1944), Rosa García Faria (24-X-1944)... y grandes temporadas de ópera, con representaciones de El Trovador (8-II-1944), Madame Butterfly —con Amparo Vera— Tosca (9-II-1944), La Bohemia, Aida —por María Greus—...

Como el pez en el agua se sentía Vighi en Málaga y tan a gusto estaban los malagueños con Vighi —a quien con frecuencia inusitada se le dedican elogios en la prensa cada vez que desde Madrid vuelve por allí en viaje de negocios— que cuando en 1949 se reúnen en una comida homenaje en torno al malagueño Salvador González Anaya en La Barraca de Madrid, —con motivo de su nombramiento como Académico de la Real Academia Española— "declinaron el honor del homenaje a un no malagueño, pero como si lo fuera".

Paco Vighi, que se había apresurado, como siempre, a felicitar a D. Salvador con un telegrama que decía: "A pesar de que te han nombrado académico, enhorabuena", remató su amena charla de presentación, imaginando lo que le diría un perote al homenajeado:

—Don Salvador, ¿a qué ha ido Vd. a Madrid?

—A la Academia, hijo.

—¡Osú, Don Salvador, y a su edad, y con lo que Vd. sabe, tiene que aprender todavía!”

En Málaga vive del 38 al 47, en que es repuesto como profesor en la Escuela Central de Ingenieros Industriales.

Durante estos años ocupa diversas viviendas a las que pone sugestivos nombres: En primer lugar, un piso en el grupo llamado “del desfile del amor”, o de recién casados que, al aumentar la familia, abandonarán la estrecha vivienda; después en el último piso de un viejo hotel o “Villa-coralito” y finalmente una pintoresca finca de verano en Torremolinos, a la que llamaban, en familia, “Villa-Cascote”, y en una de cuyas escaleras, que daba a un simulacro de terraza, escribió Vighi, para decorar originalmente sus reducidos 14 escalones, este soneto monosilábico, publicado por José García Nieto en el Alcázar (22-I-1962), que acaso sea único, por su originalidad, en el mundo:

Hoy  
tal  
cual  
soy

voy  
mal  
al  
coy.

Quién  
bien  
fue,

no  
lo  
sé.

Allí se autonombra “Cónsul de Palencia en Málaga” y reúne en su casa, por San Antolín, todos los años, un selecto grupo de amigos palentinos que danzan y cantan canciones de la tierra.

Desde 1949, fija su residencia en Madrid tras algunos tanteos, en la casa número 10 de la calle Grijalba, cerca de su querida Escuela de Ingenieros Industriales.

Con frecuencia pasan por esta casa, llena de libros con dedicatorias y de cartas de la casi totalidad de escritores importantes de nuestro siglo, las figuras más representativas de la intelectualidad es-

pañola, que han sustituido el viejo sistema de las tertulias ruidosas, por el trato más íntimo de las comidas en grupos reducidos, de cuatro a cinco comensales, que se reúnen con cierta periodicidad.

Ahora prácticamente sólo asiste a la Tertulia del Café Gijón que se celebra antes de la comida, llamada, en la intimidad, la Tertulia del Burro. A la del Lyón algunas veces y siempre, sin faltar sábado, a la de Claudio de la Torre con quien le une estrecha amistad.

Se levanta tarde, da sus clases, come y asiste a las tertulias. Por la tarde sale con mucha frecuencia, a diario casi con su mujer al cine, a las exposiciones... Ese gran comedor y buen bebedor que es Paco Vighi, es hombre que se conoce al dedillo los festivales de los pueblos y sus platos típicos, tiene un conocimiento similar de la ciudad y se conoce de memoria el ambiente exquisito de cada tasca madrileña, de los buenos platos, de las buenas tertulias, de la buena cerveza—que ingiere con preferencia...—

En la Rumbambaya —café - tasca - restaurant de la calle La Libertad— se pasa muchas noches cantando con amigos y recitando versos hasta horas avanzadas, como hacía a diario en sus buenos tiempos, cuando cantaba con los serenos la canción de la patria chica, de cada vigilante del orden nocturno, porque eso de ser paisano del gallego y asturiano como el sereno asturiano o andaluz como el andaluz, eso, en fin, de ser de la tierra del sereno y cantar con él a pleno grito era una de las especialidades de Paco Vighi en sus buenos tiempos de bohemia lejana.

En 1955, cuando se casa su único hijo, el autor ya ha padecido una infección complicada y ha tenido síntomas de trastornos circulatorios.

En 1956, con motivo del nacimiento de su primera nieta, se emociona y escribe para ella unos sentidos versos de abuelo.

A la edad del “noveno poeta español”, viene a sumarse la enfermedad que le cerca desde 1957: una arterioesclerosis que progresa a pesar de los tratamientos médicos que sigue con escrúpulo. Empieza a retraerse y ya sólo asiste prácticamente a la tertulia de Claudio de la Torre, aunque, naturalmente, ya no es ni la sombra de aquel alborotador, aquella voz cantante, de las tertulias de su buenos tiempos. El autor se emociona con frecuencia y se nota por bajo de sus excepcionales cualidades que le hacían brillar espontáneamente tan alto en toda reunión.

Cada vez se encierra más en sí mismo, aunque sigue teniendo brillantes salidas de ingenio, que asombra a los amigos que con fre-

cuencia vienen a visitarle. A medida que este proceso de ensimismamiento crece, aumenta en el escritor la afición por el cine, del que se hace un asistente asiduo, de modo que casi no pasa día sin película.

El 17 de enero de 1962, a las seis menos diez de la madrugada, Paco Vighi pasaba a las más altas tertulias, con aquel aire alegre de siempre.

El 18, la prensa nacional, ABC y otra serie de periódicos que cito, transmitían emocionadas reseñas necrológicas que entonaban, a la par, un requien general por una época de bohemia literaria —de la que también Paco Vighi fue un genuino representante— hacía años ya muerta.

El autor que siempre había expresado su deseo de enterrarse en su querida Palencia, y que sentía verdadero horror por el cementerio de la Almudena, había expresado su deseo de ser enterrado en la Sacramental de San Justo, donde había ido dos años antes a enterrar al tío Andrés y donde, sin que él lo supiera, está enterrada aquella primera hermana suya —también Virginia de nombre— muerta a consecuencia de la difteria a la tierna edad de dos años.

Llovía intensamente el día del entierro y del funeral de cuerpo presente, celebrado en la parroquia de San Agustín, a las 11 de la mañana, con asistencia de muchos amigos —que escucharon emocionados la solemne misa de Perossi entonada por una orquesta de cuerda— con que la familia despedía al ilustre palentino.

En Madrid, donde había nacido, en la sepultura número 8 del patio 4.º de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro de la Sacramental de San Justo, reposa para siempre este ilustre palentino, cuya vida —en la que no me ha quedado más remedio que extenderme— hemos visto sólo someramente, si se ha de tener en cuenta el agitado vendaval que corría por sus venas.



## 2. Contorno y personalidad literaria.

La obra y la vida literaria de Francisco Vighi tiene su claro encuadramiento en el amplio marco tertuliero e intelectual, alegre y confiado, del primer tercio del siglo. En el Madrid de la Granja El Henar y de la tertulia sabática de Pombo, a la frondosa sombra de Valle Inclán, que le daba el distinguido tratamiento de sobrino —tratamiento que conservarían sus hijos llamando a Paco “querido primo”— y Ramón Gómez de la Serna, que no sólo le consideraba su brazo derecho en Pombo, sino que a la hora de cerrar con un poema suyo la borrosa silueta que había trazado de él escoge, significativamente, el poema *Tertulia*.

Valentín Andrés Álvarez, el autor de *Tararí*, hizo hondo hincapié en las características de esa época, ya caduca y lejana, al hablar de Paco Vighi como típico “representante de su tiempo” en el homenaje que, presidido por el Director General de Bellas Artes, señor Gallago Burín, le rindió en Lhardy la intelectualidad española —Azorín, Unamuno, Ortega, Valle-Inclán, Pérez de Ayala...— el 26 de julio de 1959, con motivo de la publicación de su único libro, *Versos Viejos*.

Allí opuso claramente el escritor asturiano los tiempos de los viejos cafés con amplios divanes para gente sin prisa y los de la cafetería con estrechos taburetes, los del reloj oculto en el chaleco y los del reloj en la muñeca y siempre a la vista, los tiempos carentes de planificación y los veloces tiempos de la vida planificada...

Una época en fin, ya caduca, en la que brillaron grandes humoristas: Bergarria —el de los chistes de Otto y Friz— Vegue Goldoni, Tono, Jardiel Poncela, Edgar Neville, Bergamín, López Rubio...

En ese enmarque de entreguerras, con su cachimba característica, acaso como el símbolo más ostensible del ramonismo que profesa —“Ramón, la pipa”, le gritaría a voces en Bilbao al ver que el autor de las Greguerías regresaba de América sin ella— nos lo presenta Siro de Gandía:

“Paco Vighi, ese bohemio que fuma en pipa, que se lava y asea, porque bien sabe que para ser artista sobran las lacias melenas... mitad de florentino irónico y travieso, y todo él de un alto y noble abolengo espiritual y señorial, un poco burlón y un tanto versallesco; fino como una daga en el humorismo; ágil como una pirueta en sus concepciones...

Y, como presintiendo que la figura se le va a quedar incompleta de todos modos, todavía añade:

“...ese espíritu inquieto, esa imaginación juguetona y soñadora de Paco Vighi, ya que él es también otro mago del ritmo y de la rima, otro orfebre de la palabra, que afiligrana y borda con su pluma llena de sutileza y de ingeniosidades”.

Acaso, la mejor descripción del ambiente sea la de su poema *Tertulia*, clavado sobre la de Pombo, como ejemplar reflejo del mundo literario de la época:

Este café tiene algo de talanquera  
y de vagón de tercera.  
No hay mucho tabaco y se hace mucho humo.  
Yo —el noveno poeta español— presumo  
delante de Alcaide de Zafra, que enluta sus canas  
(once piastras de tinta todas las semanas).  
Ventilador. Portugueses.  
Acento de Sevilla, ¡dorada ciudad!  
Y de mi Bilbao fagonero.  
¡Camarero!  
Café con leche, mitad y mitad.  
Grita Llovet. Calla Bacarisse.  
Solana consagra.  
Si habla Peñalver, parece que se abre una visagra.  
León Felipe, ¡duelo!



No tiene  
ni  
Patria  
ni  
silla  
ni abuelo.  
¡Duelo! ¡Duelo! ¡Duelo!  
Yo le doy un consuelo,  
un pañuelo  
y  
otro pañuelo  
*Llega monsieur Lasso de la Vega  
il vient de dîner à l'hôtel Ritz,  
il sait bien son rôle  
et il porte sa fleur.*  
*Parole  
d'honneur*  
En los rincones, algunas parejas  
de seguridad y de señoras amarillas,  
Miran a Torre y se estremecen  
los guardias y las viejas:  
él las cita a banderillas  
con las orejas.  
Discusión sin fin  
sobre si es ultraísta Valle-Inclán,  
que si es patatín,  
que si es patatán.  
En el mostrador suena un timbre: trin...  
trin ... trin ... triiiiin.  
Unos pocos que ganan y todos se van.  
Silencio, sombra, cucarachas bajo el diván.

Y, bajo certera pincelada, su auto-retrato espiritual y esa vagancia para recoger la propia obra, que también le han criticado:

Ni negocio  
ni sacerdocio.  
¡Ocio!  
Odio al beocio  
y un gesto feo  
al filisteo.

Quiero seguir feliz, hoy como ayer,  
con mi pipa, mi perro y mi mujer.

Creo que con ésto ya quedará ligeramente perfilada la figura de Paco Vighi, esa desconcertante personalidad polifacética que no puede encerrarse ni en todo un océano de cuartillas, ese huracán de vitalidad jovialidad, rayano en un Quevedo de nuestra época.

Gerardo Diego, en el homenaje celebrado en Lhardy, se refería a sus tiempos de ultraísta al mismo tiempo que afirmaba que "Si Paco Vighi hubiera nacido en el siglo XVI hubiera sido otro Baltasar de Alcázar".

Marquerie señalaba la vigencia actual de sus versos "que no son viejos, pues tienen olor, color y sabor de eternidad" y José Alonso de Ojeda se levantaba para aclarar que Vighi no era "el noveno poeta español como en Madrid se le llama", sino "el tercero" en nuestra tierra, que es tierra del Marqués de Santillana y de Jorge Manrique.

José-Luis Cano (16) ve a Paco Vighi bajo la influencia de Valle Inclán y Manuel Machado, pero con una inaprensible personalidad propia y juguetona: "...acaso hay que anotar la influencia de los dioses mayores: Valle-Inclán y Manuel Machado, pero ésta es una influencia leve, que no daña la personalidad genuina de Paco Vighi como poeta, que en un tiempo flirteó con el ultraísmo. Su musa jugosa, humanísima, salta de un tema a otro, y sabe apurar el zumo breve, agridulce de la vida, en breves poemas llenos de vivacidad y de color, mezclando jovialmente el humor y el sentimiento".

Miguel Utrillo (17) le encuadra directamente entre los pombianos: "Mitad cáustico, mitad festivo, burla burlando, Paco Vighi, se había convertido en el mejor epigramista de aquella generación pombiana".

Arconada, (a propósito de una conferencia dada en la Real Sociedad de Amigos del País,) afirmaba:

16.—Cano, José - Luis. — Paco Vighi y su leyenda. — Revista Insula, número 151, Madrid, 1958.

17.—Utrillo, Miguel.—Elogio a un poeta: Paco Vighi, en Comentarios (Radio Madrid 3-VII-1959, a las 13,45).



Aunque no esté  
con usted, estoy con usted.  
¡Viva la poesía!

J. Mingote

Tarjeta de Mingote, excusándose por no poder asistir al homenaje que los intelectuales españoles rindieron en Lhardy al autor de Versos Viejos.



“No creo que en España haya ningún poeta humorista que le aventaje. Ahora que su genio le prodiga no es su obra, sino entre sus amigos. Así resulta que, mientras su obra es escasa, sus amigos son innumerables”.

Teófilo Ortega, en la reseña de dicha conferencia, sostiene: “En los poemas de Francisco Vighi, igualmente que en su carácter, la cualidad dominante es indiscutiblemente el humorismo. Mas este humorismo de Francisco Vighi no es el de la gracia innata que a ciertas personas dota la naturaleza, sino un fino y poco común que se ha hecho a fuerza de conocer muchos hombres, muchos libros y muchas tierras. El exterior penetra en el crisol que el humorista fabricó con su sensibilidad y después un mundo de asombrosas interpretaciones”.

Alfredo Marquerie, al hacer un artículo erudito-literario, sobre El tranvía, ensalza el arte metafórico de Vighi: “nuestro gran metofo-rista, hilvanó para El tranvía, el mejor collar, engarzó el más bonito rosario de imágenes” (18).

El Diario Palentino, que, desde muy joven, le acogió entre sus colaboradores, le ha hecho asimismo justicia en repetidas ocasiones y, además de dar antológicamente sus más conocidos *versos provinciales*, ha perfilado certeramente algunos de los matices más concretos de su arte. Ante la abrumadora frecuencia con que el autor aparece antologizado en las páginas del Diario, quiero escoger esta certera referencia:

“Autor de incontables poesías con aire colorista y desenfadado, un tanto burlón, y definitivamente gracioso. Su modernismo es personalísimo e inimitable.

Asimismo es Vighi un poeta serio, pleno de hondura, de emoción y de transcendencia.

Palencia, siempre está en el centro de su entusiasmo” (19).

La segunda nota— extensa reseña del homenaje en Lhardy, con una larga lista de personalidades intelectuales asistentes al mismo (20)— dice así:

“El ha sido el primero en no tomar su poesía en serio, y el papel más solemne que se ha atribuido es el de “farolero celestial”.

...Pero tanto como su obra, merece homenaje la persona, el hombre cabal, generoso siempre y pródigo en dádivas de alegría e inge-

18.—Marquerie, Alfredo.—El tranvía.—La carroza de todos. Revista Fotos, 9.X.1944.

19.—El Diario Palentino.

20.—El Diario Palentino, 26 de julio de 1956.

nio, que también derramó a su alrededor, convirtiendo en calderilla para todos su talento”.

Un crítico, palentino también, Dámaso Santos, después de colocarle en “esta fila de segundos grandes poetas españoles” —León Felipe, Francisco Vighi, José del Río, Antonio Espina y otros menos grandes— le presenta huyendo del modernismo “hacia el poema descriptivo o caricatural, la sentencia o la greguería, para defender su romanticismo”. Finalmente hace alusión al ambiente urbano de su poesía: “fundamentalmente poeta *urbano*, inquieto, criticista, cantor de los traperos, de la tertulia de Pombo, del farolero, de los amigos, de la taberna... Anacreonte urbano se burla de esa pequeña felicidad” y termina considerándole “el más humorista del grupo, el de estrofa más dislocada, más suelta y centelleante” (21).

El propio poeta, al rematar con una salida de las suyas el homenaje de Lhardy, poniéndose, como tantas veces, la máscara de clown, que arranca las carcajadas del público, para afirmar que para la redacción de su único libro (*Versos Viejos*) “le metían prisa como si se fuera a morir; pero que él esperaba alcanzar la centésima edición de sus obras completas” vino a acabar de sembrar la confusión en el panorama.

En su famosa conferencia *El ruido y las nueces*, sembró parecida confusión en cuanto a su propia valía, alegrándose más de mover las marionetas entre bastidores que de colocarse en el sitio que por derecho le correspondía.

La polifacética personalidad que hemos visto derramarse por su densa biografía, venía ahora a traicionarle de nuevo, presentándose asimismo —muy a la italiana— como hombre espectáculo, como ese hombre jovial que acaso mientras llora se ríe de sí mismo, y, en consecuencia, de cuanto le rodea:

“¡Soy gordo y epigramático,  
no puedes tomarme en serio!”

Y en efecto, a Paco Vighi, todavía no se le ha tomado auténticamente en serio, aunque se haya repetido hasta la saciedad que junto al poeta burlón anida un poeta profundo y de altas calidades.

No tenemos derecho a quejarnos, porque al descontento ha contribuido el propio autor más que nadie: en *El ruido y las nueces*, arranca carcajadas de las buenas, como tantas veces, a su propia cos-



ta o —para el caso es lo mismo— a costa de ese librero de Madrid que, para evitar la vergüenza de confesar que no las tiene cada vez que le piden las obras de Paco Vighi, responde que “se hallan agotadas”.

Cuando La Gaceta Literaria (22) abre una seria encuesta sobre el vanguardismo, en la que a la pregunta ¿“Qué es la vanguardia”? muchos —con menos méritos— responden pontificando. Vighi se toma el vanguardismo en broma: “Uní mi nombre al de Gerardo Diego, Garfias, Domenech, Larrea, Ibarra, Conet...; firmé manifiestos, tomé parte en veladas tumultuosas y escribí en *Grecia, Ultra, Reflector, Tableros* y tantas otras revistas, donde, según Cejador, nos *habíamos refugiado los tontos de toda España*.”

Lo que sí me divertía mucho era suscitar indignaciones, burlas, y protestas, sobre todo entre los lectores de la revista *España*. Aún conservo una carta escrita por dos hermanos (una especie de hermanos Quintero) oficiales de guarnición en Vitoria, dirigida a nuestro Director —Araquistain—, en la que protestaban de Claudio de la Torre, y sobre todo de mí, por nuestros versos. “Eso no es digno de una Revista seria; que aprendan retórica primero...” y terminaba: “¡Si Núñez de Arce levantara la cabeza!”.

Y tras describir, con la misma gracia las dos más famosas reuniones públicas del ultraísmo, una de madrugada en La Parisima y otra en el Ateneo, en que él llevó la voz cantante, termina haciendo un certero análisis de la época:

“Acudieron, florecieron y se multiplicaron los poetas. Cuatro palabras en desorden, sin emoción, ni gracia, y... poetas de vanguardia. El que no los elogiaba, un bruto. Creció la falsedad. La gente les consideraba *a todos iguales*”.

Cierra su acerada visión del ultraísmo una sátira feroz de los papanatas que fingían gustarles todo por no entenderlo y una afirmación ramonista proclamando al autor de *Los medios seres*, como el promotor de todo el vanguardismo, diciendo que la vanguardia había empezado con Ramón y que de él arrancaba la generación unipersonal.

Si se trata del surrealismo, Paco Vighi adopta la misma postura irónica que le es peculiar y escribe ese curioso e indescriptible caligrama que ilustra este trabajo:

En los montes de las Navas,  
 amatista, azul y malva.  
 Largo, entero, hay un pino;  
 ya provecto y otro pino.  
 Y un insecto  
 y otro insecto...

Como se ve, sigue siendo el hombre que a un chiste oportuno sacrifica la carrera, la poesía... la vida, si es preciso.

Tal como la había proclamado ante su madre, con motivo de la expulsión de aquella clase de la Escuela, lo viene a proclamar más tarde en su poema temprano para un hombre profundo (23).

“.....  
 Porque no hablas, no razones y no escribes,  
 porque vives  
 siempre serio, siempre adusto;  
 porque miras con disgusto,  
 a las cosas y a las gentes  
 sonrientes  
 y así vives en el mundo  
 quieres que te consideren por profundo...  
 .....  
 .....

Yo no quiero ser comparsa  
 de tu farsa.  
 Para tu filosofía  
 mi ironía.  
 Para tu actitud de necio  
 mi desprecio”.

Ya Fernández Almagro, en su crítica de Versos Viejos, al mismo tiempo que recriminaba el descuido en que el poeta ha dejado su obra, señala el transfondo de ese juego fatal:

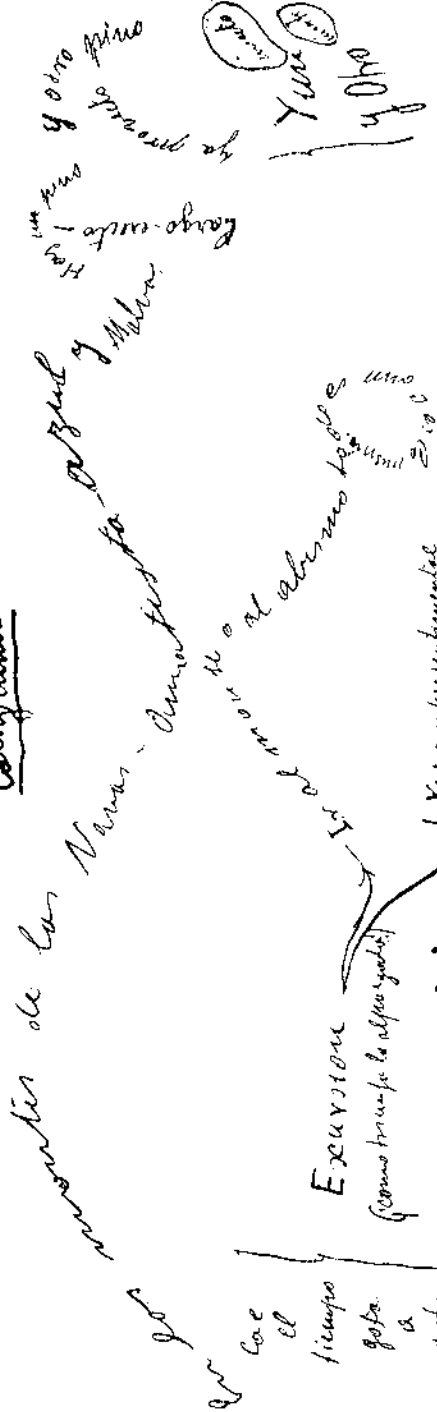
“Hay en su poética algo más que un juego: poeta jocosos, en efecto, pero de noble fondo” (24).

Lo mejor de Paco Vighi, sin duda, será siempre lo inevitablemente perdido: su chiste oportuno, la banderilla de su agudeza, la inefable gracia de sus charlas. Consciente de su juglaría, no se cuida

23.—El Progreso de Castilla, 4-I-1916.

24.—Fernández Almagro, Melchor.—Versos Viejos de Francisco Vighi, en la Sección Libros y Revistas. Crítica y Glosa del Diario ABC.

Coligrama



El fin de la guerra - memorias - amor justa - El fin de la guerra  
 Yo siempre sentimental y humano Ella siempre seranga y forestal  
 con el tiempo gota a gota  
 y otro punto  
 ya pronto  
 Y una y otra  
 VIVATA SEMANA  
 En ese fin no voy yo.



de su obra escrita y juega, o intenta jugar al menos, con la poesía, por más que, como oportunamente ha señalado José López Rubio, en el homenaje póstumo que la Casa de Palencia le rindió en el casino de Madrid (sábado 28-IV-1962) el juego le haya salido caro. Y la “pieza respondona” porque era “un poeta de tomo y lomo”.

El mismo, en ese poema tan citado como prueba de humorismo —Si tu quisieras curarme: pág. 121 de Versos Viejos— siente sangrar la herida del sentimiento, oculta bajo el chaleco y sus versos vienen a resultar como una tremenda y paradójica auto-confesión:

De cantar y de reír  
estoy cansado y en fermo.  
Si tú pudieras curarme  
la alegría que padezco,  
te daría un pajarito  
que guardo bajo el chaleco.  
Si tú me vieras llorar,  
risa te diera mi duelo,  
Soy gordo y epigramático,  
¡no puedes tomarme en serio!  
¡Ay, pajarito cautivo  
que cantas bajo el chaleco!  
Quien te puso *corazón*,  
no quiso verte jilguero,  
y hoy sales por peteneras  
tú, siempre fandanguillero  
Yo soy el hombre jovial,  
nada más y nada menos:  
No encuentro rincón ni sombra  
para el llanto o para el rezo.  
Si tú me vieras llorar,  
¡me darías tu pañuelo  
a cambio del pajarito  
que canta bajo el chaleco!

El primero, que yo sepa, que, con la inevitable sorpresa de algunos, concedió a su poesía la suficiente importancia como para incluirla en su extraordinaria Antología (25) fue el ya fallecido Federico de Onís.

25.—Onís, Federico.—Antología de la poesía española e hispanoamericana. — Publicaciones de la Revista de Filología Española.—Madrid, 1934, pág. 1.053 y 1.056,

En la nota previa a los poemas *Tertulia*, *Amanecida* en *Peñalabra* y *Parada* —que después han figurado en otras antologías— junto a la estimulante píldora para que publicase su obra — de la que *Vighi* no hizo mucho caso, pues tardaría todavía un cuarto de siglo en publicar su primer libro—, aparece certeramente definida ya la extravagante mezcla de humorismo y sentimiento, tan propia de la especial idiosincrasia de nuestro poeta:

“... no sólo es en ella el poeta español de mayor fuerza cómica de esta época —que ya es decir— sino que hay en el fondo de su risa sana, franca y extravagante, delicadeza de sentimiento, originalidad de visión e intención de arte puro de la mejor calidad lírica”.

Sainz de Robles, que en la primera edición de su *Antología* (26) ha visto fundamentalmente el lado humorista de *Vighi* —“llena de risa franca y de extraña vagancia natural”— dedicándole el mismo espacio que *Onís*, en la segunda edición de la misma (27) además de dedicarle un espacio mucho mayor —10 poemas nada menos— cala ya más hondo en su poesía:

“Ha escrito incontables poesías con aire colorista y desenfadado, un tanto burlón y definitivamente gracioso... pero también es *Vighi* un poeta serio, pleno de hondura, de emoción y de trascendencia”.

Así las cosas, con una obra totalmente desparramada por múltiples revistas y periódicos de regiones tan distantes entre sí como Madrid, Palencia y Málaga... habiendo recogido sólo lo más florido de su polifacética obra —tan varia y contradictoria como él mismo— la figura literaria de *Paco Vighi* ha quedado, pese a la abundante bibliografía periodística que aquí se recoge, desdibujada y fuera de contorno, sin ocupar el puesto que en realidad le corresponde dentro de los manuales y de las historias de la Literatura.

Un somero análisis de su obra rebasaría con mucho el estrecho marco de espacio y tiempo que me impone esta lección inaugural.

Por suerte para cuantos nos interesamos como merece por su obra, cuento con la autorización de la familia para emprender, en su momento, una amplia antología de la obra *pacovighesca*, que, sin llegar a la soñada edición de sus obras completas, abarque, en cam-

26.—Sainz de Robles, Federico-Carlos. — *Historia y Antología de la poesía castellana —del siglo XII al XX—* Aguilar, Madrid, 1946.—H. pág. 209; A. pág. 1.252-1.253.

27.—Sainz de Robles, Federico-Carlos.—*Historia y Antología de la poesía española (en lengua castellana) —del siglo XII al XX—* Aguilar, Madrid, 1950.—H. pág. 229, A. pág. 1.350-1.354.

bio, la cantidad suficiente de obras como para que podamos hacernos una idea más completa de la auténtica calidad del autor.

Sólo como abreviado esquema de este trabajo posterior —cuyo título será *Versos de siempre y algunas prosas*—, y con todas las reservas que impone el caso, puedo adelantar aquí algunas de las notas del estudio introductorio a dicha Antología.

En primer lugar hay que distinguir una etapa primitiva, formada por sus colaboraciones periodísticas en *El Progreso de Castilla* y *El Carrión*, a las que habrá que añadir las posteriores colaboraciones en *El Diario Palentino*, especialmente las dedicadas a los temas provinciales, a los que hasta el momento no se ha prestado la debida atención.

Junto a un acusado palentinismo corre por estas crónicas un iniciado estilo literario, ya lleno de agudas observaciones satíricas o de puntualizaciones graciosas que —acaso no todos lo sepan— aparecen, en un principio, bajo el pseudónimo de Benito Baranda.

Entre estos artículos satíricos destacan *Caballería rusticana* —feroz sátira, curiosamente dividida en tres tiempos musicales: andante y presto, andante maestoso, scherzo y allegro vivace— (28), *Cabello de angel* —en que acomete sangrientamente contra Don Angel Alonso Quiroga— (29), en la *Fuente de la Salud* (30), *Impresiones veraniegas*.—*Romería* (31)...

En la misma esfera local, pero pasado levemente el agudo sarcamión satírico juvenil, hay que colocar otra larga serie de colaboraciones periodísticas en las que late alto su arraigado palentinismo: bien con alusiones a personas (32), bien metiéndose en graciosas disquisiciones lingüísticas sobre *El bien y al mal hablar de los palentinos* (33) o sobre cuestiones gramático-caloríficas como "*La gloria*" y "*el trébedé*", la *camilla* y la *chimenea*, no en vano era profesor de termodinámica, bien sobre asuntos climatológicos como "*las heladas negras de Palencia*", o sobre los *Bandoleros del Páramo* (34) o sobre la nomenclatura y la calidad del vecindario de las calles palentinas...

28.—*El Carrión*, número 6, 29-VIII-1915.

29.—*El Carrión*, número 2, 1-VIII-1915.

30.—*El Progreso de Castilla*, 28-VII-1916.

31.—*El Progreso de Castilla*, 8-VIII-1916.

32.—*Un viejo y dos jóvenes* (Monedero, Arroyo, Canceja...). *El Progreso de Castilla*, 2-V-1916, número 199.

33.—*El Diario Palentino*, 25-1-1956.

34.—Felipe Corradi.—*Bandoleros del Páramo*.—*El Español*, 1-XII-1945.

Cuando aparece Palencia por la reina Isabel, de José Alonso de Ojeda, Paco Vighi saluda al nuevo libro con júbilo y evocaciones de sus anárquicas lecturas infantiles —Quevedo, Buffón, Madoz, Zorrilla, Cervantes, Modesto Lafuente...—. Y poco después empieza una serie de curiosas visitas que dan lugar a varias crónicas desilusionadas: Amusco (35), Paredes (36)...

En su última etapa de colaboración periodística destaca la crítica musical, ejercida con tanto acierto durante un lustro en el *Diario malagueño Sur*, así como sus artículos satíricos a que ya hice anteriormente referencia.

Entre sus mejores artículos satíricos-costumbristas, figuran los titulados *El segundo* —publicado en *El Sol*— y *A raíz del raid* —publicado en *El Sol*, 6-IV-1926 y en *ABC*, en 1956 en huecografiado y con magníficas ilustraciones de Mingote— digno de Miñano y de Larra o de cualquiera de nuestros mejores satíricos.

Aspecto muy interesante de Paco Vighi era su facundia y su esperada intervención en cuantos actos públicos tomó parte, entre los que quiero resaltar aquí los relacionados con su nunca olvidada Palencia.

Presente en la mayoría de los actos importantes organizados por la Casa de Palencia, lo estuvo asimismo en el homenaje a Emilio Díaz Caneja —en el que Vighi, además de darle a Don Emilio la enhorabuena se presenta como cónsul de los palentinos en Málaga para decirle que los palentinos afincados allí están con él— (37).

En el ofrecido al Marqués de la Valdavia (38), en el de José Alonso de Ojeda (39)... incluso, cuando en mayo de 1951 los alumnos del Instituto Jorge Manrique en un viaje de estudios dirigido por Don Dacio Rodríguez Lesmes hacen escala en la Casa de Palencia en Madrid, aparece Paco Vighi recordando en graciosas anécdotas, que hicieron las delicias de los estudiantes, sus viejos tiempos de alumno del Instituto.

Cuando el Centro Asturiano de Madrid, en un acto de cordialidad para con esta provincia, presentó en la inauguración del curso 1961-62 a un grupo de poetas palentinos, allí también, a través del poeta actuante José M.<sup>a</sup> Fernández Nieto, se hizo presencia Paco

35.—El *Diario Palentino*, Julio de 1954.

36.—El *Diario Palentino*, 29-IX-1956.

37.—El *Diario Palentino*, 13-XI-1951.

38.—El *Diario Palentino*, número 4.650.

39.—El *Diario Palentino*, 12-X-1962.



Vighi —ya que no en persona, por encontrarse enfermo, sí en el recitado de su *Tertulia* y de su *Romance de la vida y muerte del río Carrión*—.

Especialidad suya era también la lectura de las adhesiones en los banquetes y sus comentarios o sus charlas de sobremesa —de una sobremesa larga, muy larga, de tres a cuatro horas de duración— que difícilmente podrán olvidar quienes alguna vez hayan tenido la suerte de haberlo oído.

Excepcional relieve adquieren sus intervenciones en los banquetes de Pombo, en el de la fiesta romántica organizada por Ramón, en la Cena de la *Gaceta Literaria*, en el acto en honor de Zuloaga, organizado en la taberna Antonio Sánchez —en el que Paco Vighi hizo llorar a los antiguos amigos del pintor—...

Papel igualmente brillante realizó como pregonero en diversos actos culturales o religiosos: el inolvidable pregón de la Semana Santa en Palencia, varios pregones en Alforjas para la poesía —especialmente en la sesión conmemorativa del Centenario de la fundación de la Escuela de Ingenieros—...

Hablar de sus infinitas relaciones en el mundo literario de su tiempo, sería no acabar nunca. Una simple lista de los autores que le han dedicado sus libros (40), puede ofrecernos una ligera idea de las múltiples amistades con que contaba Paco Vighi en el amplio campo de las Letras.

Entre todas estas significativas dedicatorias quiero destacar la de Julián Marias: —“A Vighi, este “filósofo envenenado”, que no podrá nada contra su jocundia”— y la de Díaz Cañabate, que al frente de su *Historia de una taberna* dirige a la esposa del poeta —a cuyo tesón debemos la espléndida realidad de *Versos Viejos*— este sentido panegítico: “Para Julia Arroyo de Vighi que ha tenido la suerte de domar lo indomable, la mordacidad palentina atenuada por la dulzura de las matemáticas y acentuada por la brevedad de un hijo.

Con el homenaje de mi afecto”.

De Vighi, conferenciante excepcional, que hacía reír y llorar, a su capricho, alternativamente, al público con el que se entendía a las mil maravillas, muchas son las anécdotas que se podrían contar.

Antonio Manuel Campoy (41), recordando algunas famosas intervenciones suyas en Málaga, tras presentárnoslo como un hombre

40.—V. Apéndice II.

41.—Campoy, Antonio Manuel.—Paco Vighi.—Sur, 14-XII-1967.

famoso en la ciudad por sus actuaciones cara al público —habiendo presentado en la Radio una famosa ópera bufa titulada *Opera del tranvía*—, y, tras decir que Vighi era ante todo “madrileño, ramoniano, pombiano, poeta de las cosas cotidianas y vulgares, a las que supo arrancar su extravagante poesía”, nos da una atinada descripción de sus cualidades como conferenciante de excepción:

“Tenía una memoria galvanoplástica, y todo lo que recordaba le salía reluciente como el oro: Pombo, las lívidas madrugadas con churros en San Ginés, las trifulcas del Ateneo, las anécdotas de Valle Inclán... Su espíritu delicado lo arropaba todo con una equivocada poesía, pues superficialmente parecía una poesía chusca y algo despiadada, cuando en el fondo es de una ternura total”.

Así lo demostró no sólo en Málaga, con su famosa conferencia *El ruido y las nueces*, sino también en el Ateneo de Madrid con su conferencia-recital *Poesías y comentarios de la que “El Diario Palentino”* afirmaría:

“Vighi es un maestro en el decir y puede ser artífice de la palabra, lo ha dicho Ramón Gómez de la Serna, porque posee todos los secretos de la tribuna”.

Igualmente se recuerdan con emoción sus conferencias sobre “*Vida, muerte y resurrección de la economía palentina*” —pronunciada en el *Círculo Mercantil*—, o su añorada actuación en los *Actos del Centenario de la Fundación del Colegio de las Angelinas*, allá por la primavera de 1930, —en la que hizo llorar a más de una de sus discípulas— o —por citar sólo las más importantes— sus frecuentes actuaciones en el *Liceum Club de Madrid*, donde un numeroso y selecto público femenino seguía siempre con delirio las actuaciones de nuestro poeta.

Por si fueran pocas las facetas de este arco iris de mil colores que es Paco Vighi, habría que hablar aún de su *Tragedia del príncipe perseguido*, una de sus mayores bufonadas esperpénticas, con final grotesco a lo Valle Inclán, que en el breve espacio de tres minutos reducía a polvo las tres jornadas de nuestro teatro clásico en una desenfadada sátira con final grosero.

Habría que hablar asimismo de sus cualidades innatas para la música y de sus desvelos como folklorista. Llevaba ya un repertorio de canciones de toda España, pero muy especialmente canciones palentinas y nortefías, cuando casi nadie las conocía. Canciones que cantaba a voz en grito — con su potente vozarrón de “tenor de balneario” — a media noche, por las calles de Madrid, con el pintor So-

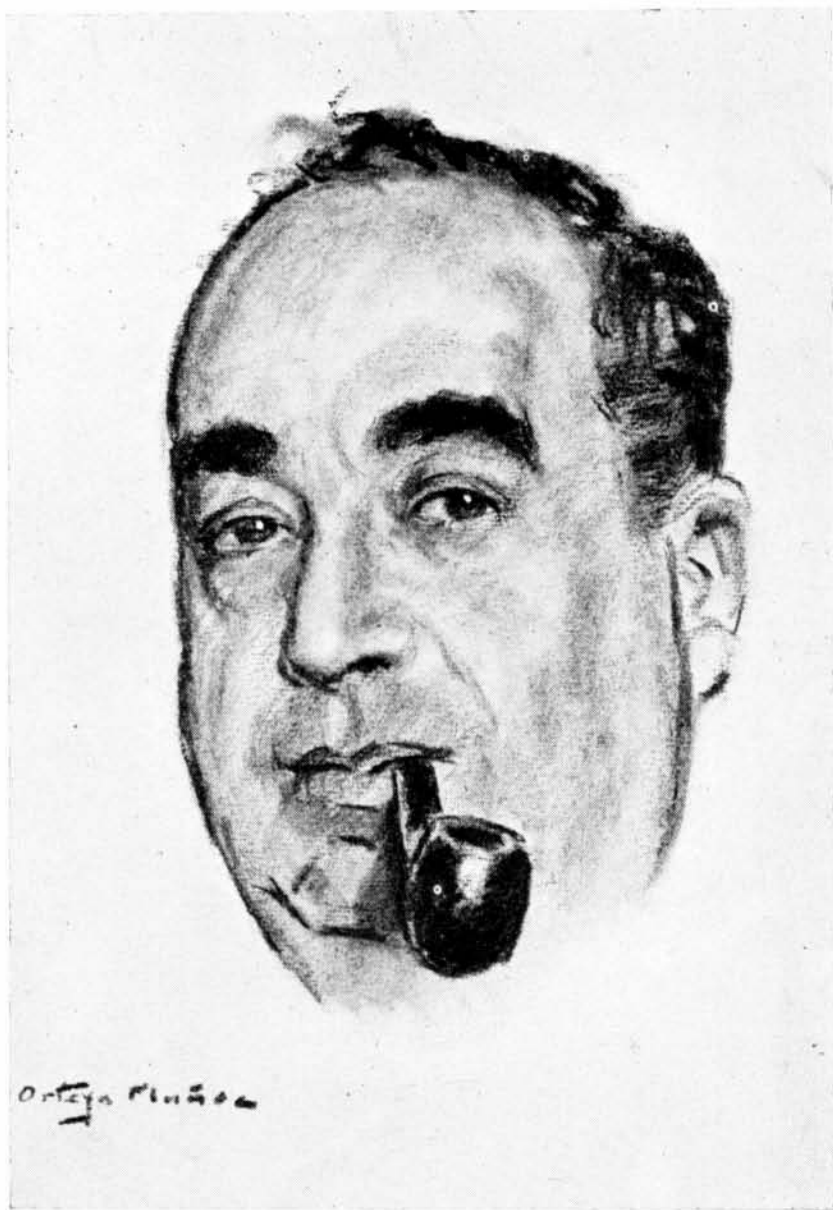
lana y con los serenos que les hacían coro. Seguidillas suyas —que él decía haber oído en la Sierra de Gredos, aunque nadie sabe si las inventaba— fueron interpretadas por la Sección Femenina de Málaga.

Aspecto no menos importante es su afición a la música sacra: convertido casi de monaguillo en sacristán —como alumno particular de don Amancio Gaona— le acompañaba con frecuencia a las misas cantadas por los pueblos y al Seminario, donde recibía las clases. Acaso de este contacto suyo con el ambiente de los seminaristas vengan luego esos resabios retóricos de aparente exseminarista que con frecuencia aparecen por la primera etapa de su obra poética.

Faceta poco conocida de Vighi es asimismo la de traductor. Traductor por cierto delicioso, en cuyas manos no pierde, sino que gana notablemente el original. Y por añadidura, palentino incluso en sus pocos defectos: ese abundante laísmo, tan de esta tierra, que corre a lo largo de *La casa maravillosa*, novela de Carola Prósperi, traducida del italiano por Francisco Vighi (Editorial Eva, Preciados 46, Madrid).

Y por encima de todo este múltiple abanico de cosas, poeta, aunque poeta de los difíciles de clasificar, para cuya abigarrada imaginación no bastaría el reducido sitio de una ficha, sino que se necesitaría todo un archivo extraño, de múltiples registros, como un órgano.







### 3.-Evolución y mundo poético.

Muy difícil de calificar, multiforme y dispar como su andadura literaria, es la obra poética de Paco Vighi, apenas deslumbrada a través de la leve selección de Versos Viejos y que está pidiendo a gritos una Antología más amplia, que, en su día, pienso llevar a cabo.

Sirvan, entre tanto, estas breves anotaciones, fundamentalmente referidas a este único libro publicado.

Ya José García Nieto, se abriría estos significativos, y tal vez definidores interrogantes, (42) ante la desconcertante obra de nuestro poeta:

“...¿es Paco Vighi un juglar castellano?... ¿es un cortesano —palatino, y no palentino— que le busca las vueltas y el revés a las formas de la capital?, ¿es un versolari? ¿es un verseggiatore?, ¿o es un poeta, sin más ni más?, o, mejor dicho ¿con más y mucho más de lo que acostumbramos como caudal de los líricos al uso?

B. Magariños Rodríguez en una inédita Elegía al poeta Francisco Vighi, en que se lamenta de no haberle conocido personalmente, describe así la huella que le ha dejado su extraña poesía:

“Amigo, Poeta,  
tu canto  
es una caricia  
que me ha lastimado”.

Multitud de cartas de amigos, artículos de críticos insistirían asimismo en la trascendencia y la perennidad de estos versos que, acaso sólo la clásica y criticada pereza pacoviguesca pudo tildar de “Viejos”.

Acaso, una de las más certeras visiones de la poesía de Paco Vighi, sea la reseña que, con motivo de la aparición de su libro Ver-

42.—García Nieto, José.—Poesía y humor de Francisco Vighi.—La Estafeta Literaria, número 272-273.—17-31 agosto 1963.— Pág. 18.

sos Viejos, le dedica el Boletín Editorial de la Revista de Occidente, publicado en julio de 1959.

Tras afirmar que la Editorial Revista de Occidente ha querido ofrecer a esas poesías volanderas el asiento y refugio de un libro donde se conserven para la historia de un cierto período de la literatura española, señala que "Vighi contribuyó tanto como cualquier otro, con su ejemplo, a liberar a la poesía de las rigideces de la poética tradicional e incluso de los ya tópicos modos rubenianos —que habían sido liberadores en su momento— y a dar suelta ilimitada a la imaginación sin miedo a riesgo alguno. A él debe mil metáforas imprevistas el rico tesoro de imágenes de la poesía española que ha contribuído a aumentar".

Y remata certeramente: "Pero lo que hizo Vighi fue servirse de esas tendencias extremosas como simple medio auxiliar para su gracia y su humor poéticos — de que ellas carecían— de modo que en sus versos parece percibirse cierta ironía hacia esos atrevimientos. Y como gracia y humor y esprit poéticos son ingénitos, auténticos en el autor, estos "Versos Viejos" conservan todo su frescor, cualesquiera que sean sus vestiduras externas".

En efecto, el pluralista y siempre desconcertante Paco Vighi es de un complejo evolucionar poético, tremendamente difícil de encasillar en moldes, que no sean los que de su barroca y exacerbada personalidad.

A la vista de su obra completa —suficiente para doblar el libro conocido, aún contando con la improvisada y oral, que se ha perdido—, pueden observarse en líneas generales, y en perfecto paralelismo con su vida, dos etapas totalmente diferentes: una primera época, dentro de los moldes de la retórica clásica —con la que terminará rompiendo violenta, pero original y personalmente— y la ya conocida etapa de la vanguardia o de los ismos, dentro de la cual Vighi mantiene, no obstante, su extraña y descomunal originalidad.

Pertenecen a la primera época, los Versos del crepúsculo, publicados en El Progreso de Castilla el 3 de septiembre de 1915, con esta galante dedicatoria: "Para mi dulce amiga".

En la horaciana paz de la llanura  
la luz apaga su policromía  
surge sobre el otero tu figura  
como figura de una alegoría.

Por las laderas y por los caminos  
marchan los blancos recentales mansos,



el viento se ha callado entre los pinos,  
el agua se ha dormido en los remansos.

Sobre el otero verde y oloroso  
contemplas en el cielo el milagroso  
crepúsculo otoñal; el sol declina  
con lento paso de convaleciente  
y yo siento que mi alma a tí se inclina  
como se inclina un sauce hacia una fuente.

Paisaje castellano ya, pero expresado de manera clásica, al posible aire de aquella preceptiva dócilmente aprendida en Palencia, contra la que luego levantará la barricada de su vanguardismo.

En idéntica línea está el sentido madrigal a Elisa, aquella bella hermana, muerta en la flor de los 18 años, cuyo sepelio constituyó un auténtico acto de duelo en la conmovida ciudad, que cerró en gran parte aquella tarde las puertas de su comercio:

“Madrigal a la hermanita muerta”  
Elisa, dulce nombre, fragante evocación  
de la hermanita muerta, que ahora es flor celestial”...

Publicado en El Progreso de Castilla el 8 de abril de 1916, tiene una versificación todavía muy lenta y poco fluida.

Muy distinto aire tiene una mera reelaboración, que en versos de ágil tono menor, que recuerda otros muy conocidos del Arcipreste de Hita, llevan por título Oración primaveral y en los que palpita un hondo sentimiento humano y religioso:

Hoy corté la primera  
margarita en el prado.  
Triunfante primavera  
del blanco invierno helado.

El viejo invierno ha muerto,  
marzo galán llegó  
la acacia de mi huerto  
de nuevo floreció.

Diré en el claro día  
bajo la verde acacia  
Dios te salve María,  
toda llena de gracia.

Gracia de amanecida,  
alondra matinal:  
amapola dormida  
en la paz del trigal.

De tu gracia, Señora,  
primavera es testigo  
y la alondra, la aurora,  
la amapola y el trigo.

Alegre el sol de mayo  
los trigos en sazón,  
hoy ha llegado un rayo  
de sol al corazón.

¿Dónde estás hermanita  
que no encuentro tu huella?  
—Fue la Virgen bendita  
que me trajo una estrella—.

Virgen santa, por qué  
pusiste en mi dolor  
el nardo de la fe,  
la rosa del amor.

Por mi amor franciscano  
a mi pena bendigo,  
al dolor llamo hermano  
y al desengaño amigo.

Vuelve mi fe de antaño  
por Santa Rosa niña,  
San Antón ermitaño,  
San Miguelín de Piña.

¡Alegría que es Pascua!  
repica el campanario  
y el alma es como un ascua  
Señora, en tu incensario.

Ampárame, Señora  
del mal, danos el bien  
ahora y en la hora  
de nuestra muerte amén (43).

Muy dentro ya de esta influencia de Juan Ruiz, está su conocido poema, publicado en el Diario Palentino —y problemente uno de sus primeros poemas provinciales—:

Fiestas de Cervera  
 en la primavera,  
 gente bullanguera  
 por la carretera...

o su Romance para la feria de Villada, recordado por J. L. Díaz Caneja:

Autobús cara a la Sierra,  
 hediente, tremente, raudo.  
 El camino, una tirada  
 de versos asonantados.

.....  
 en honor de los viajeros  
 presentan armas los álamos.

Muy dentro ya del tono humorístico y desenfadado de la segunda época, merecen destacarse poemas no recogidos en Versos Viejos, pero publicados en el Diario Palentino, como la parodia del rubeniano Responso a Verlaine, titulada Responso Lírico al Chato de la Estación:

“¡Padre y maestro mágico”; borracho sempiterno

Poema por el que corre un aire de renovación y de rechazamiento, no ya sólo de la preceptiva clásica aprendida a la sombra de don Amancio Gaona en sus años jóvenes, sino de la que en tiempos muy próximos, pretendió, a su vez, ser revolucionaria retórica nueva, el innovador modernismo, devorado a pocos años de su nacimiento por la destructora vorágine de los ismos o vanguardia, en la que militaba brillantemente Paco Vighi, ese empedernido poeta de café y de tertulia, ese asiduo asistente al Nuevo Levante, al Café de la Montaña, a la Granja El Henar, a la botillería de Pombo, al Café Regina, al Gato Negro, a la Tropical —con tertulia de bibliotecarios y archiveros— al Café Lyon, al Café Gijón, a la tertulia de la Revista de Occidente —donde Ortega, que opinaba que Paco Vighi era el “único poeta humorista de España”, le saludaba siempre con efusión—, a cualquier parte, en fin, donde hubiese reunión mixta de intelectuales y ociosos, dispuestos siempre a escuchar sus disparatadas noticias y sus geniales ocurrencias.

A la segunda etapa pertenecen poemas de muy diferentes épocas y estilos, difíciles de analizar en este breve esquema. Baste por ahora una somera referencia a *Versos Viejos*, libro cuya inesperada publicación —debida totalmente al tesón de su mujer— levantó un verdadero océano de comentarios críticos y de cartas, de algunas de las cuales hago un breve compendio en el Apéndice III a este trabajo.

*Versos Viejos* es un libro complejo, que abarca tendencias y estilos cultivados por el escritor a lo largo de medio siglo. Resulta así un claro escaparate de la poesía de Paco Vighi, que, siempre ha concedido, un primer lugar a la pluralidad —de estilos y de temas—. Pluralidad en la que —con un zumbar de abejorro que revolotea de tendencia en tendencia, con su inconstancia característica— se halla muy a gusto el poeta.

Mirarla desde una óptica fija y no constantemente variante, sería desvirtuarla en lo esencial, haciéndola perder su mejor calidad: la de girar, con el viento que sopla, tal vez como una veleta ilusionada.

Vista a esta luz multicolor, destaca en primer lugar el cambio de poética, que en Vighi operó el frecuente trato con aquellas revolucionarias tertulias de vanguardia, especialmente la teoría de su amigo Gómez de la Serna, a quien él consideraba el padre de todo vanguardismo.

En su poema *Las cuatro estaciones* —págs. 14-16—, (44) tras presentarnos la primavera ya sin tópicos:

Conducida por la policía  
llegó la Primavera...

y de decirnos, originalmente, que en verano:

Errantes las estrellas  
buscan a los luceros  
para ir a la verbena.

Todos los argumentos  
se quitan la chaqueta.

Y el termómetro asciende,  
por méritos de guerra.

o que:

Por la real orden otoñal  
se declara el frío oficial.

44.—La paginación se refiere siempre a *Versos Viejos*. — Revista de Occidente, Madrid, 1959.

y la poesía sentimental.

.....  
 .....

Animas: Campaneo tétrico;  
 las golondrinas se marcharon  
 (caducaba su kilométrico).

declara, en "Invierno" la guerra abierta a la poética vieja que él aprendió de joven, casi a la sombra del Seminario:

Yo diría...  
 La nieve silenciosa,  
 el blanco sudario.  
 Alegoría  
 manoseada y sebosa  
 de los poetas del seminario.  
 Pero  
 a una imagen ¡tan vista!  
 prefiero  
 la metáfora ultra-dadaísta:  
 Novedad, ilusión, disparate.

En paños menores se levanta Enero.  
 ¡Oh la nieve! El tendero  
 llenó de azúcar el escaparate.

En el poema Nocturno de encargo, lleno de intención ya en su propio título, Vighi nos muestra la lucha por encontrar esa nueva poética:

... "La noche es un tintero negro y hondo"  
 (alegoría torpe y fea).  
 No es esto, no.  
 "La enorme semiesfera  
 es igual que un paraguas grande y negro  
 con tres agujeritos en la tela".  
 ¡Qué horror! ¡Dios de los tropos,  
 sugiéreme una imagen fina y nueva!

Ya está: "La noche es capitán de regulares,  
 media luna y tres estrellas".  
 No acierto, no. ¡Perdón, luna naciente,  
 la del gesto de dolor de muelas!

Bueno, ¿y qué?  
¿Dónde está la metáfora nueva?

En sus Hai-kais (1916), de los que presumía de haber sido el primer introductor en España, la idea de una nueva poética vuelve a estar presente:

#### ARTE POETICA

El único consonante  
de mi sentir dolorido,  
tu mirada favorable.

y en:

#### PAPEL PAUTADO

Para copiar mi cántico  
ofrecen su pentagrama  
los cables telegráficos.

Y, efectivamente, en *Imágenes de la radio* (pág. 28) dedicaría una serie de audaces imágenes —ya dentro de la nueva poética— al nuevo mundo de los kilowatios.

En la misma línea de búsqueda de sensaciones nuevas, de nuevos substituyentes poéticos, está su Hai-kay impuro (45).

Cuando se murió el canario,  
pusé en la jaula un limón.  
¡Soy un caso extraordinario  
de imaginación!

Idea que no quedaría en un mero juego de palabras, sino que incluso adquirió realidad plástica en aquellos christmas —“elaborados a brazo”— con que él y Eduardo Vicente, el magnífico ilustrado de *Versos Viejos*, solía felicitar en Navidades a sus amigos.

Y junto a este impaciente buscador de metáforas nuevas, que quiere reducir a polvo el mundo poético de lo modernistas —del que quedan aún recuerdos y resabios en su poema azul *turquesa*, con ilustraciones musicales de María Rodrigo— aparece el romántico y el enamorado de la naturalidad, del folklore popular, el poeta que quiere acompañar su canto al ritmo de la misma naturaleza:

El ritmo del cántico aúna el esfuerzo  
 —el ritmo y la rima a la par—  
 ritmo de los remos  
 para navegar.  
 Ritmo de las ramas  
 cuando el viento músico agita el pinar (46).

Finalmente, cuando ha decidido volver a la poética tradicional y al cauce clásico del soneto, en el que ha conseguido verdaderos aciertos de auténtica poesía, el poeta —que no quiere, en modo alguno, encauzar su inspiración en moldes excesivamente formales y que prefiere, sin duda, su habitual humorismo revoloteador— emplea la décima para indicarle a su esposa (47) que seguirá siendo el ligero Paco Vighi de siempre:

Como en la carta lo pediste,  
 yo, en estas décimas, prometo  
 no *insistir* más en el soneto  
 artificioso, ni estar triste.  
 A tus mandatos, ¿quién resiste?  
 Vuelvo otra vez a esos grotescos  
 pirueteos pacovighescos  
 que me sacaron del anónimo.

El metafórico ultraísta de Cohete (pág. 19) acaba, también humanamente, con “un silbido de protesta”.

En las ultraístas imágenes de la radio, el poeta pone calor humano en el micrófono:

“Misterioso y pequeño  
 nido de kilowatios” (pág. 28)

o en la torre de la antena, que está:

Allí arribita, arribita,  
 fusilada por los vientos.

Y cuya punta final le sugiere una:

Aguja para bordar  
 —sin hilos—  
 en el bastidor del cielo (pág. 29).

46.—Versos Viejos, pág. 52.

47.—Versos Viejos, pág. 125-126.

En "Por qué se aburre la luna" Vighi supone que es porque, al no tener cable a tierra, no puede captar las ondas.

En El trapero —que él eleva a categoría artística— la búsqueda de consuelo para elevarle en su rango social la hace dándole estos pomposos títulos, no exentos de humorismo y humanismo:

¡Ingeniero industrial  
del suburbio!  
¡Trapero,  
arqueólogo  
y geólogo  
del estercolero! (pág. 89-91).

Igual técnica exaltatoria emplea en sus justamente famosos —y cientos de veces editadas— décimas del pirulí:

Limón, canela y anís.  
Se anuncia por la plazuela  
el ciprés de pirulís.  
—Anís, limón y canela.  
A la puerta de la escuela  
zumba la infantil pollada,  
y al escuchar el pregón  
desflora con la mirada  
el arbolito dulzón  
—canela, anís y limón—.

que remata con esta luminosa traca de metáforas:

Es caramelo y juguete,  
punta de lanza ilusoria.  
Talismán para la euforia.  
Cigarro de rechupete.  
Fósil de la zanahoria.  
De los labios berbiquí.  
Flor de ojal estilizada.  
Para una boca amargada,  
para ahogar un "¡ay de mí!"  
no hubo ni puede haber nada,  
¡nada!, como un pirulí (48).



Toda una novelística y una no menos interesante poesía urbana posterior no hará más que tomar en tono tremendista o pontificante, muchas de estas afirmaciones que “se le caen de las manos” a Paco Vighi.

Idéntica humanización palpita su famoso poema *El tranvía*, que se lava los pies en los rieles y que juega a ser araña y equilibrista, a buen soldado, a legendario o a ligero pescador de caña, mientras:

“Pidiendo va un avemaría  
la campanilla del tranvía”.

Podía, sin esfuerzo alguno, multiplicar hasta el infinito los ejemplos, pero con su poema *Fuegos celestiales artificiales* (págs. 21-22), —en que el Señor y los Santos toman parte activa en la celeste función de traca— y en *Lluvia*, acaso el ejemplo más típico de personificación del mundo exterior, creo que esta humanización del mundo circundante queda bien clara:

El Señor ha cogido la regadera  
porque al zaragozano le manda  
que llueva, que llueva, que llueva  
toda la semana.

Apaga de un soplido el sol  
y se lo mete en una manga.  
Recoge el tul de los cielos  
y entre naftalina lo guarda.  
Ya se pusieron las nubes  
gabardina grisácea.  
Desde las altas bambalinas  
hacen pipí sobre mi espalda.

Las lechugas de mi huerto  
se recogen las enaguas.  
Y todos admiramos a los árboles,  
que siempre tienen abierto el paraguas.

Humanización del mundo, ironía y metáfora sorprendente y colorista, son pues las constantes esenciales de su nueva poética.

Frente a esta poética —o a versos anclados en ella— se halla también un abigarrado plantel de escritores, algunos auténticos y otros muchos, meros aprovechados, que fluctúan en las aguas turbias del confusionismo ambiental. En su ya citada conferencia *El ruido y*

las nueces y en sus también ya citadas declaraciones ¿Qué es la vanguardia? Vighi ha dejado clara su postura.

Por su libro *Versos Viejos* corre asimismo una densa crónica literaria de su tiempo, de la que no está ausente su incansable ironía que, con frecuencia, usa como medio de expresión el aguarfuerte goyesco.

Dejando aparte, por muy conocidos, sus retratos colectivos como *Tertulia de Pombo* (pág. 23.934), —en que aparece una larga lista de contertulios perfectamente definidos— o su *Felicitación a la tertulia del Lyon* (pág. 113-115)— en que aparecen asimismo otro gran grupo de literatos, capitaneados por José María de Cossío— o *Actualidad* —incoherente crónica histórico-literaria de su época (pág. 111-112)—, hay que destacar los ataques —más o menos velados— a escritores consagrados, con cuya manera ya fijada de hacer no se encuentra a gusto la revoloteadora musa de nuestro poeta. De matiz irónico son, sin duda, esas alusiones a Valle-Inclán y Azorín en *Onomatopeya plebeya*:

Din-dán, din-dán, dindán,  
a misa tocando están  
(a veces  
pareces Valle Inclán).  
Don-dín, don-dín, don-dín.  
Lo oyen D. Pedro, D. Cosme, D. Blas, D. Joaquín  
(así escribe Azorín) (pág. 31)

o sea alusión al estilo solemne de Eugenio D'Ors, en su *Hai-kai* estilo *Xenius*:

El viento es director de ceremonias:  
siempre que atravesamos los maizales  
inclina reverentes las panojas (pág. 39)

o a Valle-Inclán, Claudio de la Torre, García Bilbao y otros en *Las horas dán* (*Alusiones y parodias*) (Págs. 42).

El propio poeta reconocerá en *El poeta murciélago*, que al no encuadrarse de manera fija en ninguna de las tendencias de su tiempo, resultaría una zigzagueante ave extraña:

—Eres mamífero y ave  
al mismo tiempo;  
inofensivo y alegre,  
a la vez que siniestro. (Pág 45)

para acabar confesando que no acaba de encajar literariamente en ninguna parte:

A todos extraño,  
 en todo lugar forastero  
 Ingeniero me dicen los poetas,  
 poeta me dicen los ingenieros.  
 ¡Pobre poeta  
 murciélagos! (pág. 46)

Así las cosas, no es extraño que por una parte vuelva a aparecer el satírico implacable, que haría burla de sí mismo, de sus más próximos familiares y de cuanto se le pusiere por delante —de lo que puede ser buen ejemplo el irritante poema Regionalismo (página 109)— y por otra parte la clásica soledad de los poetas, que busca refugio en el bien cantado albergue familiar.

En la primera faceta reaparece el Paco Vighi o el Benito Baranda de los feroces artículos satíricos:

“Para que te exaltes, castellano,  
 hombre seco, hombre de tierra,  
 Para que me odies, catalán,  
 más fenicio que de Grecia;  
 Y tú, manchego, retardado,  
 cazurro de alma plebeya,,,”

Y el poema sigue en un fulgurante “*increscendo*” en el que no perdona a nada ni a nadie.

En cuanto a la soledad del poeta, que abunda menos por su obra, queda patente en *El llanto en mi soledad*:

El llanto en mi soledad  
 me acompaña y me consuela.  
 Hoy no consigo llorar  
 y es más amarga mi pena.  
 Hoy me desgarran la carne  
 los cuchillos de la ausencia. (Pág. 51)

y sobre todo en dos de sus mejores poemas serios *Fiebre en abril*, con influencia de Valle-Inclán:

Oigo una voz... Dejadle que descanse.  
 ¡Ha dicho, en paz! Silencio, náuseas, sombras,  
 Soledad y dolor; angustia y fiebre.  
 ¡Nadie apaga la sed que me sofoca!

¡¿Hay en el muro un lago  
 o el agua del espejo se desborda?!  
 Ya las quejas naufragan en mis labios;  
 la persiana destila luz de acuario.

Nadie espanta esa mosca  
 que me mide el talento, y en mi frente  
 hince el tacón de alambre de sus botas.  
 Ya no sé si es otoño o primavera,  
 si brotan lirios o se arrastran hojas,  
 si está blanca la sierra o si la nieve  
 florece en los almendros de la loma.

Musas viejas recitan en mi oído  
 fétidos versos y me dicen: "Copia".  
 Cuelga inerte la mano,  
 trabada por los flecos de la colcha.  
 Y no podré signarme  
 cuando se una mi ocaso con mi aurora.

Y Soneto, digno de los mejores de Quevedo:

Vuelvo a tí, soledad, arrepentido.  
 Firme en la contrición de mi pecado.  
 En tí, dentro de tí, más que a tu lado,  
 quiero hallar el consuelo en el olvido.

Ya no seré quien soy, ni quien he sido,  
 por tus tinieblas desiluminado.  
 La duda ya resuelta: ¿Puente o vado?  
 Tú serás campo y cielo, rama y nido.

Refugio y paz: te buscan las inquietas  
 almas —orates, místicos, poetas—  
 Quien dijo "cárcel negra, estepa helada,  
 pozo de agua salobre, peña dura",  
 no supo verte, compañía pura.  
 Milagro del silencio y de la nada.

En cuanto a su tendencia hogareña, --faceta menos conocida de Paco Vighi, a quien nos hemos imaginado siempre "cara al público"— pueden bastar para demostrárnosla estos significativos versos:

*Hai-kai seguidilla*

Para qué salir de casa,  
si cuando me miras veo  
cielos, mares y montañas.

*Hai-kai puro*

¡No te seques!  
Para mi niño, tu sombra,  
¡ramita verde!

Igual tono de refugio en la intimidad familiar, el amor de su esposa y de su hijo va por los ya citados poemas *El llanto de mi soledad* (pág. 51), *Si tu quisieras curarme* (pág. 49), *el tardío y enamorado*, *A la primera nieta* (pág. 133) y *a Julia la de Don Jerónimo*, maestra en el género epistolar, por su carta de hoy (pág. 125), o en la *Canción apasionada*:

Hermana, madre, amiga  
y novia para mí,  
tu me traes la espiga  
y el alhelí. (Pág. 122)

y en el poema el día de su boda, firmado en Macintos en 6 de enero de 1928:

*Compañerita*: Iremos juntos  
por esos caminos de Dios.  
No llevaremos más tesoros  
que una moneda de oro: ¡El Sol!  
Seremos ricos de esperanzas  
y de alegría y de ilusión.  
Tu me dirás tus oraciones;  
todos mis versos diré yo.  
Ante nosotros el sendero  
se ofrecerá prometedor.

*Vamos al reino de la muerte*  
*por el camino del amor.* (Pág. 121)

Otra faceta de este sentimentalismo del poeta, humorísticamente proclamado en Sanatorio:

¡Doctor Eugenio! ¡Doctor Pascual!  
 ¡Tan blanco vuestro delantal!  
 ¡Tan feo vuestro instrumental!  
 ¡Para hacer de un humorista  
 un sentimental! (Pág. 36)

la constituyen sus autodefiniciones poéticas:

Noctámbulo, indeciso,  
 perplejo,  
 infantil, inútil,  
 inquieto.  
 Parece que busco y no busco,  
 no se sabe si voy o vengo.  
 Para el asno soy pájaro  
 y ratón para el cuervo. (Pág. 45-46)

y sobre todo, ese poema, conservado en el libro con su propia grafía y una magnífica ilustración de Eduardo Vicente, que lleva por título *Yo Farolero*:

La vida polifacética  
 y el alma plenilunar.  
 Declinaremos la risa  
 —en, de, por, sin, sobre, tras—.  
 He dado garrote al llanto  
 con un alegre cantar;  
 y por la escala sonora  
 —si, do, re, mi, fa, sol, la—  
 iré a encender una noche  
 la luminaria estelar ...  
 que yo soy el farolero  
 celestial. (Pág. 23).

La otra vena de este sentimentalismo nos viene dada por sus poemas geográficos. Por todos ellos —tanto por los poemas fluviales como por los poemas meramente urbanos— corre un aire de añoranza y entrega.

Y existe asimismo un hilo de unión entre ellos: el río, que acompaña y sirve de espejo a las ciudades y que arrastra también, a la vez,

por sus aguas, la simpatía o la antipatía del poeta a la ciudad cantada.

Desde las grandes ciudades, como Nueva York—por la que el poeta no cambiaría su intimidad casera—:

¡Oh Nueva York! Cuadrículas y dados.  
De asfalto y alquitrán tu praderío.  
Jirafas de cemento junto a un río  
donde flotan en tinta los ahogados.

.....  
.....  
¡Oh Nueva York, con tu ruido y humo negro!  
¡Te falta todo! No hay en tus mañanas  
humo de hogar, ni ruido de campanas.  
No cambiaré mi *andante* por tu *allegro*.  
Prefiero ir con mi Julia y con mi abulia  
—del brazo de las dos— a la tertulia. (Pág. 99)

a la politesse de París, —magníficamente descrita según afirma J. L. Díaz Caneja, en un artículo del Diario Palentino (49)— que el poeta no soporta:

Este río es de mercurio;  
de alambre, la Torre Eiffel.  
.....  
.....  
Luz y asfalto.  
*arts et métiers*  
cocotas en la Sorbona,  
sabios en el cabaret.  
Un *pardon* que nunca acaba.  
Un continuo *s'il vous plait*.  
Demasiado chauvinismo,  
demasiada *politesse*,  
porque yo nunca he podido  
*dire "madame"* a la concierge. (Pág. 96)

al crudo realismo con que describe Santander:

Una canción se ahoga en Puerto Chico  
—refugio, circo, plazuela y mercado—.  
Cuarenta *sotilezas* me saludan.

Proa a la mar navega, un poco esmático,  
 el *Dos mil toneladas*, que me lleva,  
 de inercia y de chatarra bien cargado.  
 Para salir, la Magdalena guía;  
 otro consejo — ¡el último! — da el faro.  
 Fumando pipa, viene de La Habana,  
 vanidoso y pimpante, un trasatlántico.

Huele a carabinero,  
 a cabotaje, a yodo y a pescado. (Pág. 93)

o el irónico humorismo cariñoso con que describe a Burgos:

Lain Calvo, Nuño Rasura  
 esperan en sus asientos  
 ser nombrados profesores  
 en el curso de extanjeros.

.....  
 .....

Hasta el río que le cruza  
 lleva nombre de guerrero.  
 Desde Aranda hasta Miranda,  
 Burgos manda. Pasa lento  
 el castellano Arlanzón  
 recitando el romancero  
 (de repetir la epopeya,  
 se queda el río en los huesos).  
 La voz de Fernán González  
 rompe a veces su silencio  
 De frío se muere el frío;  
 de Historia se acaba el tiempo.  
 Todas las noches el Cid  
 baja a hablar con los serenos. (Pág. 95)

o aquel conocido poema de los límites de Palencia, que terminaba  
 —como en el Romance del río Carrión— con su característico anti-  
 vallisoletanismo:

“Y a sus pies Valladolid,  
 que es donde debe de estar”.

Cuando el poeta describe Madrid — a la que pertenecen esos  
 prototipos urbanos como El trapero y el Vendedor de pirulís— se  
 fija principalmente en el ambiente familiar, hoy lejano, de la Glo-



rieta de Cuatro Caminos, por la que los tranvías —sus soñados tranvías— van y vienen volando — con sus letras y sus números característicos, como señalaría atinadamente J. L. Díaz Caneja— poniendo un contrapunto de agitada ciudadanía a la pacífica brisca de los vecinos del barrio:

Gran circulación  
—17-F; 17-H—.  
Urbanización.  
¿Adoquín o bache?  
Brisca, vino, mus.  
El Sol toma un coche  
y llega la noche  
en el autobús. (Pág. 101).

Cuando se trata de pueblos próximos a Madrid, como en el *Viaje al Paular*, el poeta aprovecha el contrapunto del paisaje y la fea anatomía del autobús que le atraviesa para hacer una humorística descripción:

El Paular tiene un poeta;  
Rascafría, un boticario;  
el auto tiene avería;  
¡en todas partes hay algo! (Pág. 82).

Ante Peña Santa la admiración cuaja en este verso final:

“Y estáticos te miran pastores y poetas”.

En *Amanecida en Peñalabra*, otro de los poemas más veces editados en periódicos y revistas:

Islas blancas y verdes  
flotan sobre la niebla.

El sol limpia los cristales del paisaje, mientras el Cantábrico cuelga sus esteras al sol y al Sur, con una visión digna de la paleta de Benjamín Palencia

desenrollan su estera  
amarilla los campos  
austeros de Palencia. (Pág. 73).

En el tríptico de la mañana —dividido en tres tiempos vitales— la mañana la marca la juventud del poeta en Cervera de Pisuerga, en un ambiente idílico de estrellas, bueyes, ranas...

En Reinosa —la media mañana—  
El campo huele a paz  
y el agua suena a versos

y en el Mediodía de Málaga, ebrio de casas enjalbegadas y de mar:

¡Oh que alegría morir!  
soñando, entre mar y sierra,  
un sueño de moscatel  
debajo de una palmera.

Finalmente en Costa del Morlaco, las olas del Mediterráneo, del que el poeta está enamorado rizan puntilla:

Para adornar el festón  
que el agua marca en la playa  
a un compás de vengo y voy.

Y en “El Faro pasó la noche”, último de sus poemas provinciales —iniciados y ocupados casi totalmente por la alta calidad de sus insuperables poemas palentinos— vuelve a chisporretear, como el faro, que intenta suicidarse, el conocido humor pacovighesco:

El faro pasó la noche  
cantando por malagueñas.  
“Ya se fueron los ingleses,  
ya viene la primavera”. (Pág. 84).

En su descripción del Nervión, el poeta en un breve contrapunto final, añora su muy amada tierra de Castilla:

¡Oh, Castilla! ¡Qué lejos  
tu silencio y tu luz plateada! (Pág. 60)

frente a cuya añorada visión el industrial Nervión resulta duro y frío:

No se miran las nubes  
en este agua,  
ocre, negra, amarilla  
—paleta de Solana—.  
Es paloma en el cieno  
la fragata blanca.  
Paloma en el cielo el poeta  
que lleva los libros de caja.  
Y el pastor  
que vino a la mina o la fábrica.

... .. (Pág. 59).

Pero donde verdaderamente se vuelca todo el ardiente palentismo del autor es en su justamente famoso Romance de la vida y

muerte del Río Carrión —que José Alonso de Ojeda (50), certeramente, ha calificado como el poema en el que se centra “el acento palentino tan condensado del autor y ese intencionado regocijo que refleja el orgulloso individualismo de nuestras gentes”— especie de himno de Palencia, por el que se desborda toda la contenida afectividad de Paco Vighi:

Cobertor de lana suave  
la nieve del valle frío.  
En Guardo, el carbón minero  
tiznó la cara del niño.  
Cuando pasó por Saldaña  
otra vez estaba limpio.  
En Carrión le bautizaron  
—era hasta entonces morito—

Dieciocho puentes le peinan,  
anda lento y presumido.  
Por verle, villas y aldeas  
se ponen en su camino.

Sueña un viaje largo: el mar.  
Traiciona sueño y destino;  
de Villamuriel el mosto  
le hace perder el sentido; ...

Por no ir a Valladolid  
—cosas de nacionalismo—  
se suicida junto a Dueñas  
arrojándose en el río  
Pisuerga, labrador manso,  
competidor y enemigo.

Por si fuera poco toda esta continuada serie de imágenes y de metáforas en que el poeta acuna a su río preferido como la madre que canta a un niño para dormirlo remata con esta ferviente declaración de palentinismo:

50.—El Diario Palentino, 13-V-1959.

Nace y muere en la provincia  
 no hay otro más palentino.  
 Recen por él un responso  
 los frailes de San Isidro. (Págs. 61-62).

En el Romance del Río Pisuerga el anti-vallisoletanismo se ve atenuado por cuanto el Pisuerga puede traer el recuerdo cariñoso del poeta la unión de su hijo y la querida Palencia:

En el agua que el Carrión  
 te dió para ahogar mis penas  
 .....  
 .....  
 No eres un río que canta,  
 ¡eres un río que reza!  
 .....

Finalmente, el poeta que no encuentra nada que ofrecerle, ofrenda al río todo cuanto posee en esos tristes momentos:

¡Un romance y unas lágrimas!  
 Nada más tengo, Pisuerga (Pág. 64).

En la Bienvenida fluvial, Paco Vighi que ha sido íntimo amigo de Ramón Gómez de la Serna desde la infancia, no encuentra mejor medio de demostrar el profundo afecto que les ha unido que desatar una sonata de ríos que cantan a Ramón, recién llegado. Y en esas sonatas, junto a los representantes de toda España —Guadalquivir, Guadiana, Tajo y Duero— ocupan lugar de preferencia —además del madrileño Manzanares— los tres ríos antes cantados por Vighi: “Nervión, el fogonero”, “Carrión, el de Palencia” y “Pisuerga, ejemplar de mansedumbre”. Estos dos últimos, unidos también a la vida de Ramón en su infancia y adolescencia, intimaron con él y le quieren como el Carrión quiere a la torre de San Miguel y a toda la provincia de Palencia, que flota en sus espaldas.

La bienvenida acaba, como es corriente en Paco, a compás con la naturaleza y de forma muy parecida a la elegía a Ramón Sigé de Miguel Hernández:

Como los ríos, una melodía  
 simple y cordial te ofrece:  
 el corazón hecho canción  
 —¡Ramón del ama mía!  
 —¡Del alma mía Ramón! (Pág. 108).

Del mejor Arcipreste de Hita, los poemas provinciales, como las Ventas de la Pernía, o la Taberna del Tupé, debería figurar por derecho de calidad, en todas las historias de Palencia:

En la Venta de Santa Lucía —Edén de caminantes— descrita con el mejor colorido de un Solana, el final, que parece arrancado del Quijote, es digno de la mejor picaresca castellana.

En la Venta de Orbaneja, las tres hijas de la Ventera —tres hermanas como en todos los cuentos y como en el conocido romance de Gerardo Diego— prefieren los “rústicos piropos del Mayoral”.

En la Venta de Horquero  
arriba en el puerto,  
que de octubre a mayo  
la nieve bloquea”

—como la serrana Aldara del Arcipreste de Hita— la moza es muy fea y junto al fuego sólo hay pastores blasfemos que cuentan historias de crímenes, mientras los lobos aullan a lo lejos.

En la Taberna del Tupé — uno de los más famosos poemas de Paco Vighi— el poeta se siente a su gusto, en un cuadro digno de Los borrachos de Velázquez y el “paso de las horas no se siente”. Los contertulios le piden que dé muestra de su inagotable ingenio y él accede contento:

Todos tenemos roja la nariz  
*Que cuente algo don Paco, que lo cuente.*  
Yo bebo, cuento, miento y soy feliz.

No más a su gusto se sentiría el propio Juan Ruiz en este ambiente.

Por si todavía quedase duda alguna sobre la honda raíz palentina de Paco Vighi, este hombre cuya confesión insistente de palentinismo es la única causa de que las antologías digan, erróneamente, que “ha nacido en Palencia”, todavía viene el “Glosario Palentino.—Los Molinos”.

En primer lugar el Molino de Pajares, que muele estrellas y sueños de poetas; luego el Molino de Villanueva, entre trigales que se estremecen y chopos que lloran, mientras al fondo, suena la copla:

Que vida más arrastrada  
es la de la molinera.  
El agua... corre que corre.  
La rueda... rueda que rueda.

Y un final romántico, que habla de la velocidad con que pasa la juventud, mientras quedan en el recuerdo los paisajes amados.

En los Trigales de San Román, un amor juvenil se entremezcla en el recuerdo del poeta, con el ritmo de una de sus tan amadas canciones populares.

En Catedral, —como en las leyendas de Bécquer— todo un mundo se anima con la presencia del poeta:

Con voz de Santo Padre  
el órgano me increpa.

.....  
.....

Arriba, en la veleta,  
los vientos y las brisas  
juegan a la ruleta.

Y hay todo un recuerdo de Unamuno, en los versos que definen a la Bella desconocida:

Hermosa Catedral  
la de Palencia (Pág. 77-78).

Habría que añadir todavía, dentro de los preciosos poemas dedicados a la Tierra de Campos, —y yo espero la colaboración de todos sus amigos palentinos para esta difícil empresa— mucha de su poesía popular, espontánea y oral, tal vez perdida casi totalmente, algunos de cuyos ecos, —como los que transcribo a continuación— todavía han llegado hasta mí.

Así un arreglo “a lo palentino” de una conocida copla, que a Paco le gustaba cantar de esta manera:

Adiós padre y adiós madre,  
Adiós calle Manflorado,  
adiós niñas de Palencia,  
aunque me voy no os olvido.

Aunque me voy no os olvido.  
Adiós, calle Manflorado.

O, este otro, como cantar familiar, inventado para sus parientes de San Román:

Este pueblo se llama San Román:  
bellas muchachas, nobles caballeros.  
Atentos y obsequiosos siempre están;  
no se parecen a los de Cisneros.

Hay un lebrato nuevo y dos galguillos,  
una linda potranca y una yegua,  
pardos barbechos, trigos amarillos,  
Demetrio Betegón está a una legua.

Finalmente — y dejando para mejor momento la recopilación y estudio de la obra de Paco Vighi inédita o diseminada por revistas y periódicos— quiero dar un momento marcha atrás en el tiempo para volver al recuerdo de aquellos trenes de Castilla, de aquel famoso paso del Noroeste y los servicios prestados a la Compañía del Norte por su padre, en virtud de los cuales, nuestro escritor sería nombrado en 1936 Ingeniero de Enlaces Ferroviarios de la Red Nacional de Ferrocarriles.

A esa historia, un tanto mágica y amorosa, se debe el palentinismo agudo de Paco Vighi, hombre que de niño — no se sabe por qué extraños temores o celos de su madre— nunca visitó Parma; y, de hombre, aunque pasó por Italia varias veces, nunca quiso detenerse en la tierra de sus antepasados.

Palentinismo, públicamente también reconocido por la Institución Tello Téllez de Meneses, que —justamente ahora hace veinte años: el 3 de octubre de 1949— acogía gozosa en el número de sus Académicos Correspondientes, la insigne figura de tan complicado poeta, a cuyo esclarecimiento y estudio, he querido contribuir, con esta lección inaugural.





## APENDICE I

### *Instituto Provincial de 2.ª Enseñanza de Palencia*

En el expediente del alumno D. Felipe Francisco Vighi Fernández, se conservan los siguientes documentos:

Hoja de examen de D. ...., natural de Madrid, provincia de id., de 10 años de edad, para ingresar en la matrícula de los estudios de segunda enseñanza.

### PREGUNTAS DE DOCTRINA CRISTIANA

El Credo

### PREGUNTAS DE GRAMATICA CASTELLANA

Análisis del párrafo leído

### OPERACION ARITMETICA

$$\begin{array}{r} 6584 \\ -5698 \\ \hline 0886 \end{array}$$

Sentencia o período escrito al dictado.

Los niños deben ser aplicados (corregida la v por b por el propio alumno).

Lleva la firma del alumno y la del Tribunal, siendo Director, M. Llamas, el 24 de septiembre de 1900.

En su interior, de letra y puño de Felipe Francisco Vighi, se halla la instancia solicitando ser admitido al examen de ingreso, firmada en Palencia, el 13 de septiembre de 1900.

2. Certificado de nacionalidad.—Firmado por el Embajador de Su Majestad el Rey de Italia en Madrid, con fecha 19 de marzo de 1892. Se afirma la nacionalidad italiana de D. Felipe Vighi, natural de Madrid, de 2 años, hijo de Don Huberto, natural de Parma y de Doña Faustina Fernández, ....., residente en Palencia, es súbdito de S. M. el Rey de Italia y como tal, se halla inscrito en esta Embajada, en el Registro - Matrícula correspondiente, bajo el número 87-1892...

3.—Se encuentran nada menos que otras cuatro solicitudes:

a. Dirigida al Sr. Director del Instituto de segunda enseñanza de Palencia, firmada en 25 de septiembre de 1901, en la que bajo nombre y firma que no le corresponde exactamente, Francisco Vighi Salomón (se añade a lápiz Fernández), solicita "Que habiendo obtenido la calificación de sobresaliente en las asignaturas de Castellano y latín, primer curso y Geografía astronómica y física, solicita:

Se le de matrícula de honor en las asignaturas de Castellano y latín 2.º curso y Aritmética. (Una nota marginal dice que se admite en caso de ser exacto lo que expone).

b. (A lápiz, Felipe) Francisco Vighi Fernández, de 12 años, alumno oficial en el Establecimiento de su digno cargo... "Que habiendo obtenido la calificación de Sobresaliente en las asignaturas de Latín, segundo curso, Geografía especial de España y Aritmética, en los exámenes ordinarios celebrados el mes de Junio último, solicita se le conceda matrícula de honor en las asignaturas de Geografía Preceptiva y composición literaria, primer curso, e Historia de España, correspondientes todas ellas a tercer curso". (Dirigidas al señor Director del Instituto General y Técnico de esta Provincia y firmada el 23 de septiembre de 1902, en Palencia).

c. Sr. D. del I. G. y Tec. de Palencia.—18 de septiembre de 1903.—"Que habiendo obtenido en mayo último nota de Sobresaliente, con opción a Matrícula de Honor, en las asignaturas de Francés primero, Preceptiva literaria y composición y Geometría, desea se le conceda dicha matrícula, en las asignaturas de francés 2.º, Hist. Universal y Algebra y Trigonometría".

d. Id. I. 5 de mayo de 1905.—(Presentó cédula personal número 7.942, expedida en Palencia el 2 de mayo de 1905). Fco. Vig. Fdez., natural de Madrid, de quince años... Que descaando dar validez académica, a los estudios que tiene practicados libremente en las asignaturas de Física, Fisiología e Higiene, Elementos de Historia General de la Literatura y Psicología y Lógica, con sujeción a las disposiciones vigentes a V. S. suplica, se digne admitirle a las pruebas de examen de la próxima convocatoria de Junio (Palencia, 5 de mayo de 1905).

e. Un certificado del Profesor de Religión, D. Fco. Jesús Soto y Mancera, de que el alumno D. Felipe Francisco Vighi Salomón, alumno matriculado en la enseñanza oficial en el curso de 1900 a 1901, en la asignatura de Religión de primer curso, ha observado puntual asistencia y obtenido buen aprovechamiento... 23-V-1901.

En el mismo curso 1900-1901. Ex. Ordinarios.

*Oficial.*

Castellano y Latín 1.º	Sobresaliente	El firma Fco. Vighi Salomón: pero el encabezamiento corrige Felipe Fra. Fdez.
Nociones de Aritmética	Notable	
Geografía Astronómica y física	Sobresaliente	
Religión 1.º	Certificado anterior	

#### 1901-1902

Castellano y latín 2.º curso ... ..	Sobresaliente (de honor)
Aritmética ... ..	Sobresaliente (de honor).
Geografía especial de España ... ..	Sobresaliente (de honor).
Geografía general y de Europa ... ..	Notable (de honor).
Dibujo 1.º ... ..	Aprobado por certificado.
Gimnasia 1.º ... ..	Aprobado por certificado.

(Db.—Prof. Certif.—D. Zenón Herrero y Pérez).

(Gim.—Prof. Certif.—D. Serafin Terciado y del Valle).

#### 1902-1903

*Oficial.*

Preceptiva y Composición ... ..	Sobresaliente.
Francés, primer curso ... ..	Sobresaliente.
Historia de España ... ..	Aprobado.
Geografía comercial y estadística... ..	Notable
Geometría ... ..	Sobresaliente.
Dibujo 2.º ... ..	Aprobado (Se conserva certif. igual Prof.).
Gimnasia 2.º ... ..	Aprobado (Por cert. igual Prof.).

#### 1903-1904

*Oficial*

Algebra y Trigonometría ... ..	Sobresaliente.
Francés.—2.º Curso... ..	Sobresaliente.
Historia Universal ... ..	Aprobado.

## 1905-1906

*Oficial.*

Of. Etica y rudimentos de Derecho ...	Sobresaliente.
Historia Natural ... ..	Notable.
Agricultura y Tca. Fisica Agrícola e Industrial ... ..	Aprobado.
Química general ... ..	Sobresaliente.

## 1904-1905

*No Oficial.*

## Ordinarios

Fisica ... ..	Notable (Lec. 32. Espejos esfer. cóncavos).
Psicología y Lógica ... ..	Notable (Lec. 10. Sensibilidad).
Elementos de Historia Gral. de la Literatura ... ..	Notable (Lec. 23. La tribuna francesa).
Fisiología e Higiene ... ..	Notable (Lec. 24. Respiración. Aparato respiratorio...).

## 1905-1906

Acta del grado de Bachiller.—(Firmada por el graduado y el Tribunal, el 15 de junio de 1906). D. Felipe Francisco Vighi Fernández (suprime el Felipe en la firma) APROBADO.

(Se conservan los exámenes de Agricultura.—Lec. 60. Labores. — Sus efectos más importantes: Diversos tipos de arados y condiciones de los trabajos. Curso 11-VI-1905).

Lec. 9.—Para igualar una incógnita entre dos ecuaciones.  
15-VI-1905.

Lec. 127.—El alma humana está dotada de tres facultades. 11-VI-1905.

## APENDICE II

*Autores que han dedicado libros a Paco Vighi.*

- |  |                                 |
|--|---------------------------------|
| Muñoz Arconada.                        | Manuel Pinillos.                |
| Díaz Cabañete y Domingo Ortega.        | Angela Figuera.                 |
| Antonio Robles.                        | José Antonio Muñoz Rojas.       |
| Agustín Espinosa                       | Pedro Salinas.                  |
| José María Gironella.                  | Antonio Espina.                 |
| Juan Antonio Zunzunegui.               | Fernando de la Cuadra Salcedo.  |
| Nicasio Pajares.                       | Margarita Farreras.             |
| Julio Bravo.                           | Manolo Altolaguirre.            |
| Elena Soriano.                         | León Felipe.                    |
| González Anaya.                        | Francisco Loredo.               |
| Enrique López Bustamante.              | Gerardo Diego.                  |
| Tomás Borrás.                          | Roque Nieto Peña.               |
| Juan de la Encina (Gutiérrez Abascal). | José del Río Sainz.             |
| Ernesto Jiménez Caballero.             | Luis Larios Bernaldo de Quirós. |
| Conchita Montes.                       | José Chavás.                    |
| Carlos Calamita.                       | Alfredo Marquerie.              |
| Andrés Díez Quijada .                  | José Paz Maroto.                |
| Antonio Marichalar.                    | Fernando González.              |
| Valentín Andrés Alvarez.               | Luis Amado Blanco.              |
| Javier Valcárcel.                      | Emilia Bernal.                  |
| Benjamín Jarnés.                       | Ernestina Champurcín.           |
| Fernández Mazas.                       | Valle Inclán.                   |
| Mercedes Fórmica.                      | José María Fernández Nieto.     |
| Aurelio de Llano.                      | Mariano Brull.                  |
| Víctor de la Serna.                    | Francisco Vega Díaz.            |
| Edgar Neville.                         | Rafael Caffarena Robles.        |

Julio Mathías.  
Alfonso Canales.  
José Luis Estrada.  
Concha Méndez Cuesta.  
Andrés Alvarez.  
Francisco Escrivá de Romani.  
Jorge Guillén.  
José María Souvirón.  
Mauricio Bacarisse.  
Avelino Gómez Ledo.  
Juan José Domenchina.  
Eduardo Alonso.  
Felipe Milán.  
José Suárez Carreño.

José Antonio Balbontín.  
González Ruano.  
Ernesto Giménez Caballero.  
José López Rubio.  
Guillermo de Torre.  
José María Cossío.  
Gregorio Marañón.  
Antonio Botín.  
Juan Machibarrena.  
Salvador Madariaga.  
Fernando García Mercadal.  
Eduardo Torner.  
Fernando Vela.  
Ramón Carande Tovar.

## APENDICE III

Selección de las muchas cartas recibidas, con motivo de la aparición de Versos Viejos.

*Ramón Gómez de la Serna:*

Mi muy querido y admirado Vighi: he leído varias veces tu hermoso libro, compendio de una vida noble y poética.

No la última vez que estuve, sino en la víspera de la Revolución, me propuse buscar entre tus papeles tus mejores versos. Por eso, ha sido una de las mayores satisfacciones de mi vida, ver en tan buena edición, tus más precursoras y definitivas poesías.

La del 88 y sobre todo el interno de San Isidoro, necesitábamos la inmortalización del más simpático y querido amigo. ¡Ya está!

He sentido no poder haber ido a darte un abrazo, pero mi dedicación claustral a las greguerías y mis diagnósticos médicos que no me permiten alturas ni climas que no sean blandos, después de estar ya adaptado a éste, me han hecho desistir de ese suntuoso billete de ida y vuelta a Madrid.

En la nitidez de mis recuerdos —sin recibir ni ver a nadie— es cada vez más perfecta mi visión de los que quiero y recuerdo.

Con mi más efusiva enhorabuena y con recuerdos afectuosos a Julia y a tu chico, recibe abrazos de tu fraterno creyente. RAMON.

P. D. Luisita se ha quedado maravillada por tu libro y también os envía cariños.

2.—Igualmente curiosa y también sin fecha, es esta carta en verso de *José Paz Maroto*.

Por el ruedo ibero  
 tu libro, el primero,  
 Señor Ingeniero,  
 será el pregonero  
 de tu limpia gloria.  
 Versos sin escoria,  
 como agua de noria,  
 te dan, en la historia  
 el derecho mero  
 a ser el tercero  
 del mundo trovero,  
 tras Dante y Homero.  
 Eras el noveno  
 poeta ¡Que bueno!  
 y acertaste un pleno  
 sin usar veneno.  
 Así, fuiste octavo;  
 no es moco de pavo  
 burlar al del rabo,  
 pues, al fin y al cabo  
 ascender seis puestos  
 libre de denuestos,

es, entre tus gestos  
 ganarles los restos  
 a tus contendores,  
 todos jugadores  
 del pocker de honores.  
 Sabedlo, Señores:  
 en esta batalla  
 poética, falla  
 que el que otorga calla.  
 El que busca, halla.  
 Por eso, gran Paco,  
 sujetaste el jaco  
 y el verso berraco  
 llenando así el saco  
 de tu obra. Resumen  
 de tu buen cacúmen  
 y brillante númen  
 ¡Ahí queda el volumen!  
 Y no es poner "pero",  
 sin Dante ni Homero  
 serías primero  
 Señor Ingeniero

3.—*José Luis Cano: 23-4-59.*

Mi querido y admirado Vighi:

Me envía Revista de Occidente, un hermoso libro —por dentro y por fuera— "Versos Viejos". Y no quiero quedarme con las ganas de decirle a Vd. cuánto me ha encantado y gustado. Su libro es una fiesta, de gracia y de sabor, de humanidad auténtica. Y a mí, como casi malagueño, tanto emocionado y fresco homenaje a Málaga, me ha seducido. ¡Y esa "Norma" final, que uno quisiera hacer suya! Por lo pronto la he incorporado a mi futura "Antología del ocio poético español", en la que claro es, abunda lo andaluz, pero no falta tampoco lo castellano.

Mi más cordial enhorabuena, admirado Vighi, por su libro —¡y qué bella edición ha logrado Vd.!— y un abrazo con el afecto de un amigo. José Luis Cano.



4.—*José Antonio Muñoz Rojas*: 24-4-59.

Querido Paco:

Del libro me ha gustado todo menos el título. Si acaso, *Versos Nuevos*, le debías haber puesto, porque de verdad y aunque parezca extraño, a nuevo es a lo que saben. Con refrescante lectura y aún reaudición. Muchos de ellos oídos mil veces, adquieren escritos su propia luz. Todo en él es puro disfrute y acierto. Hasta en la fecha de publicación. Hace treinta años con las mismas calidades no hubiese sido tan oportuno y refrescante. Hoy, a sus virtudes, añade la de lo insólito. El tiempo (en todos los sentidos de la palabra) del libro es un acierto.

Ahora me alegro más de haberte animado y felicito a Julia a quien se debe. Muchas enhorabuenas y un abrazo.

5.—*Ramón Carande*: 12-V-59.

Orgullosa ante la dedicatoria de un ejemplar fuera de comercio de *Versos Viejos*, leído, releído y vuelto a releer, felicito al autor tan gran poeta, como creador de aciertos verbales ceñidos y evocadores, de la familia nobilísima de las greguerías, por no saber otro nombre. Felicito también a Sevigne de Palencia, que ve así —y es de celebrarlo— en letras de molde la obra única que esperábamos todos y que nos entusiasma a los ya mayorcitos; como diría, con justicia de F. B. Gracias pues, en nombre de todos. Abrazos, Ramón C.

6.—*Carlos del Valle Inclán*: Pontevedra 12 de mayo de 1959.

Mi querido primo:

Por correo aparte, te mando un ejemplar de tus "*Versos Viejos*", para que, si es posible, veas de cambiármelo por uno de esos 28 ejemplares fuera de comercio y, en cualquier caso, para que me dediques uno u otro. CARLOS.

7.—*José López Rey*: 14-5-59.

Querido Paco:

Frente a este mar, libre de veraneantes, en que estoy pasando unos días inolvidables con mi padre y con Alfonso, he leído tus *Versos Viejos* —que son más bien nuevos—. Mi opinión literaria nada vale, pero, como lector del montón, he de decir que tu libro se lee de un tirón y siente uno luego el deseo de releer éste y el otro poema. Entre los que yo he releído están el primero, *La Luna se llama Lola*, los *Poemas fluviales*, el *Soneto* de la página 50, *El Trapero* y la *Taberna del Tupé*, que ya casi me sé de memoria. También el de Pombo —que

yo recordaba—, y el que cierra el libro, *Norma*, que nos mandaste de tu puño y letra a New York, hace una o dos Navidades.

El libro está excelentemente compuesto, no sólo en la parte gráfica, sino, lo que es más importante, en el orden que siguen los poemas.

Dentro de un par de semanas, el 27 para ser exacto, si el barco y yo llegamos con bien a New York, daré el libro a Justa, mi compañera, en tu cariñosa dedicatoria y en la vida. Como ella es profesora de literatura, podrá hablar con más acierto, pero no con más entusiasmo que yo.

Muchas gracias por tan magnífico regalo y un abrazo para Julia y para tí de PEPE.

8.—*José de Echevarría*: 16-5-59.

Con verdadera emoción hemos leído el magnífico canto, al gran poeta que es Vd. —y su efigie tan suya— me ha trasplantado a años tan felices. Que sea enhorabuena y le acompañe la salud. JOSE DE ECHEVARRIA.

9.—*Ángel B. Sanz*: 19-5-1959.

Querido Paco:

Con verdadera satisfacción he visto que te has dedicado ha recopilar tus versos en un volumen.

Muchos de ellos los conocía y algunos los tengo guardados, cuando los publicaste en "A B C".

Te remito el libro para que me firmes y me lo devuelvas.

Recibe mi enhorabuena por el éxito de crítica que has tenido, muy merecido por cierto, y con nuestros más cariñosos saludos para "Tu Julia", (c. p. b.) y para el chico, recibe un fuerte abrazo de tu viejo amigo y compañero.

10.—*José Luis Barrionuevo*: 19-5-1959.

Querido Paco:

Ya he encargado las 125 pesetas de versos y cuando vaya por Madrid, te veré para que me los dediques, al sólo efecto de que mi nieto presuma el día de mañana, de que su abuelo conocía a Vighi, pues para entonces, ese sabor a fandanguillo que tienen muchos de tus versos, la melancolía de otros e inclusive el sentido del humor de tantos, probablemente habrá desaparecido y te verán a tí como vemos ahora a los proverbios de D. Santos de Carrión...

11.—*Hilario Villamor*: 21-5-59

Amigo Vighi:

Perdona que te llame amigo, aunque nunca llegamos a serlo, ¡que lástima! y sin embargo hace ya 45 años, tú fuiste —(por aquellas fechas en Palencia)— la admiración del grupo más *selecto* de estudiantes del bachillerato... todos sentíamos por tí gran simpatía. Esto, seguramente no te lo habrá dicho nadie y ha sido necesario el transcurso de 45 años, para que lo sepas... Pero “nunca es tarde, si la dicha es buena”... y aquí tienes a un testigo presencial de aquella época que junto a los Navarro, los Gullón, Florencio de la Torre, Hilario Ramírez y hermanos, Tinajas, Antigüedad, Azcoitia, Calderones, Velas... Abel Ramos, y etc., etc., todos sentíamos por el simpatísimo Vighi la más extraordinaria complacencia. Aún recuerdo de un día que —(¡era domingo!...)— entraste por “Los Cuatro Cantones”... —calle Mayor— hacia la Estación..., envuelto en una sábana, con un sombrero de plumas... y una escoba... Te seguían una porción de muchachos —Nos hiciste reír mucho a todos los que te cito, y aquello lo vió “todo el paseo”, “con mucho agrado”, “por ser *cosa* de Vighi”—. Aún recuerdo que tenías una hermana muy guapa que se llamaba Virginia.

Y también sé que eres *Veterinario honorario* y hasta vi en una Revista una graciosa caricatura tuya, vestido de arlequín — con un morterito en las manos—... Yo también concurrí a una tertulia de la Granja, donde tuve el honor de tratar y conocer a Valle-Inclán y a Armendarita y a Don Félix y a Don Abelardo Gallego.

El año 1616 dejé Palencia y no he vuelto por allí desde entonces. Sin embargo continuó en buenísimas relaciones con amigos de aquellas felices épocas — o fechas—.

Felipe García de los Ríos — mi cuñado— muerto hace 10 años y Alfredo Rodríguez Antigüedad —también ya fallecido— te recordamos en muchas ocasiones en que estuvimos juntos y siempre nos fue muy grato hablar de tí. También con Victorio Macho y Zorita (Marciano).

También te recordé en alguna ocasión en mi correspondencia con el pobre Diéguez —Gonzalo— estando éste de Embajador en Amán.

Todo esto que te digo, me lo ha recordado un número de ABC, en que Melchor Fernández Almagro, en su Crítica y Glosa, habla de tí y de tus “Versos Viejos”, habiendo celebrado mucho contemplar tu foto.

Esta carta, además de evocar tan gratos recuerdos, debería ser el auspicio de una creación...

¿Por qué entre los palentinos viejos y los simpatizantes de aquella entrañable Palencia, y todos juntos, los que te recordamos con tanta simpatía y cariño, no iniciamos una campaña para que seas nombrado *Hijo Predilecto*

de aquel entrañable lugar de nuestros mejores tiempos y recuerdos?. ¡A quién si no y a quién mejor en el transcurso de cerca de 50 años! ¿Te parece bien?. Todo sería cuestión de organizarlo.

Yo también he escrito algunos versos — no tantos como tú— pero creo que siempre he estado más inclinado hacia lo mágico que hacia lo lógico...

Perdón por tantísimas libertades como las que al parecer me tomo en esta carta —pero de todo corazón— con un abrazo del casi incógnito amigo para tí. HILARIO VILLAMOR.

12.—*Gregorio Baquero Gil*: 8-VI-59.

Querido D. Francisco:

Me gustaría mucho que estampara su firma en alguna de las primeras páginas de su delicioso libro "Versos Viejos". Los he leído y releído en voz alta ante mi mujer y mis chicos y estamos todos de acuerdo en solicitar de Vd. esa firmilla que convierte en joya personal lo que ya lo es, pero impersonal, de mi modesta biblioteca. Un abrazo y muchas gracias. BAQUERO.

13.—*Justo González Tarrío, S. J.*: 15-VI-59.

Queridísimo Paco:

Recibí tu libro, entrañablemente dedicado y que me ha emocionado, *aunque soy jesuita*.

Ando en exámenes y quiero que pasen para leer con paz, furtivamente, tus versos viejos, para mí, oro nuevo.

Prometo escribirte muy largo, una vez que haya llegado a la última página.

Mientras tanto, recibe el afecto que de verdad tengo al "novenio poeta" y con mi afecto la promesa de nunca olvidarme de tí en mis oraciones.

14.—*J. L. Díaz-Caneja*: 16-VI-59.

Mi muy estimado amigo:

El libro es superior a lo que esperaba. Los breves versos dedicados a San Juan de Luz, a Santander y a París, son extraordinariamente acertados, así como la crítica de New York. Pero especialmente "Cuatro Caminos 1925", cargado de nostalgias madrileñas, es emocionante en recuerdos y se llega a sentir algo en la garganta. El de la tertulia dorsiana de Cossío es maravilloso, sobre todo para mí que he conocido esa tertulia en 1946 y uno por uno a todos sus personajes. En fin, una colección de poesías fuera de serie, como ahora se dice,

## CARTAS NECROLOGICAS

1.—*Fernando de Unamuno*: 21-enero-1962:

Querida Julia:

Llegó el final, no por esperarlo, menos terrible e inevitable.

Sabes bien cuanto queríamos a Paco en esta casa, por muchos años de buena amistad y una coincidencia espiritual en conceptos espirituales.

He visto que se le ha hecho justicia por muchos hombres que lo conocían bien. Era lo justo a tan hondo poeta y hombre limpio, alegre y bueno en el mejor sentido; libre de pequeñas pasiones, con buenos deseos para todos y pensando bien del prójimo, lo que desgraciadamente no es frecuente.

Hoy leo, con emoción, sus últimos versos en el ABC.

Participa a tus hijos y hermanos nuestro pésame.

En nuestra primera visita a Madrid, iremos a manifestaros nuestro sentimiento e inquebrantable amistad.—FERNANDO.

2.—*B. Magariños*: 26-1-62 .

### *Elegía al Poeta Francisco Vighi:*

Poeta amigo:

Ya eres lejanía esperando.

No te conocí

cuando pude verte

y estrechar tu mano.

Tus póstumos versos,

canción de agonía,

grabaron

en mi alma, estrofas

tan bellas; ¡tan tristes!

que quèdan llorando;

y aun tienen aroma

y color de ocaso

de una flor ausente

del jardín soñado.

Amigo Poeta,

tu canto

es una caricia,

que me ha lastimado.

Descansa, sí ¡en paz!

que, por tí

lloré, rezando.

3.—*Justa Arroyo de López Rey*: 2 de Febrero.

Queridísima Juliastra:

Todos estos días pensamos y hablamos mucho de Paquín y de tí. Pepe, que es un buen lector de poesías, nos lee los "Versos Viejos" y recordamos siempre al Paco alegre, tan inteligente y cariñoso. Esta semana en mi clase de "Literatura del siglo xx", hicimos un homenaje a Francisco Vighi. Las estudiantes leyeron, discutieron y recitaron poesías de Paco y yo les hablé de él y de su gran contribución a la vida literaria e intelectual de España en el xx.

Lo que más sentimos Pepito y yo, es no estar ahí para acompañarte y distraerte un poco. Debes salir y procurar distraerte ... y así pensar en Paquillo de una manera viva que estoy segura es como le hubiera gustado verte. Vete pensando en una visita a estas tierras; la época mejor sería esta primavera o pasar aquí con nosotros el verano. Pepito, es casi seguro que irá a ésa en Marzo o Abril y lo podéis planear todo, ya te diremos con tiempo cuando va. Tienes que pensar ahora que eres joven, tienes unos hijos magníficos, unos nietos maravillosos y que los cuatro te necesitan.

Danielillo ha sentido muchísimo la muerte de su tío Paco (q. e. p. d.) y te ha escrito una carta que no ha dejado leer a nadie y que supongo ya te habrá llegado.

Sentimos muchísimo que la conferencia fuese en hora tan intempestiva, pero la pedimos en el momento de escribir la carta de Ambrosio y si no hubiésemos aceptado a esa hora, no habiéramos podido conseguir otra conferencia hasta tres días después. Las conferencias con España llevan un retraso de tres días, pues parece que las listas de llamadas son numerosísimas y están constantemente llenas. Tuvimos que rogar y rogar y hacer una reclamación de la urgencia de la llamada, para conseguirla esta noche. Es debido a que la transmisión está reservada para el Gobierno, el Ejército y la industria de aquí. Don Leo siempre te mienta en sus cartas, la visita que te agradecemos muchísimo y los dulces tan ricos que le llevaste. Suponemos que Isabelita y Almudenilla estarán hechas dos estudiantes de categoría. Cuídate, descansa y procura distraerte, y vete planeando tu estancia aquí con nosotros. Una abrazo muy fuerte, para Cuco y Maribel, las niñas y para tí de JUSTA.

4.—*Julia Pachelo*.

Querido Julia:

Todos los que tuvimos la suerte de ser amigos de Paco (q. e. p. d.), no podíamos menos que admirar su talento y quererle por su bondad tan alegre y tan generosa. Puedes creer que siento su desaparición con toda el alma.

Haz presente mi pésame a tus hijos y tú querida mía, recibe un abrazo que con toda el alma te envía tu vieja amiga.

5.—*Eugenio Montes*: Roma.—Vía della Rotonda, 23.

Mi distinguida amiga:

Me llega a Roma, por la prensa española, la noticia de la muerte de Paco (q. e. g. e.). Me ha conmovido profundamente.

Me doy cuenta de tu gran dolor. Habéis sido un matrimonio, donde nunca la menor sombra entenebreció el amor. Habéis tenido, como siempre se tiene en la vida, momentos de triunfo y otros menos victoriosos; pero siempre siendo un modelo de cariño y de identificación, por lo cual los años os transcurrieron siempre contentos.

Tú sabes como le quería, desde siempre. Cuando nos encontramos en Málaga durante la guerra y en una conferencia en el Teatro le cité con el elogio y el afecto que se merecía, los dos nos emocionamos hasta caérsenos las lágrimas. Desde aquella temporada malagueña le vi menos, porque mi residencia en el extranjero, no me daba ocasiones; pero el cariño permanecía intacto.

Para Radio Nacional de España, envió una crónica sobre él.

Toma parte en tu pena, deseándote cristiana resignación, vuestro antiguo amigo.

PACO VIGHI, O POESIA Y ANECDOTA.—*Por Eugenio Montes.*

“¿A qué diablos había ido a Palencia, allá por el ochenta y tantos del pasado siglo, el mozo italiano Huberto Vighi Corradi? Nunca se lo pregunté a su hijo Paco, y ahora me sorprende de cómo, siendo yo tan italianizante y tan curioso, no sentí esa curiosidad. Creo que era de profesión ingeniero. Iría, pues, a las fábricas de harina, que, después de todo, Italia, harinera es, aunque deba importar de argentinas pampas el trigo que luego elabora en sabrosas pastas. ¿O iría a construir un ferrocarril?

El caso es que ese italiano se enamoró de un señorita palentina y allí se enraizó, formando linaje. ¿Y cómo no iba a enamorarse de Faustina Fernández Salomón, si ella tenía hermosos ojos negros —los que heredó Paco— y él se la encontraba en todas partes y a todas horas? Saliendo de la Catedral de rezarle a San Antolín; de compras en la calle Mayor; por la Huerta de Guadián, el Salón de Isabel II y el Sotillo, en la calle del Conde de Garay y en las calzadas de San Lázaro.

Paco nació en el 90 y no vino a Madrid hasta el 1910, bachillereándose en su ciudad natal, donde en Psicología y Lógica, amén de los Latines, tuvo por

compañero de curso a Ramón Gómez de la Serna, cuyo padre había sido trasladado a esa provincia como Presidente de la Audiencia. Ramón tenía muchos libros franceses; y de ahí le vino a Vighi el conocer los poemas de Verlaine, de Alberto Samain y de Paul Fort. Le vino, sobre todo, la intimidad para la vida entera con el fundador de Pombo. Aunque ¿de quién no fue íntimo Paco Vighi? ¿De quién no se sintió camarada, compañero, este hombre espontáneo, reidor, cordialote, pronto a pegar la hebra con el primer conocido o desconocido, en el tranvía, en la cafeteril mesa de mármol, en el banco del paseo público, o en la venta de un camino de arrieros y tratantes?

La Geografía de Palencia, sus romerías y sus fiestas urbanas, le inspiraron muy bellos poemas, de claro estilo y verbo alegre, con cataratas de gracia, sano humorismo desbordante e imágenes chuscas. Recuerdo su canto al río Carrión, el río palentino por excelencia, del que decía:

Por no ir a Valladolid  
—cosas del nacionalismo—  
se suicida en otras aguas,  
arrojándose al abismo.

Y todos los de quintas lejanas nos sabemos de memoria estrofas de su poema a la Semana Santa de su pueblo.

Pero fue lejos de la ciudad, fue en los caminos montañoses donde, mientras chirriaban las carretas de Potes, de Cervera, de Aguilar de Campoo, allá hacia el valle de Pernia, donde le sopló el mejor viento de la inspiración:

Moza, naipes, canción, vino, cecina,  
¡hay de todo! Esta noche en la cocina  
arde alegre la leña en el hogar;  
el gato hace ron-ron bajo el candil;  
la moza dando vueltas al mandil  
me promete una fiesta en el pajar.

Esos sonetos —demasiado pocos, por desgracia— tienen no sólo la emoción de los grabados del ochocientos, de Valeriano Bécquer, por ejemplo, sino, en su más logrados momentos, algo, algo de cervantino. Así en su descripción de la Venta del Horquero, que queda, si aun queda, yendo hacia Peñalabra, en un puerto frío que de Octubre a Mayo blanquea la nieve y el cierzo bate.

Creyentes pastores, blasfemos tratantes  
cuentan junto al trébede mil espeluznantes  
historias de duendes ¡crímenes y robos!



Doy las buenas noches, requiero el veñón.  
 Oigo allá a lo lejos aullar a los lobos.  
 Pensando en el gato, rezo una oración.

Paco Vighi fue un ser de simpatía arrolladora y gracia torrencial. Su ingenio le predisponía al chiste, al epigrama, a la parodia, no a la sátira, pues ésta pide gotas de acíbar que su bondad ignoraba.

¡Parodia! Viendo en el Café Colonial a León Felipe, que entonces hacía versos bisílabos, o monosílabos, improvisó:

León Felipe, ¡duelo!  
 No tiene  
 ni  
 patria  
 ni  
 silla  
 ni abuelo

Todo eso es anécdota. Los sonetos de las Ventas son otra cosa: *Poesía*. Todo eso es anécdota; pero la anécdota es la vida, La vida: lo que el palentino Paco Vighi se le fué, llevándose, consigo, a la tumba, mañanas del Ateneo, tardes en la valleinclanesca tertulia de La Granja; en fin, mi ya lejana juventud.

\* \* \*

*Homenaje Póstumo de la Casa de Palencia en el Casino de Madrid, el 28 de abril de 1962*

*Claudio de la Torre: VIDA Y ANECDOTAS DE PACO VIGHI.*

“Suele ocurrir durante la vida de los escritores famosos — si es que podemos llamar fama a la tan reducida de que ha disfrutado siempre el escritor español, circunscrita, por razones de pereza, no a los que saben leer, con ser tan poco, sino a los que quieren leer, que son muchos menos—, suele ocurrir, decimos, que así como se habla de ellos en tertulias y periódicos al menor pretexto, a veces muy menor, en un plausible afán de animar la vida literaria, tan pronto desaparecen de nuestro mundo, cae sobre ellos como otra lápida de piedra, hecha de silencio y de olvido, con lo que pretendemos dejar saldada nuestra cuenta con la inmortalidad. Es algo así como un suspiro de alivio, que experimentan los que aún viven, al pensar que no tiene ya por qué ocuparse de los que se fueron. Difícil, en este caso, contar a Paco Vighi en-

tre los que se fueron. Porque él no se fue nunca de ningún sitio. El llegaba siempre a todas partes, porque sabía que se le esperaba.

“Prefiero ir con mi Julia y con mi abulia, del brazo de las dos a la tertulia”.

Nuestro querido, nuestro entrañable Vighi, por ser original en todo, lo fue en su vida y en su muerte. De él se habló mucho en los años de su juventud. Era un tema obligado en las mejores tertulias literarias, en aquellas reuniones, ya extinguidas, en que los escritores se buscaban unos a otros por puros móviles humanos, atraídos por una comunidad de intereses espirituales, por un sentirse a gusto entre seres de la misma especie, unidos por la más amplia y más cordial interpretación de la vida. En aquellas tertulias, en que la vanidad literaria movía incluso a risa, porque se trataba nada menos que de avisar los motivos más sorprendentes de la personalidad, la sola presencia de Paco Vighi, era el punto y aparte de la vida y de la literatura.

Pero como aquellas tertulias eran sólo entonces tres o cuatro islas en el mar indiferente de Madrid, y, a lo largo de los años, al llegar el poeta a la madurez, quedaron reducidas a una o dos, lo cierto es que puede decirse que en la calle, fuera de los recintos literarios, se habló poco de Vighi. Se habló desde luego mucho menos de lo que su persona y su obra merecían. Hubo incluso años de silencio. Había desaparecido su nombre de la lista literaria y no porque la actualidad se mantenga a fuerza de gritos —porque él gritaba más que nadie— sino porque sobre algunos seres vivos y originales, se hace a veces lo que podríamos llamar un silencio precoz.

A su muerte, en cambio, contradiciendo ese destino de rápido olvido a que antes aludía, nos hemos puesto todos a hablar de él y aquí estamos esta tarde reunidos para recordarle, respondiendo a la feliz iniciativa de la Casa de Palencia.

De la vida de nuestro poeta hay algún dato que rectificar por estar consignado, con error, en un libro importante. Ramón Gómez de la Serna, en sus deslumbrantes retratos contemporáneos, dice al hablar de Vighi que “su madre, viuda, tenía la mejor tahona de la ciudad, para concluir que su hijo era bueno como el pan, imagen exactísima. Pero no hubo tal tahona. Su madre, doña Faustina, profesión sus labores, fue hija de notario y su padre, Don Huberto, italiano, fue ingeniero. De este modo nuestro Vighi, se encontró con una abuela paterna, Rosina, dulcísimo nombre italiano, original de Parma y con una abuela materna nacida en Palencia, llamada nada menos que Leona.

De estas dos sangres contrapuestas, nació el mágico equilibrio de Vighi, ingeniero y poeta. Hubiera sido para él, para Vighi, un cálculo bien sencillo el averiguar qué porcentaje de las dos sangres corría por sus venas. No eran

más que dos. Porque Don Angel Sanz, en el Boletín de Información del Colegio Oficial de Ingenieros Industriales, nos habla del examen de Vighi con don Carlos Mataix. Se trataba precisamente del cálculo de probabilidades. Paco Vighi lo explicó así: "Si yo pongo en una caja dos bolas, una blanca y otra negra, tengo el cincuenta por ciento de probabilidades de sacar un color u otro. Pero si yo pongo en la misma caja dos bolas negras, cuatro blancas, tres amarillas y cinco verdes, entonces no hay nadie que sea capaz de averiguar el cálculo de probabilidades".

Anécdotas como ésta, que fueron muchas, y sus versos de humor, que fueron pocos, pero no menos agudos, le dieron tal fama de hombre ingenioso, que pudo llegar a considerársele, en ocasiones, como poeta festivo. Sin embargo, había algo más que la simple broma en su actitud y en sus poemas. Mantuvo siempre un fino espíritu crítico —condición indispensable de todo humorista—, y, llegada la ocasión, supo también llevar la poesía por un cauce más sereno y confidencial. La exquisita edición de la Revista de Occidente, nos dá las dos caras, acaso las dos sangres, de nuestro poeta.

Dos ilustres figuras de nuestra escena, Ana Mariscal y Angel Picazo, nos van a leer algunos poemas de su libro, pero yo, que no sé recitar ni soy ilustre, no resisto la tentación de leerles un soneto que siempre me turbó por lo inesperado. Dice así:

Vuelvo a tí, soledad, arrepentido.  
 Firme en la contricción de mi pecado.  
 En tí, dentro de tí, más que a tu lado,  
 quiero hallar el consuelo en el olvido.  
 Ya no seré quien soy, ni quien he sido,  
 por tus tinieblas, desiluminado.  
 La duda ya resuelta: ¿Puente o vado?  
 Tu serás campo y cielo, rama y nido.  
 Refugio y paz: te buscan las inquietas  
 almas —orates, místicos, poetas—.  
 Quien dijo "cárcel negra, estepa helada,  
 pozo de agua salobre, peña dura",  
 no supo verte, compañía pura.  
 Milagro del silencio y de la nada.

Yo sé que este soneto, con el tiempo, figurará en las antologías de la poesía española. Sé que es uno de esos sonetos "hacia dentro", de los que tanto han gustado siempre los poetas para mostrarnos su tesoro oculto. Pero en el vivo recuerdo que todos guardamos de Paco Vighi, ejemplo de humana solidaridad, cultivador ruidoso de la amistad a cualquier hora, de noche

o de día, rodeado siempre de risas y de voces, este canto a la soledad me conmueve profundamente. Por eso lo he leído, no por ser tan buen soneto, porque así, no sé por qué, en esta hora en que le acompañamos todos, siento más cerca de mi soledad al amigo perdido”.

*José López Rubio: VOCACION DE PACO VIGHI.*

No quiero recordarte nunca, —y menos, hoy, precisamente, Paco Vighi—, en tus últimos años apagados, (tú que eras tanta luz); ausentes, (tú, que eras constante presencia); inhibidos, (tú que eras participante máximo); aislados, (tú que eras comercio, trato, compañía...) cuando, de una vez, y para siempre, te encogiste de hombros, que es una manera de empezar a irse, mirando ya, con demasiada fijeza para otro lado.

Quiero evocarte vívido, gritador de tu voz, que, sin más, sobresalía por encima de las otras; inseparable de tu risa impostora; conocido de todo Madrid y de varias provincias; sobrino de Valle-Inclán y de la baronesa; amigo de los poetas y de los serenos, de las floristas y de los filósofos, de los croupiers de las casas de juego y de los ingenieros contemporáneos.

Prolongador de tu juventud, apurada hasta el límite, y más allá, hasta la última gota, hasta pasarte de estudiante y de soltero, como si temieses que el último aprobado y la última amonestación fuera a clausurar la ancha Castilla de tu virtud, de ese vivir que te habías compuesto a tu medida, tan ruidoso, tan dispar, tan redondo.

Extraña y prodigiosa ciencia la tuya de quitarle a la Vida los entreactos, los intermedios, el claroscuro, el calderón y la letra pequeña “que no se da”. Por eso, pasaste de alumno a profesor y de paseante a marido, sin haber ejercido de ingeniero raso ni de novio formal.

Nadie, entre nosotros, los amigos de entonces, tuvo tanto tiempo que gastar a mano abierta. Nunca supimos a qué hora ibas a la Escuela de Industriales, a hacer como que no dabas con la solución de los problemas, para poder tirar un año más, ni a qué hora pelabas la pava con Julia, para inventar lo inevitable con que aplazar una felicidad de tan buena ley, cuando te habíamos dejado ante cualquier puerta, incluso ante la tuya de Ponzano, con los primeros cascabeles del amanecer y te habíamos de encontrar en tu puesto, sin falta, al día siguiente, en Pombo, en el Regina, en el Ateneo, en los divanes de la Granja El Henar, donde quiera que hubiese, para quemar una buena conversación.

Tan acostumbrado a hacer de la Vida un juego, —con la copa, con la mujer, con la baraja, con la palabra, sin más vicio que el de tu pipa insolente—,

creíste que ibas a jugar, también, con la Poesía, te salió la Poesía respondona, porque eras un poeta de tomo y lomo, aunque todavía sin tomo y sin lomo —yo no sé si el noveno, el cuarto, el quinto, o cuál—, pero poeta de una vez, aunque de pocas veces. Esa fue la única broma de las tuyas que se te volvió lanza, por más que tú quisieras quitarle hierro al asunto.

Porque otras cosas así que las habías tomado en serio, por debajo, por dentro de tu risa, con el pudor de querer hacernos creer que te las echabas, también, a la espalda, sin caer en la cuenta de que los latidos del corazón se advierten en la espalda, tanto como en el pecho, a poco que se arrime el oído. El amor, la amistad, la lealtad, la libertad, todo cuanto hay de grande y de noble, de entero y verdadero, cabían en el trueno de tu risa universal.

Así es como quiero traerte hoy, —excesivo, jovial, bullanguero, cordial, bueno, abierto, liberal, agudo, tierno, limpio y tantas otras hierbas frescas— ante tus amigos de siempre y ante los que por haber llegado tarde a la fiesta, no conocieron tu plenitud fuera de serie y apenas vieron tu sombra, —tu sombra, de la que siempre te habías reído, y te hubieras seguido riendo, si no se te hubiese parado, también, ese resorte—, y no saben del todo lo que va de ayer a hoy, para que aprendan hasta qué punto fuiste maravilla.

*Valetín Andrés Alvarez: LOS TIEMPOS DE PACO VIGHI.*

Paco Vighi y sus "Versos Viejos", nos recuerdan una época que hemos vivido y hemos perdido. En aquellos tiempos aunque muy entrados ya en el siglo xx, vivíamos aún en el xix. El hombre era todavía liberal, romántico y bohemio. Pero a este tipo humano del xix le sucedió el hombre planificado del xx. Hoy, planificado todo, no se puede vivir sin agenda, el plan nuestro de cada día. Los médicos han sustituido las recetas por los planes; está planeada la vejez y la juventud, pues no hay viejo que no siga su plan ni hay cosa que desee más un joven o una joven como tener un buen plan.

El viejo Café, de los tiempos de Vighi, con sus anchos y largos divanes, pertenece a una época en que se vivía sin planes. No existían los estrechamientos y las prisas de la Cafetería y el Bar. Al viejo Café le sobraba espacio y al parroquiano, tiempo. Pero ahora todo se ha estrechado y verticalizado. El alto y estrecho taburete del Bar, el asiento vertical, y el largo diván del Café: el asiento horizontal, son símbolos representativos de dos épocas y expresan bien la sustitución de la casa de pocos pisos por el rascacielos, el sindicato horizontal, por el vertical, el café tomado de pie en el Bar, la sobremesa vertical, por la siesta, la sobremesa horizontal.

Hoy el tiempo nos agobia. Por eso se tuvo que sacar el reloj, de las profundidades oscuras del chaleco, a la luz del día, siempre a la vista, en la mu-

ñeca. Con esto comenzó a perder alguna importancia el chaleco y muy pronto la perdió del todo; porque el chaleco llevaba en el bolsillo de la izquierda el reloj y en el de la derecha el dinero, los duros y pesetas de plata; pero con la planificación el reloj pasó a la muñeca, aumentado en importancia y el dinero pasó todo a la cartera, menguadísimo de valor. Así perdió el chaleco el tiempo y el dinero y al quitarle sus dos funciones tradicionales desapareció víctima de la planificación.

Resulta, sin embargo, consolador que en este mundo tan apremiante haya cada vez más familias numerosas, y es consolador porque indica que todavía queda algo en el mundo que se hace sin plan.

Uno de los hechos más característicos de los tiempos de Vighi, fue el florecimiento del humorismo. La época, en efecto, fue rica en ingenio y agudeza, a lo que Vighi contribuyó con gran largueza, finura y calidad. Eran los tiempos de Bagaría, el creador de los cuentos alemanes de Otto y Fritz, los de Vegue Goldoni, aquel del Vegue, Vighi, Juici, el de Jardiel, Tono, Neville, Bergamín, López Rubio, etc., y el del apogeo del gran precursor, Ramón Gómez de la Serna. El nuevo humor, aparte de la anticipación del Ramonismo, comenzó con la revolución literaria del Ultraismo. Pero las extravagancias no eran más que un síntoma de un gran desquiciamiento general. Estoy convencido de que algún filósofo de la Historia encontrará la explicación de aquella pérdida general de seriedad en que entonces comenzó a perderla una de las cosas que siempre se han respetado y venerado más en el mundo; el dinero. Cuando la inflación hinchó las fortunas, las personas y las famas, el humor fue la reacción natural para reducirlo todo a su ser.

Un hecho indudable es que cuando el dinero empeoró, los chistes mejoraron. Y esto tiene su lógica. En primer lugar, los chistes, lo mismo que el dinero, también circulan y lo hacen tan rápidamente que el que uno cuenta una vez se lo cuenta a uno ciento. Hay una circulación humorística como hay una circulación crematística; y lo curioso es que entre ambas existen profundas y pintorescas afinidades. Ocurre, en efecto, que cuando el dinero tiene peso, gravedad y estabilidad por aquello del "similia similibus", sólo los hombres graves y serios pueden ser adinerados; pero cuando el dinero se hace ligero e inestable, cuando pierde su seriedad, se la hace perder a todo el mundo y quien siga siendo hombre serio, grave y formal, queda fuera de la circulación, de la humorística y de la crematística. Quizá sea un poco exagerado, pero no falso, decir que el chiste bueno fue una consecuencia del dinero malo. La verdad es que cuando los hombres y los duros eran de verdad y la vida, menos agobiante, transcurría plácida, tranquila y fácil, entusiasmaban los dramas y las tragedias. La risa no es digestiva y después de una buena cena sentaba bien un buen drama. Aunque se diga lo contrario, parece que entre la

vida y la literatura hay cierto desajuste fundamental. El Romanticismo, con sus heroínas pálidas y enfermizas, con su Margarita Gautier, la amada tuberculosa, coincidió con el triunfo de la vida burguesa y bien alimentada. En cambio, en los tiempos de Rubens coincidió la época de las vacas flacas con la de las mujeres gordas.

Así se explica el humor, el ingenio y la agudeza de la época que nadie representó mejor que Paco Vighi. La época desapareció, pero quedó dentro de Vighi, pues en ella siguió, vivió y murió, con sus viejas costumbres, con sus viejos amigos, con todo lo que amó en los tiempos viejos y cantó en los "Versos Viejos": su Julia, su abulia y su tertulia.





## APUNTE BIBLIOGRAFICO \*

ABC. Informaciones y noticias teatrales. Pág. 21-22. 18-III-1950.

Alonso de Ojeda, José.—Glosa palentina en un libro. "Versos Viejos", de Francisco Vighi.—El Diario Palentino, 13-V-1959.

Bleye, Valentín.—Madrid día por día. Homenaje en la Casa de Palencia a don Gonzalo Diéguez.—El Diario Palentino, 16-X-1957.

Bleye, Valentín.—Madrid día por día.—La excursión pedagógica de los estudiantes del Instituto Jorge Manrique a Madrid, Sevilla, Avila y Toledo.—El Diario Palentino, 21-V-1951.

Bleye, Valentín.—Vighi y sus colegas demuestran que la Ingeniería no está reñida con la poesía.—El Diario Palentino.

Bleye, Valentín.—Madrid día por día.—El poeta palentino Paco Vighi, hace llorar a los viejos contertulios de Zuloaga en la taberna de Antonio Sánchez.—El Diario Palentino.

Briz Moreno, Guillermo.—El noveno poeta.—Boletín Informativo de Ingenieros Civiles de España, núm. 85, Marzo-Abril de 1967. Pág. 76-77.

Briz Moreno, Guillermo.—Más sobre el noveno poeta español.—Boletín Informativo del Instituto de Ingenieros Civiles de España. Núm. 87. — Julio-Agosto 1967.—Págs. 82-84.

Díaz-Caneja, J. L.—Del río Carrión a la rue Grenelle (con los versos de Paco Vighi).—El Diario Palentino.

Díaz-Caneja, J. L.—Ventanal a la calle Mayor ;Welcome to Villada! El Diario Palentino.

El Diario Palentino.—Homenaje a Don José Alonso de Ojeda. 12-X-1954.

\*.—Recojo aquí sólo la bibliografía existente en el archivo familiar, en parte todavía sin fechar exactamente, a mero título informativo y como primer esbozo para un estudio bibliográfico posterior.

El Diario Palentino. — Palencia al día. — Elogio e interrogación. 16-V-1951.

El Diario Palentino.—Homenaje de exaltación palentina en la figura de uno de los hijos más ilustres de Palencia: Don Emilio Díaz-Caneja, Rector de la Universidad de Valladolid.—13-XI-1951.

El Diario Palentino.—Los palentinos en Málaga celebran la fiesta de San Antolín.

El Diario Palentino.—En la Casa de Palencia de Madrid.

El Diario Palentino.—Piña de Campos.—Se dá nombre a una plaza.

El Diario Palentino.—Francisco Vighi es nombrado Director del Centro de Perfeccionamiento Obrero.

El Diario Palentino.—Boda aristocrática. 6-I-1928.

El Diario Palentino.—Vighi en las Alforjas para la poesía.

El Diario Palentino.—Antología poética palentina. — Poetas de ayer y de hoy.

El Diario Palentino. — El mirlo blanco. — Un maravilloso espectáculo en Irún (firmado por Adán).

El Diario Palentino.—Hoy se tributa en Madrid un homenaje al ilustre poeta palentino, Francisco Vighi. 26-VII-1959.

El Diario Palentino. — La intelectualidad española rinde homenaje en Madrid, al ilustre poeta palentino, Francisco Vighi.

El Norte de Castilla.—Francisco Vighi.

El Norte de Castilla.—Los estudiantes, 12-XI-1912.

Foxá, Agustín de.—Madrid de corte a checa.

Gaceta de la construcción.—Los ingenieros industriales visitan la "Cerámica Puig", con motivo del centenario de la fundación de la carrera.— Núm. 426.—Madrid, 8-III-1952.

García Martí, Victoriano. — De mis memorias en el Ateneo. — ABC. (Pág. huecograbado).

García Nieto, José.—Poesía y humor, Francisco Vighi.—La Estafeta literaria, núms. 272-273. Un Mapa Literario de la Tierra de Campos.—Agosto, 17-31-1963.

Gómez de la Serna, Ramón. — La sagrada cripta de Pombo.— Imp. G. Hernández y Galo Sáez. — Madrid (Tomo II), págs. 70, 113, 124, 140, 141, 146, 210, 219, 221, 315, 330, 337, 364, 376, 385, 426-429, 433, 450, 547, 548.

Gómez de la Serna, Ramón. — Retratos completos. — Aguilar-Madrid, 1961, págs. 348-355.

Heraldo de Madrid.—Sección de Rumores (sobre Paco Vighi, actor).

La Tijera Literaria.—Los autores: vida y obra.—Ramón del Valle-Inclán.—Fascículo 5, 1969.

La Tijera Literaria.—Francisco Vighi.—Fascículo 8, pág. 231.

Nieto, Roque.—España es así.—Glosa entrañable de un viaje.—El Diario Palentino.

Pérez Creus, Juan.—Humor. — Boletín del Parnaso, año II, núm. 33, 27-VIII-1955.—Informaciones.

Pérez Creus, Juan.—Humor. — Boletín del Parnaso, año II, núm. 44. 19-XI-1955.

Rando, Juan · Antonio.—Don José Antonio del Cañizo, premio del Concurso de Cuentos de La Felguera.—La Tarde.—Málaga, 1-VII-1966.

El Sol.—Banquete a M. Paul Devinat.

El Sol.—En el café de Pombo.—Reposición de la cena clásica.

El Sol.—Una cena de "La Gaceta Literaria".

El Sol.—La tertulia de Pombo (por T. S. H.).

El Sol.—Aspectos.—El Mirlo Blanco.

Sol y Luna (Revista).—Fiesta romántica en ... el Museo Romántico.—Julio 1949.

Sur.—(Málaga).—Un poeta en Málaga.—Febrero 1948.

Sur.—(Málaga).—A la orilla del Mar. — Angeles, poetas, hombres y demonios.

Sur.—(Málaga).—Un sueño de pesadilla. Nuestro último adiós a los veraneantes.—Carta abierta a don Francisco Vighi (Rafael Lafuente).

Sur.—(Málaga).—De Sol a Sol.

Sur.—(Málaga).—Animada fiesta en Almayate.

Valle Ojeda, Fernán del.—Los palentinos en Madrid.—Poetas de Palencia, en el Centro Asturiano.—El Diario Palentino, octubre de 1961.

## RESEÑAS NECROLOGICAS

ABC.—Ingeniero e ingenioso.—20-I-1962.

ABC.—20-I-1962.—Los últimos versos de Paco Vighi.

ABC.—Ha muerto en Madrid el poeta Francisco Vighi.—19-I-1962.

Alfaro, María.—Francisco Vighi. — Revista Insula, 1962.

Alonso de Ojeda, José. — Ha muerto Paco Vighi, ingeniero, poeta ¡y buen palentino!.—El Diario Palentino, 18-I-1962.

Andrés Alvarez, Valentín.—Paco Vighi y su época.—Boletín Ingenieros Civiles de España. Pág. 62-64.

Atocha, Simón de.—Vighi en el recuerdo.—ABC. 5-V-1962.

Boletín Informativo de la Casa de Palencia en Madrid.—Organizado por la Casa de Palencia en el Casino de Madrid. Se celebró brillantísimo el acto en memoria de don Francisco Vighi.—Núm. 17, junio 1962.

Caballero, T.—Responso a Vighi (en verso). El Diario Palentino, enero de 1962.

Comín Gargallo, Gil. — Vighi y "Pombo. — El Noticiero. Zaragoza 28-I-1962.

Chueca, C.—Necrológicas.—Revista Dina. Marzo 1962.

Daranas, Mariano.—Las veladas de la Baronesa.—ABC. 22-I-1962.

Delgado, Jorge.—Muchas nueces y poco ruido.—Recordando a don Francisco Vighi, que descansa en Dios. La Tarde, Málaga, 20-I-1962.

Diario de Barcelona.—Sepelio del poeta don Francisco Vighi.—30-I-1962.

El Diario Palentino.—Cara y cruz.—18-I-1962.

El Diario Palentino. — Recuerdos Viejos. Hace 50 años.—23-IX-1962.

El Diario Palentino.—Organizado por la Casa de Palencia, en el Casino de Madrid.—Se celebró brillantemente el acto en memoria de don Francisco Vighi.—2-V-1962.

El Diario Palentino.—En el aniversario de la muerte de Paco Vighi.—17-I-1963.

El Norte de Castilla.—Francisco Vighi ha muerto. 18-I-1962.

Espiga.—Palentinos memorables.—Núm. 332 (1962).

Fernández Almagro, Melchor.—Francisco Vighi y su momento.—ABC. 26-I-1962.

García Nieto, José.—Paco Vighi.—El Alcázar. 22-I-1962.

Informaciones.—Vighi el Ingeniero ingenioso. 19-I-1962.

La Tarde.—Ha muerto en Madrid el poeta-ingeniero Paco Vighi, gran amigo de Málaga. 18-I-1962.

La Vanguardia (Barcelona).—Día a Día. — Francisco Vighi, 20-I-1962. Madrid.—18-I-1962.

Neville, Edgar.—Adiós a Paco Vighi.—ABC.—18-I-1962.

Noticiero Universal. — Falleció en Madrid el poeta e ingeniero industrial, don Francisco Vighi.

Obregón, Antonio de. — Cada día. Recuerdo a un poeta. — Madrid. 18-I-1965.

Obregón, Antonio de.—Cada día. Ingeniero e ingenioso.—19-I-1962.

- Pérez Ferrero, Miguel.—Francisco Vighi.—ABC. 18-I-1962.
- Pueblo.—Ha muerto Francisco Vighi. Gran poeta y hombre de extraordinario ingenio, fue figura popularísima en los ambientes literarios. 18-I-1952.
- R. S.—Don Francisco Vighi, ingeniero e ingenioso.—España de Tánger. 27-I-1962.
- Rando, Juan Antonio de.—Don Francisco Vighi, orador en el patio de La Económica.—Sur, 18-I-1962.
- Sur.—Ha muerto don Francisco Vighi, poeta, musicólogo e ingeniero. 19-I-1962.
- Tudela, José.—Recuerdos de un desmemoriado. — Los humoristas en la tertulia de Ortega y Gasset.—ABC. Abril-1962-V.
- Valle, Fernán del.—El “todo Madrid” literario en el sepelio del palentino don Francisco Vighi.
- Ya.—Entierro del poeta don Francisco Vighi.

## OBRAS

### *Poesía.*

- Burgos.—Ciprés, paraíso del jilguero. 21-III-1935.
- El tranvía.—El Estudiante. Semanario de la juventud española, núm. 1. Año I.—Madrid, 6-XII-1925.
- A Bellver en el almuerzo con que la festejaron los ateneistas palentinos.—El Diario Palentino.
- Primavera en Peñalabra (Amanecida en Peñalabra). En 21 de marzo: “Fiesta de la Poesía”.—El Diario Palentino.
- Ven a la mar conmigo.—El Diario Palentino, 16-XI-1954.
- El Trapero.—ABC. (Págs. de fotograbado).
- Glosario palentino.—Molinos.—El Diario Palentino.
- Catedral.—Poemas en mapa.—La Gaceta Literaria.
- Un viejo y dos jóvenes (Benito Baranda). El Progreso de Castilla. Número 190, 2-V-1916.
- Para un hombre profundo.—El Progreso de Castilla, núm. 103, 4-I-1916.
- En la playa solitaria.—El Progreso de Castilla, núm. 282. 11-VIII-1916.
- En la Fuente de la Salud.—El Progreso de Castilla, núm. 270. 28-VII-1916.
- Madrigal a la hermanita muerta.—El Progreso de Castilla. Núm. 182, 8-IV-1916,—Y El Diario Palentino.

Versos en el crepúsculo (para mi dulce amiga).—El Progreso de Castilla. Núm. 2. 3-IX-1915.

Oración primaveral.—El Progreso de Castilla. Núm. 302. 6-IX-1916.

Ferías en Cervera.—El Diario Palentino.

Responso lírico al “Chato de la Estación”.—El Diario Palentino: Versos provinciales.

Amanecida en Peñalabra. — Revista Peñalabra. Diciembre 1923.

A nuestro prior Ramón G. de la Serna (Bienvenida fluvial).—El Diario Palentino.

Versos Palentinos de Paco Vighi. — (En un “homenaje póstumo a un gran poeta de nuestra tierra”), que incluye una Antología con La Luna se llama Lola, Ventas de la Pernía, Romance de la Vida y Muerte del Río Carrión, Glosario Palentino.—Los Molinos.—Trigales de San Román, Amanecida en Peñalabra, Décimas del pirulí.—El Diario Palentino. 19-I-1962.

La taberna del Tupé.—Dígame, 23-I-1962.

Viaje al Paular.—Revista de Energía e Industrias Aragonesas.—Boletín de Empresa.—Enero-Marzo 1965.

### *Prosa.*

Carta de Madrid.—El Progreso de Castilla, núm. 136. 14-II-1916.

Impresiones veraniegas.—Romería. — El Progreso de Castilla. Núm. 279. 8-VIII-1916.

Bandoleros del páramo.—El Español.

Visita a Paredes de Nava.—El Diario Palentino. 29-IX-1926.

En recuerdo de Canéja.—El Diario Palentino. 16-IX-1948.

La modesta vanidad.—Cuando llegó el fútbol a Palencia. — El Diario Palentino. 27-III-1951.

Las heladas de Palencia.—El Diario Palentino.

El bien y el mal hablar de los palentinos.—El Diario Palentino. 25-I-1956.

Amusco, solar de los Manrique.—El Diario Palentino. Agosto de 1954.

El “Diario-Día”, la “gloria y el trébede”.—El Diario Palentino.

La Camilla: la chimenea y la gloria de Palencia y de Corea. Diario Palentino,

¡Palencia por la reina Isabel!.—Preludio y elogio. El Diario Palentino. 11-VIII-1954.

Horas perdidas: donde no me llaman.—El Diario Palentino.

Caballo de Angel.—(Pseudónimo: Benigno Baranda). El Carrión, número 2. 1-VIII-1915.

Caballería rusticana. — Sonata Municipal. — El Carrión, número 6. 29-VIII-1915.

El segundo.—El Sol.

In memoriam.—Pepe Rivera: Cruz Bellido.—El Diario Palentino.

Adiós Juanito. — En recuerdo de Caneja. — El Diario Palentino. 17-X-1948.

Cómo llegó el fútbol a Palencia.—Prehistoria. — El Diario Palentino. 29-III-1951.

A raíz del raid. — ABC. 1956. (Pág. de huecograbado con magníficas ilustraciones de Mingote). También en El Sol. 6-IV-1926.

Apellidos extranjeros en éxodo dramático.—Sur.

Todavía el tranvía.—Hoja del Lunes. Málaga. 6-VIII-1945.

Festejos no es lo mismo que ferias.—Sur. 15-VIII-1944.

Elogio y rectificación.—El Diario Palentino. 15.V-1951.

(Respuesta a la pregunta ¿Qué es la vanguardia?).—La Gaceta Literaria, núm. 86. Madrid. 15-VII-1930.

### *Conferencia, intervenciones y recitales.*

Velada literaria en las Angelinas (en el 75 aniversario).—El Diario Palentino. 23-VI-1956.

Los brillantes actos celebrados en el Colegio de Las Angelinas (cincuentenario de la fundación del Colegio).—Primavera, 1930.

En la Casa de Palencia de Madrid.—Una conferencia de don Francisco Vighi.—(Cancionero y anecdotario palentino). Diario Palentino.

En el Círculo Mercantil.—La Conferencia de Don Francisco Vighi (sobre la Economía palentina).—El Diario Palentino.

La Economía palentina.—Interesante conferencia de don Francisco Vighi en el Círculo Mercantil.—Diario Palentino.

Don Francisco Vighi disertó en la Sociedad Económica, sobre El Ruido y las nueces (anecdótico del poeta).—Ideal, núm. 4565.—24-IV-1947.

Ayer en la Económica.—Conferencia de un poeta.—Sur, 13-XII-1947.

El amor y el humor de Vighi.—La Tarde. Málaga, 24-IV-1947.

El Ruido y las nueces.—El Diario Palentino. 28-IV-1947.

Alforjas para la poesía: VII sesión 23-V-1948.

Alforjas para la poesía: Alicante.—Ayer, se celebraron las Alforjas para la poesía española.—Informaciones. Alicante 7-II-1951.

Alforjas para la poesía: La velada poética de ayer en el Ayuntamiento. Información. Alicante 7-II-1951.

Alforjas para la poesía: Sesión dedicada al Primer Centenario de Ingenieros Industriales de España. — Pregonero: Francisco Vighi. — Sesión XVII: El 8-IV-1951.—Revista Momento, número 7, 3 marzo 1951.

### *Obras Técnicas.*

Ministerio de Industria y Comercio.—Publicaciones de la Dirección General de Industria.—Informes y Memorias sobre viajes de estudio y asistencia a Congresos y Comisiones en el extranjero realizados durante 1933 por Ingenieros Industriales.—Congreso Internacional de la Fundición, celebrado en Checoslovaquia del 9 al 16 de septiembre de 1933, bajo el Patronato del Gobierno de la República checoslovaca. Pág. 55-58. — Memoria Resumen del Congreso Internacional de la Fundición, de Praga, redactada por el Ingeniero Industrial, delegado de España en el Congreso, Don Francisco Vighi Fernández, de la Comisión de Ensayo de Materiales y Tipificación Industrial. Páginas 50-76.

Projet de classification des huilles.—Comunicación présentée au Neuvième Congrès de Chimie Industrielle.—13-19 Octobre, 1929. — Chimie et Industrie 49 Rue Mathurins. Paris.

Captadores separadores de polvo.—Revista Medicina y Seguridad del Trabajo. Núm. 24. Julio-septiembre 1958.

### *Traducciones.*

Prósperi, Carola.—La Casa maravillosa (Novela. — Editorial Eva.—Preciados, 46.—Madrid.



## CRITICA

*Teatral.*

Gandía, Siro de.—La gran compañía Díaz Artigas.—Lleva una “crónica de Paco Vighi”.—La Dama del armiño.—El Diario Palentino.

*Musical.*

Ejercida en la sección La música del Diario Sur, durante los años 1940-1945, bajo el pseudónimo de Felipe Corradi.

Sociedad Filarmónica: Concierto a cargo de “Les petits chanteurs a la Croix de Bois”.

Una maravillosa “Patética” de Tschaikowsky.

Elogio a la modestia y al arte.

Una carambola sobre la banda

Un cuarteto y los cuartetos: Aroca.

Lo mejor de la temporada.

De Mozart a “La Parrala”.

El gran consuelo.

El Mago Von Denda.

Sesión de arte puro.

Retorno de “Les Petits Chanteurs”.

En el Conservatorio: Santa Cecilia.

El Miserere malagueño.—Un elogio y una pregunta.

Dos premios de Conservatorio.

Música en la Aduana.

La Sinfónica renacida.

Ultimo Concierto de la Orquesta Bética.

Anoche, Fiesta de Arte del S. E. U.—Teatro Cervantes.—“Pueblo” (canciones populares), armonización, escenificación y puesta en escena por E. Llovet Sánchez.—Representación de la comedia de Rojas Zorrilla. “Entre bobos anda el Juego”.

¡Atención! Aquí Radio-Málaga.

Segundo Concierto de la Orquesta Sinfónica.

El primer concierto de la Filarmónica.

Segundo Concierto de la Filarmónica madrileña.

Concierto de la orquesta Filarmónica de Madrid.

El viernes se canta el Miserere de Ocón.

Concierto organizado por la Delegación Provincial del Frente de Juventudes.

Ocho rusos de Pamplona.

Devoción de los Bach y comprensión máxima de Falla.

Concierto de fin de temporada en la Filarmónica.

Marianne de Gonitch: punto sobre las ias de nuestra admiración.

Dificultad y mérito de la bandurria: Sáez Ferrer.

El ruso Nikita Magaloff.

La gran sorpresa.

Walter Rummel, genial y arbitrario.—Concierto de piano en la Sociedad Filarmónica.

Concierto del pianista Niedzielski.

Vicente Escudero.—Valorizador del baile.

Primer Recital Querol.

Algunas notas sobre el concierto de Celedonio Romero.

Cassadó y su compañero.

Suzanne Roche; al violín, Soetens.

Nikita ha vuelto y volverá.

Dos buenos artistas.

En el conservatorio.

Cubiles de ayer y cubiles de hoy.

El pianista Luis Galve, en la Filarmónica.

Tres tríos por tres de Trieste.

Toda la gama.

El lied alemán y una liederista.

La emoción reflorocida y otro violinista veneciano.

Descubrimiento, perfeccionamiento y dignificación de la bandurria.

Iniesta inaugura la temporada.

Manen.

La nueva antigüedad.

Ha vuelto cubiles.

Sorpresa y admiración.

Niedzielski, a dos horas de romanticismo.

El pianista Luis Galve, en la Filarmónica.

Querol pierde el tren y gana al público.

¡Querol, hasta la vuelta! ...

Ha vuelto Niedzielski.

El artista y su herramienta.—Un acompañante.

Muy siglo XVIII y muy moderno.

Un gran violoncellista.

Aechsbacher.

Gerardo Diego y los Nocturnos de Chopín.

Benedetti.—Admirable Pianista.

Querol, arbitrario y genial.

Ha vuelto Querol.

Nada menos que todo un hombre.

Promesa cumplida.—Rosa García Faria.

Concierto en el Conservatorio, desacierto en la Filarmónica y lluvia en la calle.

Rosita otra vez.

El lied alemán y una liederista.

Aechsbacher y su lección de música y de historia.

Otra vez Querol y ¡viva Valencia!

Lelia Gousseau: Una duda resuelta.

Opera en Cervantes: "El Trovador".

Opera en Cervantes: Amparo Vera en Madame Batterfly.

Vamos a la ópera.

Opera en Cervantes: "TOSCA".

Lo que esperábamos y lo que prometimos.

Opera en Cervantes: "La bohemia".

"Aida", por María Greus.

Comentarios a una crónica musical.—El último concierto en la Filarmónica.

Polémica y musicalía.—(De Felipe a D. Felipe; con el sombrero en mano).

La música en el año 1942.

Extraordinario éxito de Leopoldo Querol y de la Orquesta Filarmónica de Málaga.